



TÍTULO

La Mirada de Juliana

Romance

AUTORA

Saara Nousiainen

DIAGRAMACIÓN y PORTADA

Saara Nousiainen

Título Original:

O Olhar de Juliana

Traducción a cargo de Carlos Pestana
Macedo – Inscrito en la *Associação
Portuguesa de Tradutores (APT)*, bajo el N°
1970 (2019).

Prefacio

La novela que a continuación presentamos gira en torno a un gran amor, capaz de atravesar los siglos, luchando contra los acontecimientos, las dificultades y los desencuentros para conseguir el reencuentro.

Dinámica y dramática, se encuentra intercalada de momentos de profunda emoción, que vibran con luminosidad en las almas sensibles.

De su sinuosidad se desprende uno de los problemas humanos más dolorosos: el aborto, como un asunto que debe abordarse con mucha cautela y madurez, ya que abarca un universo de diversas circunstancias. Hay mujeres (o parejas) que lo practican como una simple opción, para deshacerse de algo que no quieren en ese momento; otras, porque consideran que no tienen derecho a traer a la vida a un niño que va a sufrir, pasar penurias, o por no tener perspectivas de futuro, y otras, cuando les pilla de improviso un embarazo inesperado y no deseado, que trastocaría por completo su existencia, destruyendo sus sueños o planes de vida. Incluso hay casos en los que la fecundación

se produjo por un acto de violencia, cuando la mujer fue invadida en su intimidad por algún canalla, degradando no sólo su sexo sino también su alma.

¿Es justo crucificar a alguien que no ha sido capaz de elegir su propio sacrificio por conceptos cuya profundidad y alcance generalmente desconoce?

Los que “lanzan piedras” contra esas “Magdalenas”, ¿ya han intentado examinar sus almas, conocer los terribles conflictos y presiones que las han llevado a situaciones de culpabilidad? Por supuesto no nos referimos a las que abortan por decisión propia, que desgraciadamente son muchas. Aun así, todas ellas están más necesitadas de información que de crucifixión, incluso porque en situaciones de esta naturaleza, cuando las presiones son muy fuertes, no sirve de nada hablar del pecado, ni del crimen, ni del castigo. Mejor que las amenazas de cualquier tipo es aportar información completa y cabal, para que el corazón femenino conozca y se enamore de los mecanismos divinos de la vida, como contraposición a los horrores del aborto.

Incluso mejor, cuando esa información emana en la sinuosidad de un drama bien hilvanado, en cuya historia el lector va conociendo, paso a paso, cómo se produce la fecundación, el desarrollo del embrión y luego del feto, deleitándose con la belleza divina del florecimiento de la vida en el vientre femenino.

También conocerá de manera muy detallada como ocurre un aborto.

Al leer este drama, se producen dos resultados: quien ya ha practicado un aborto consigue liberarse de remordimientos destructivos, transformando la culpabilidad en responsabilidad, buscando caminos para compensar los daños. Quien piensa en practicar un aborto, probablemente cambie de idea.

Saara Nousiainen

Capítulo 01

Juliana terminó de maquillarse, se arregló el cabello y volvió a examinar su apariencia. Sonrió, sintiéndose feliz. Recogió su bolso y su maleta y se fue, dirigiéndose al ascensor.

Hermosa, sus ojos de un azul, que contrastaban con su piel morena clara y su cabello castaño, se iluminaban cuando sonreía, una sonrisa franca y plena, como la de alguien que está a gusto con la vida. De estatura media, el uniforme de azafata, destacando su corte bien hecho, le daba un toque de clase. Pero lo que más llamaba la atención era cierta nobleza en la expresión de su rostro y sus modales amables y educados, que no ocultaban su firmeza y decisión. Hija de un juez de

São Paulo y de una médica de Ceará, a los 18 años había aprobado el examen de acceso a la universidad de Medicina, pero al mismo tiempo había sido llamada por una compañía aérea para formarse como azafata, cargo al que se había postulado. Eligió la segunda opción, porque pensaba que podría cursar medicina más tarde, a cualquier edad. Por el momento, las rutas aéreas le parecían más seductoras.

Al llegar al vestíbulo del hotel se dio cuenta de que la tripulación, en el exterior, ya se estaba acomodando en el coche que los llevaría al aeropuerto, mientras Anabel, una compañera, se acercaba a ella.

—*Hola Anabel... ¿Estás de vacaciones?*

—*Nada de eso. Sólo unos días de descanso.*

—*Me moría por verte* —exclamó Juliana. —*Imagínate que... conseguí un traslado al centro de apoyo aquí en Fortaleza.*

—*¿De veras?* —preguntó Anabel, con una alegre sonrisa. —*Así que vas a volver al terruño... ¡Eso es genial!*

—*Sí... Estoy pensando en alquilar un apartamento y podríamos compartirlo. A fin de cuentas, vives más aquí que allí.*

—*Es una buena idea.*

Las jóvenes no se habían percatado de que se habían detenido justo en medio de un plató, donde un equipo estaba grabando un anuncio publicitario.

—*Así no sirve...* —refunfuñó André, que dirigía la grabación. Y, dirigiéndose a Geni, su asistente, le pidió:

—*Geni, aparta a esas personas de la toma.*

Geni resopló, se encogió de hombros y se quedó en el mismo sitio, terminando de poner una película en la cámara, que pretendía utilizar para hacer fotos del trabajo que se estaba realizando. Molesto, André se dirigió hacia las chicas:

—*Tengan la amabilidad, señoritas...*

Su mirada se cruzó con la de Juliana. Se estremeció ligeramente, interrumpiendo lo que iba a decir.

Algo en la mirada de la joven lo conmovió fuertemente. Juliana también sintió una sensación extraña e indescifrable, pero Anabel intervino diciendo:

—*Disculpe, joven... estamos estorbando, ¿no es así?*

André se quedó como clavado en el suelo y sin palabras. Al notar que la tripulación la esperaba, Juliana se apresuró a decir:

—*Regreso el viernes, Anabel. Búscame, ¿vale? Me quedo en casa de mamá. ¿Recuerdas dónde es?*

—*¡Imagínate si se me olvida! Tu madre es un encanto de persona.*

—*Debo irme* —Dijo Juliana con cierta prisa, observando a André disimuladamente. —*Búscame el sábado, en casa de mi madre. No te olvides ¿de acuerdo?*

—*Te buscaré, Juliana. No te preocupes...*

Juliana caminó rápidamente hacia el coche. Al llegar a la puerta, se dio

la vuelta y al ver que André la miraba, disimuló y siguió.

André estaba muy impresionado, pero sin querer mostrar lo que realmente sentía en su alma, le dijo a Geni:

—*¿Viste eso, Geni? Esta mujer es el tipo ideal para ese anuncio sobre turismo... Corre tras ella y consigue su número de teléfono, su dirección...*

Geni lo miró con extrañeza y, al darse cuenta de que intentaba disimular su interés por la azafata, dijo con cierta rudeza:

—*Yo no voy a ir detrás de ella. Ve tú, si quieres...*

André corrió tras Juliana, pero era demasiado tarde, el coche ya se había partido. De pie en la puerta del hotel, viendo cómo se alejaba el coche, tuvo una vaga sensación de pérdida, una impresión de estar reviviendo algo que había sucedido antes, y esto le causó una extraña desesperación, una sensación de final.

De origen humilde, André había conseguido estudiar y ascender social y profesionalmente. Guapo y atlético, era dueño de una pequeña empresa de producción de vídeos comerciales e institucionales, y a sus 28 años seguía soltero. Puro y soñador, sólo pensaba en tener una relación seria cuando encontrara a la persona adecuada, su alma gemela, como decía en tono de broma.

Volvió a mirar en dirección al coche en el que había partido Juliana, murmurando:

—*Esa mirada... Dios mío, ¡cómo me estremeció!*

Por su parte, Geni miraba la foto que había hecho a las azafatas cuando charlaban en medio del plató, con Juliana apareciendo en primer plano mientras André les hablaba. Con ella en la mano, se dirigió a la recepción del hotel sin reparar en Anabel, que estaba de espaldas a ella, esperando la llave de su habitación.

—*¿Cómo se llama la azafata que acaba de marcharse?* —preguntó al recepcionista.

—*Creo que es... Juliana.*

Anabel, dándose la vuelta, miró a Geni, tratando de reconocerla.

—*¿Qué es lo que quieres con Juliana?*

—preguntó con aire de desconfianza.

Geni había reconocido a Anabel, pero no queriendo revelar mucho respondió, tratando de disimular el tono de voz y la forma de hablar:

—*André, el dueño de la productora, quiere grabar un anuncio con ella.*

Anabel se quedó pensando un rato y contestó:

—*No sé si querrá prestarse a ello... pero te daré la dirección de su madre, la Dra. Telma.*

Al ver que Anabel buscaba un papel, Geni le ofreció el reverso de la foto, donde la joven escribió el nombre y la dirección de la Dra. Telma.

—*¿Te conozco de alguna parte?* —preguntó Anabel, devolviendo la foto.

Geni fingió no oír. Miró el nombre y la dirección, y comentó:

—*La Dra. Telma Munhoz... es médica, ¿no?*

—*Sí, lo es... ¿la conoces?*

Geni respondió fríamente:

—*No, no la conozco. Gracias por la dirección.*

Al volver a la oficina, Geni colocó la foto bajo otros papeles, dentro de una carpeta, y se apresuró a reunirse con André. No quería que viera a Anabel y que fuera a buscar información sobre Juliana.

—*¿Pasa algo?* —preguntó André, notando la extraña actitud de la joven.

—*No, no pasa nada... Tan solo fui a buscar su número telefónico...*

—*¿Lo conseguiste?* — preguntó, ansiosamente.

—*Aún no... pero no te preocupes, porque lo voy a conseguir. Ven, aprovechemos ahora que está todo con calma y sigamos con la grabación.*

Advirtiendo que Geni tenía razón, prefirió dejar el asunto para después.

—*De acuerdo, pero después quiero conversar muy seriamente contigo. No me gustan para nada tus actitudes.*

Simulando una reverencia, Geni respondió con un ligero tono de ironía:

—*¡Muy bien, “señor André”!*

Capítulo 2

En la habitación del hotel, Anabel miraba un noticiero en la televisión. Mulata, de origen popular, era una belleza tropical que llamaba la atención. De cuerpo bien formado, con el pelo negro y ondulado marcando las líneas perfectas de su rostro, imponía su presencia por su manera decidida y una honestidad que se manifestaba a flor de piel. Sabía exactamente lo que deseaba, sin que eso la hiciera insensible.

De repente, se estremeció. En la pantalla, una foto mostraba a varios adolescentes frente a una vieja casa, mientras el presentador hablaba de la infancia y adolescencia de un bandido que acababa de escapar espectacularmente de la cárcel. Luego, otra foto lo mostraba en una pose de galán de barriada, un poco de lado, con una mano en la cintura.

Anabel contuvo la respiración para no perder ni una palabra de lo que decía el presentador.

—*Se llama Rico Chaves, pero se le conoce como Riquinho, porque desde adolescente siempre le gustó ir bien vestido. Empezó robando para comprar ropa y zapatos que su madre, una comadróna de un barrio proletario, no podía darle. Acabó en la FEBEM¹, pero se escapó antes de cumplir los 17 años. Vivía de pequeños hurtos hasta que se involucró en asaltos y tráfico de drogas...*

Anabel sintió como si todo un pasado regresara en esas fotos. Recordó la tarde en que fueron tomadas. Su padre, borracho como

¹ Nota del traductor: La *Fundação Estadual para o Bem Estar do Menor* (FEBEM) es una fundación creada por el Gobierno del Estado de São Paulo (Brasil) con miras a ejecutar programas socioeducativos destinados a jóvenes delincuentes menores de 18 años.

siempre, desde que murió su madre, no quería que ella quedara en la calle. Pero su hogar era angustioso. ¿Era realmente un hogar? Su corazón adolescente empezaba a despertar junto con el cuerpo que tomaba forma de una mujer, y aquel hombre, allí, con un vaso en mano, parecía mirarla con extrañeza, como si deseara su sexo en flor. Pero... era su padre. No había nada que temer... ¿o sí?

Después que su padre se recostó sobre la mesita, se escabulló, a juntarse con otras personas que jugaban “pera, uva o manzana”.

Recordó la emoción que sintió cuando Riquinho la eligió. Su corazón latía con fuerza y su voz se ahogaba en su garganta. Mirando por encima de su hombro, observaba la mirada celosa que Geni le dirigía.

Riquinho salía con Geni, pero era el chico de los sueños de las chicas del barrio. Sospechaba que el chico estaba prendado de ella y esta sospecha se confirmó cuando, en el transcurso del juego, él la besó. Riquinho estaba completamente avergonzado, pero ante la insistencia de la clase, la agarró con fuerza, dándole un largo beso en la boca, con sabor a pasión. Para ella, fue la primera vez... que nunca olvidaría.

El vozarrón de su padre, gritándole desde la puerta de la casa, interrumpió su deleite:

— *¡Anabel, ve a casa ahora mismo, sinvergüenza!*

Anabel se estremeció, volviendo de sus recuerdos. Una sonrisa atenuada por la tristeza se pintó en sus labios. En la televisión, el presentador concluyó:

— *La fuga fue simplemente espectacular. Riquinho salió de la prisión vestido de cura, dejando al verdadero cura en su lugar. Pero un policía se dio cuenta del intercambio y dio la alarma. Aun así, el bandido consiguió apoderarse de un vehículo policial, escapando en medio de una lluvia de balas. Hasta ahora no hay rastro del fugitivo».*

Anabel se quedó un buen rato recordando aquel pasado que el noticiero trajo de sus archivos mentales. Recordó la época en la que estuvo internada en una unidad de la FEBEM, donde destacó por su inteligencia y voluntad de superación, recibiendo apoyo de personas importantes. Se las arregló para estudiar, aprender buenos modales y... sonrió al recordar su gran sueño hecho realidad, aprobar el concurso de oposición para ser azafata. Juliana y ella volaron juntas durante casi un año, sufrieron un accidente, que no dejó víctimas, pero que las acercó aún más, a pesar de las diferencias de naturaleza entre ambas, o tal vez por esas mismas diferencias. Juliana era sensible y romántica, aunque con un romanticismo con los pies en la tierra, mientras que Anabel era práctica, decidida e incluso impertinente.

Sonrió por sus recuerdos, una sonrisa de quien ha pasado por caminos difíciles y pudo superarlos.

Capítulo 3

Ese mismo día, por la noche, André estaba planificando un vídeo sobre Turismo, discutiendo con Geni sobre quién debía ser el narrador y el personaje central.

La joven intentaba convencerle de que pusiera a un hombre en ese papel. Fue una gran oportunidad para acercar a Riquinho a la empresa productora.

Ambiciosa y sin escrúpulos, Geni siempre había soñado con casarse con un hombre rico para disfrutar de sus bienes y al mismo tiempo mantener a su amante, su pasión bandida. Pero era difícil encontrar un hombre rico que estuviera dispuesto a casarse con ella. Cuando consiguió ese trabajo decidió cambiar un poco sus planes o, mejor dicho, minimizarlos, poniendo a André en su punto de mira y utilizando toda la seducción de la que era capaz para llevar a cabo sus intenciones. Hasta ahora sólo había conseguido acostarse con él, y sabía que sería muy difícil estirar ese camino hasta el registro civil. Sin ser fea, era una chica común y corriente. Tenía un cuerpo hermoso y sensual, y esa era el arma con la que contaba.

En cuanto a Riquinho, pensó que no sería difícil encontrarlo en caso de que André aceptara verlo.

Mostrando la foto de su amante, miró a André de reojo, intentando descifrar sus intenciones, mientras decía:

—*Este es el tipo del que te hablé. Se llama Rico Chaves.*

André apenas miró la foto. Se fijó en la imagen de Juliana, viendo en esa oportunidad la mejor manera de acercarse a la joven. Con un gesto de negación, dijo en un tono soñador:

—*No, no. Prefiero una mujer hermosa, con ojos azules como el cielo de Ceará, que emerge por detrás de las dunas. ¡Un porte de Reina...! Y detrás, a lo lejos, el reflejo del sol naciente brillando sobre las tranquilas aguas del mar... A su lado, un cocotero que hace brillar sus hojas al suave toque de los vientos matinales.*

André se sorprendió de sí mismo. Siempre se había creído poco propenso a la poesía, pero estas palabras brotaron de su alma con una fuerza nunca imaginada.

—*¿Eh, Geni?* —exclamó con apasionado entusiasmo. —*¿No te parece genial?*

La joven trató de disimular su enfado.

—*Ah, demasiado cursi para mi gusto* —exclamó. —*Prefiero un hombre... un hombre rudo como la naturaleza agresiva, su piel tostada por el sol, el fuerte viento soplando la arena de las dunas y él en el tope, con su silueta recortada en un cielo azul y el sonido de las olas rompiendo en las rocas... ¡Imagina, André, la fuerza de esa imagen! Se convertirá en algo diferente, grandioso, potente como el sol de esta tierra.*

André vaciló, impresionado por el argumento de Geni, pero se recuperó rápidamente. Este anuncio sería el medio para acercarse a Juliana y no lo iba a desaprovechar.

—No, Geni. Esas imágenes de un dios mitológico no encajan con nuestros paisajes...

—Pues yo opino lo contrario. Ese dios de las dunas atraerá a muchas mujeres. Y cuando se trata de decidir las vacaciones... siempre es la mujer la que elige.

André se estaba irritando por la solidez de los argumentos de Geni. No quería escucharlos.

—Ya hablaremos de eso más tarde —contestó algo malhumorado, volviendo a la sala de edición para continuar con un trabajo encargado por el Departamento de Salud sobre la sexualidad femenina, la fecundación y el desarrollo del feto.

En la cinta de vídeo estaba grabado un debate entre una psicóloga feminista y la doctora Telma Munhoz, obstetra y artista plástica en ratos libres.

—Para ninguna mujer es fácil optar por el aborto —afirmaba la psicóloga. — Muchas veces, su propio destino está en riesgo, su futuro, su profesión, sus aspiraciones... Otras veces, la situación es miserable. ¿Con qué derecho ella podría traer al mundo a otro niño para pasar penurias?

—Matar a un niño para que no sufra... —comentaba la Dra. Telma, con cierto aire de ironía. —No es así. Sería mejor no procrear al niño, ¿no cree? O, si ya ha sido procreado... dejarlo vivir, aunque después del nacimiento sea dado en adopción.

André no podía concentrarse en su trabajo. Hizo una pausa y se dirigió a Geni.

—Prometiste conseguir la dirección de esa azafata... Juliana.

Geni, acostumbrada a mentir, contestó con tranquilidad:

—Lo intenté, pero no pueden dar la dirección de la tripulación. Es la regla.

Para desviar la atención de un tema que no le convenía, Geni se hizo la insinuante, diciendo con un modo delicado:

—No te preocupes, cariño, al final lo conseguiré. ¿No sabes que siempre consigo todo lo que quiero?

Se acercó, toda sensual. André, girando la silla, le dio la espalda. No estaba de humor... Sus pensamientos estaban clavados en Juliana, en esa mirada de reflejos azules.

—No te enfades, Geni, pero estoy trabajando —refunfuñó.

André oprimió la tecla de *play* y el debate continuó en el monitor. Geni sintió el peligro en el aire. Se insinuó más. Necesitaba ganárselo como fuera y sabía que el sexo era su mejor arma. Se acercó por detrás, masajeando sus hombros. André se dio la vuelta, dispuesto a rechazarla, pero se encontró cara a cara con el busto de la joven, sus pechos ofreciéndose y terminó cediendo. Con una mezcla de rabia y deseo, comenzó a quitarle la ropa, recostándola contra un mueble. Algunos objetos cayeron, entre otros la carpeta donde había escondido la foto de Juliana con la dirección de la Dra. Telma. Los dos, en su afán de sexo, rodaron hasta el suelo.

En la sala de edición, la cinta continuaba con el debate. Le tocó a

la psicóloga atacar con un argumento que parecía infalible:

—*Ah, pero no se puede imponer un embarazo a una mujer. Ella tiene derecho a decidir sobre su propio cuerpo.*

—*Solo que el feto es otro cuerpo* —replicó la Dra. Telma. —*Es otra persona, con sus propias características, su propia personalidad. Incluso tiene huellas dactilares.*

Se detuvo un momento y luego continuó, emocionada:

—*Simplemente imagine... huellas dactilares... es su identificación como individuo, como persona.*

Sonrió suavemente mientras continuaba:

—*¿Sabía que su corazón empieza a latir alrededor de las tres semanas de embarazo? Sus brazos se están formando, sus piernas y pies... Al mes y medio ya se puede hacer un electroencefalograma. En otras palabras, el cerebro ya está trabajando. A los tres meses el bebé ya es un ser humano completo. Todo lo que le falta es crecer.*

Tras una nueva pausa, la médica concluyó enfáticamente:

—*Si una mujer decide cortarse un dedo, arrancarse la nariz... es su problema, son partes de su cuerpo. Pero no el feto. Es otro cuerpo, otra vida, otra persona. Incluso su sangre no es la misma que la de la madre.*

Mientras se dirigía al baño, Geni apagó el vídeo. André, tumbado en el suelo, estaba molesto. Le pareció que había traicionado a Juliana. Sin darse cuenta, dijo en voz alta:

—*¿Qué locura! ¿Cómo puedo traicionar a alguien que ni siquiera conozco?*

Al levantarse del suelo, sintió algo pegado a su espalda. Era la fotografía de Juliana que se había salido de la carpeta.

—*¡Dios mío, es ella!* —exclamó, rebotando de alegría.

Tras la primera emoción de encontrar una fotografía de Juliana, así, como si fuera un regalo de los dioses, se preguntó:

—*¿Cómo llegó esta foto aquí?*

Le dio la vuelta, curioso, al encontrar el nombre y la dirección de la médica cuya entrevista estaba editando.

—*Dra. Telma... ¿tendrá alguna relación con Juliana? ¿Y Geni? ¿Por qué me ocultó esto?*

Miró en dirección al baño con cara de entender lo que pasaba y guardó la foto.

De vuelta, Geni comenzó a recoger los objetos que estaban en el suelo. Levantó la carpeta, buscando inmediatamente la foto que había escondido bajo los otros papeles.

—*¿Has perdido algo?* —preguntó André, como quien no sabe nada.

—*No, tan solo unos apuntes.*

—*¿Es esto lo que buscas?* —Preguntó en tono enfadado, mostrándole la foto.

Geni se sorprendió, pero reaccionó. Tratando de revertir la situación preguntó en tono acusador:

—*¿Dónde lo has encontrado? Has estado hurgando mis cosas, ¿verdad?*

Mirándola fríamente, André le preguntó con firmeza:

—¿Cómo la conseguiste?

Geni trataba de dar una explicación creíble, sin encontrarla, mientras André giraba la foto mostrando la dirección:

—¿Qué relación tiene ella con la Dra. Telma?

La joven se dio cuenta de que era mejor decirle la verdad, y respondió de mala gana:

—Es su madre...

Sorprendido, André observaba a su asistente, mientras su expresión se tornaba furiosa.

—¿Por qué me mentiste? ¡Perra!

Geni reaccionó rápidamente. No quería perder la oportunidad que, para ella, significaba el futuro que había soñado. Tenía que pasar de la defensa al ataque. Puso cara como quien se defiende de una injusticia, y exclamó:

—Por supuesto que tuve que mentir. Estabas derretido por esa zorra... Sólo defendiendo lo que es mío.

Se acercó, contoneando su sensual cuerpo. Lo agarró por el cuello, tratando de besarlo, afirmando:

—Para que lo sepas, no voy a entregarte a nadie más.

Furioso, André estalló, gritando:

—¿Estás loca, Geni? No eres mi dueña.

Guardó la foto en el bolsillo de su camisa y desconectó todos los aparatos, listo para salir. Reparando que estaba perdiendo la oportunidad, la joven se le acercó con humildad.

—Perdóname, cariño... ¡Perdóname! Estaba desesperada, amor. Me moría de celos. Estabas baboseando por ella...

André respiró profundamente y dijo con un tono frío y autoritario:

—Hablaremos después, Geni.

Se fue, dejándola pensativa, preocupada, buscando una solución.

Enroscando un mechón de su pelo pintado de rubio, Geni se dirigió al baño para mirarse en el espejo: su pelo estaba estupendo; su piel oscura, casi clara por la falta de sol, estaba bien tratada; su cintura delgada, sus pechos firmes y unas nalgas que darían envidia hasta a Carla Pérez². Sonrió para sí misma, moviéndose frente al espejo con estudiada sensualidad.

—No puede dejarme por esa niña... Soy mucho más mujer.

No estaba enamorada de André. Simplemente no quería perder lo que entendía que era su mina de oro, y tampoco quería dejar a Riquinho. Dos años mayor que él, estaba asustada por los años que se avecinaban, temiendo que la edad, cuando empezara a notarse en su físico, llevara a su amante a dejarla. De ahí sus esfuerzos por resolver la situación para que Rico siguiera dependiendo de ella.

De repente, unos suaves golpes en la puerta casi le arrancan un grito. Preocupada, fue a abrir.

² Nota del traductor: Carla Pérez (Carla Aparecida Pérez Soares, 1977) es una cantante, bailarina, presentadora de televisión y ex actriz brasileña. Alcanzó la fama a mediados de la década de 1990.

—*¡Riquinho!* — *exclamó con sorpresa.*
— *¿Qué haces aquí? ... ¡Es peligroso!*

Riquinho entró mientras decía:

—*Déjame entrar, Geni... la policía me está buscando.*

—*¿La policía?* —preguntó asustada. —*¿Te andan siguiendo?*

—*No hagas tantas preguntas y ayúdame, ¿de acuerdo?*

—*No puedes esconderte aquí, Rico. Es muy arriesgado. Alguien podría verte.*

—*Tu jefecito se fue, lo vi. Además, sólo necesito unos días... hasta que se olviden de mí.*

—*Pero no puedes esconderte aquí* — insistió Geni.

Sin embargo, el anhelo y esa presencia allí, viva, palpitante, encendieron su deseo hicieron que acabara aceptando:

—*Sólo por esta noche, ¿vale? No creo que vuelva esta noche. Mañana encontraré un lugar para esconderte.*

Geni atenuó las luces y los dos se aferraron con la furia de un deseo largamente reprimido.

Capítulo 4

Frente a la casa de Telma, André se sentía avergonzado. ¿Cómo podría explicar el interés por su hija?

Estaba a punto de desistir, cuando la puerta se abrió y la doctora cruzó el jardín, en su dirección.

—*¿André? ¿Hay algún problema con la grabación?*

—*No, no... he venido aquí, porque... necesito hablar con usted.*

Aunque sorprendida, Telma invitó a André a entrar. La casa era sencilla, pero en todo había un toque de buen gusto.

—*¿Quieres un té? Me estaba preparando uno.*

—*Si, muchas gracias.*

Conversando de una cosa y la otra, André se animó a hablar del tema. Explicó que buscaba un modelo para un anuncio sobre turismo y pensó que Juliana era la persona ideal. Telma le informó de que su hija debería llegar el viernes y que él podría llamarla el sábado.

Eran más de las nueve de la noche cuando André se despidió de la doctora, encantado con su agradable conversación y con la belleza de sus cuadros, pero, sobre todo, con la expectativa de volver a ver pronto a Juliana.

Al día siguiente, cuando llegó a la productora, encontró a Geni preparada, toda eficiente, queriendo agradar como profesional, pensando que así podría conservar su trabajo y su posible marido. Pero André la despidió, sin querer escuchar ninguna justificación.

Se fue furiosa, jurando vengarse de alguna manera terrible, considerando a André y Juliana culpables del derrumbe de sus ilusiones, de la destrucción de sus sueños.

Capítulo 5

El árido paisaje hacía que el día fuera aún más caluroso. El asfalto parecía hervir frente al vehículo, cansando los ojos de Juliana.

—¿Quieres que conduzca? —preguntó Anabel.

—Puedo conducir un poco más. Has manejado casi toda la noche. Estás más cansada que yo.

Anabel miró de cerca a su amiga. Ni siquiera el cansancio podía borrar esa luminosidad que la caracterizaba. Pero había algo más... algo que cantaba en su voz e irradiaba en los reflejos azules de sus ojos.

—Nunca antes te había visto tan feliz —comentó.

Juliana preguntó, con una sonrisa:

—¿Adivinas por qué?

—Es tu príncipe azul, ¿no? Sólo hacía falta una pequeña cena...

—No fue apenas una pequeña cena —interrumpió Juliana, con un aire de ilusión. —Fue una cena a la luz de la luna. Por música tuvimos la sinfonía de las olas rompiendo en la orilla de la playa, en armonía con las hojas de las palmeras movidas por la brisa... fue maravilloso.

Permaneció en silencio durante unos instantes saboreando aquellos momentos inolvidables. Luego continuó, diciendo en tono serio:

—Esa noche hubo un momento en el que sentí algo muy extraño. De repente, sentí que estábamos en otro lugar, con todo diferente... En otra época...

—Creo que estás desvariando, amiga —intervino Anabel. —También con este sol, esta aridez interminable... esto todo debe haberte hecho perder la cabeza. Por cierto, sigo sin entender por qué querías venir en coche.

Volviendo a la realidad, Juliana respondió con el tono de quien ha realizado un acto heroico:

—De São Paulo a Fortaleza en coche ¡es un enorme trayecto! Nunca había hecho un viaje así por tierra y quería sentirlo, ¿entiendes?

Haciendo un amplio gesto con la mano, continuó:

—¡Esto es fantástico! Ves el mundo desde dentro y no desde fuera, como nos ven desde arriba. Te adentras en los pueblecitos, comes en un restaurante de carretera, ves a todo tipo de gente, te integras en este mundo tan diferente al que conocemos. En la carretera apreciamos al ganado pastando, el río, el puente, el agricultor con la azada o la hoz en la mano caminando durante kilómetros, y la mujer arrastrando a sus hijos. Así es la vida, Anabel. Una vida más pura, una vida más verdadera, sin hipocresía. ¿Sabes qué? Me encanta esto.

—Deberías comprarte un camión y ser camionera —bromeó Anabel.

—Si no fuera por el temor a ser asaltada, sería una buena opción —replicó Juliana.

El paisaje empezaba a reverdecir. Los anacardos, con sus largas ramas retorcidas, crecían a lo largo del horizonte. Más adelante, gigantescos mangos centenarios, cargados de frutos verdes y otros que empezaban a madurar, como adornos prendidos a las ramas.

—*Estamos cerca de la costa* — comentó Anabel.

—*¿Falta mucho?*

—*Según las indicaciones, hasta Fortaleza aún queda mucho trecho.*

Dos horas después las jóvenes descendían del vehículo, frente al edificio donde Juliana había alquilado el apartamento.

Anabel, percibiendo algo extraño, miró a los alrededores. De repente, se estremeció y dirigió su mirada en dirección a un camino cercano, diciendo con una expresión extraña:

—*Debo ver algo... ya regreso a ayudarte.*

—*¿A dónde vas, Anabel?*

—*No te preocupes... vuelvo en un instante.*

Anabel se dirigió al lugar que la intrigaba, un camino bordeado de anacardos. Caminó hasta que divisó una casa abandonada en medio de la maleza. Su corazón se apretó ante la presencia del pasado.

—*¡No es posible!* —exclamó para sí misma. —*Esto es demasiada coincidencia. Primero, el reportaje con Riquinho y ahora Juliana piensa en alquilar un apartamento precisamente aquí...*

Lentamente, se acercó, llena de recuerdos. Le pareció ver una figura en el interior, pero continuó, entrando lentamente, con cuidado. Todo estaba en ruinas. Algunos muebles viejos, despedazados, por todas partes. A través del agujero donde alguna vez existió una ventana vio el patio tragado por la maleza, sofocando el árbol de jazmín. Donde había estado su habitación, en un rincón, halló los restos de un viejo álbum. Lo abrió y pasó las páginas. Algunos retratos estaban tan amarillentos que apenas era posible identificar a las personas: sus padres abrazados, en una época en la que eran felices; ella, todavía un bebé, en brazos de su madre; su padre dándole una patada a una pelota que ella intentaba coger... De repente, su corazón dio un salto. Riquinho, con aire conquistador, aparecía en medio de otros adolescentes. Se sentó en el suelo, profundamente emocionada, apretando el retrato contra su pecho.

Algunos recuerdos que deseaba apagar brotaban ahora llenas de brillo, con la misma emoción con las que quedaron grabadas. Recordó una tarde lluviosa cuando Riquinho y Geni la encontraron allí, llorando. Tenía tan solo 13 años y ya había sufrido mucho. Su padre, borracho, la había violado. Se sentía sucia, completamente indefensa, y siempre temerosa de que él la volviera a atacar. Incluso llegó a pensar en matarlo si él se atrevía a ponerle un dedo encima. De hecho, ya había apartado un cuchillo de cocina para defenderse. Pero lo peor fue descubrir que estaba embarazada, lo que hizo que su mundo se derrumbara... un mundo pobre, sin horizontes, pero que, sin embargo, podía adornar con la ayuda de sus ilusiones.

Esa tarde estaban los tres en ese mismo lugar, sentados en el piso: Riquinho, Geni y ella.

—*Deja ya de llorar y dinos que te pasa*

—explotó Geni, impaciente y celosa.

—*Es que no sé qué hacer...* — respondió con mucha dificultad, debido a su llanto.

—*Dinos ahora mismo que pasó* — insistió Geni. —*Deja de hacer teatro...*

—*Es que... es que... estoy embarazada...*

Recordó claramente la mirada de Geni a Riquinho, con una mezcla de odio y desesperación. Pensaba que él era el padre.

Riquinho, quizás por el cariño que sentía por ella, pudo ir más lejos y saber la verdad.

—*Fue tu papá, ¿no?...*

Notando que había acertado, exclamo lleno de odio:

—*¡Ese desgraciado! ¡Me encargaré de ese miserable!...*

—*No, Riquinho* —rogó angustiosamente con la voz y con los ojos. —*No hagas nada. Mi papá podría matarte y entonces... me quedaría sola...*

Reparando en la expresión de celos de Geni, finalizó:

—*Eres mi único amigo.*

Calmados los celos, Geni empezó a sentir pena de la vecina y compañera de diversiones.

—*¡Ese desgraciado!* —exclamó. —*¡Deberían castrarlo!*

Riquinho, con los ojos llenos de rabia, sacando la navaja de su bolsillo, acarició el filo con sus dedos.

—*Adivinaste, Geni. Un desgraciado que no respeta ni a su misma hija debería ser castrado. Meterlo en la cárcel no serviría de nada. Saldrá y seguirá desgraciando a otras.*

—*Vas a deshacerte de eso, ¿no?* — preguntó Geni, fijando intencionalmente a su barriga.

Riquinho se exaltó, hablando casi a gritos:

—*¡No! ¡Eso no!*

Sorprendida por esa reacción, Geni preguntó:

—*¿Qué pasa, Riquinho?... Solo si ella estuviera loca.*

Un ruido cualquiera hizo que Anabel volviera al presente. Se levantó y fue a donde alguna vez estuvo el salón de la casa, donde posó el álbum sobre los restos de una cómoda.

En otra habitación, la única que se mantenía en mejor estado, Riquinho observaba desde la puerta, cuchillo en mano. Cuando reconoció a la joven, se quedó tan sorprendido que dejó caer el cuchillo. Anabel no hizo caso y siguió caminando por la habitación hasta que tropezó con un trozo de estera, tan viejo que se estaba deshaciendo. La levantó del suelo automáticamente, pero al reconocerla la tiró, horrorizada. De nuevo los recuerdos amargos ocuparon su mente. Vio a su padre, muerto, sobre esa estera, con un hilillo de sangre corriendo por la boca y a ella misma al borde de un ataque de nervios, mientras Riquinho, con un palo en la mano, miraba horrorizado al cadáver. Después, el grito de Geni al entrar y ver la escena, y luego su mirada de

reclamo hacia Riquinho, quien alegó:

—*Él la estaba obligando otra vez...*

Geni miró con rabia a Anabel, y estalló contra su novio:

—*¿Y tú tenías que meterte en eso, Riquinho? ¿Ahora qué va a pasar?*

—*¡Debes huir!* —exclamó Anabel dirigiéndose a Rico.

Al darse cuenta que estaba a punto de perder a su novio, en una decisión dramática Geni lo sujetó por los hombros, diciéndole con firmeza:

—*Voy contigo, Rico.*

El joven se apartó de ella con un gesto brusco, exclamando:

—*¿Estás loca, Geni?*

Volviendo al presente, Anabel sacudió la cabeza como si quisiera borrar esas imágenes y salió de la habitación y de la casa. Rico, de nuevo solo, se acercó a la ventana y observó a la joven alejarse, como quien ve el paraíso perdido desde lejos. Sin embargo, pronto se recuperó, haciendo el gesto de los que quieren librarse de pensamientos incómodos, retomando su habitual postura de matón.

Capítulo 6

Solo en la productora, André caminaba de un lado a otro, incapaz de concentrarse en su trabajo.

—*Esto es peor que una enfermedad* —refunfuñó. —*Con una enfermedad iría al médico, tomaría un medicamento, me hospitaliza, pero con esto...*

De vez en cuando miraba en dirección al escritorio, como si quisiera poner a prueba su propia fuerza de voluntad. Finalmente, encogiéndose de hombros, se acercó, abrió el cajón y cogió el retrato de Juliana.

Se sentó para poder saborear mejor el placer de verla, incluso a través de una simple fotografía. Después de observarla durante largos minutos con una expresión apasionada y soñadora, se dirigió al calendario de la pared, marcando con una x una fecha más al final de una secuencia de quince, murmurando:

—*Dieciséis días sin verte... Toda una eternidad.*

El timbre del teléfono lo despertó de su ensueño.

Mientras tanto, en el apartamento de las azafatas, Geni, vestida de criada, acababa de poner un dispositivo de escucha en la habitación de Juliana, dentro de un jarrón con flores artificiales. Luego se fue tranquilamente hacia el salón, pero se detuvo, al escuchar a Anabel en el teléfono, diciendo:

—*Juliana me pidió que te dijera que llega hoy... en una hora aproximadamente.*

—*Eso es con André* —pensó ella, que seguía escuchando la conversación con una terrible expresión de odio, gruñendo para sí misma: —*¡Esa desgraciada me las va pagar!*

—*Bueno, el mensaje es para que la recojas en el aeropuerto* —dijo Anabel,

concluyendo: —*También dijo que el viaje a Jeri sigue en pie.*

A duras penas Geni consiguió controlarse y, al ver que Anabel colgaba el teléfono, entró en la habitación diciendo:

—*Ya terminé la limpieza.*

Sin sospechar nada, Anabel pagó el servicio. Geni sintió como si ese dinero le quemara las manos, estremeciendo su orgullo. Lo recibió, sin embargo, con una media sonrisa, lanzó otra mirada de odio al piso sin que Anabel se diera cuenta, y se fue rumiando pensamientos de venganza. En el ascensor, se quitó las gafas y la peluca, y las guardó en su bolso.

Una hora y media después se encontraba en una cafetería cercana, consultando el reloj por milésima vez, mientras al final de la calle aparecía el coche de André, que venía a aparcar frente al edificio. Cuando la pareja bajó del coche, se acercó con movimientos voluptuosos y de forma suave. Mirando a Juliana, con una expresión de desdén, se dirigió a André, diciendo con una media sonrisa:

—*Hola, André...*

A André no le gustó el encuentro, pero no pudo evitar presentarlas.

—*Juliana, te presento a Geni... trabajó algún tiempo conmigo en la productora.*

Geni miró de pies a cabeza a Juliana, diciendo con un leve tono de ironía:

—*¡Vaya!... muy bien... Espero que sean muy... felices.*

Dio media vuelta y se marchó lentamente, exagerando el contorneo de su cuerpo. Juliana sintió el peligro en el aire.

—*Muy extraña esa joven* — comentó.

—*Sí... ella no es precisamente una joya. Salí con ella unas cuantas veces antes de conocerte. Tiene una naturaleza malvada, mezquina. Tuve que despedirla.*

Juliana se sintió envuelta por una atmósfera pesada. Se sentía desconfiada, como anticipando algo malo.

—*Tiene algo extraño, peligroso. Cuando me miró, sentí escalofríos. Me estremecí por completo.*

Le mostró a André su brazo que tembloroso, diciendo con una mirada preocupada:

—*Esa mujer es peligrosa, André. Cuídate de ella.*

—*¿Qué es lo que ella puede hacer? Nada.*

Sin embargo, no estaba muy seguro de lo que estaba diciendo. También él sintió escalofríos ante la presencia de Geni, pero no quería estropear el momento. Juliana se quedó quieta durante unos instantes, mirando con recelo hacia donde se había marchado. Finalmente, sacudiéndose suavemente como para desechar cualquier mala impresión, entró en el edificio con André y se dirigió al ascensor.

Arriba, en la puerta del apartamento, Anabel recibió a la pareja.

—*¡Hola, Juliana! ¡Tú debes ser*

André... por supuesto!

—*Y tu nuestro ángel de la guarda.*

—*Ya me están creciendo las alas, pero todavía no puedo volar* —respondió Anabel, alegremente.

Riéndose de la broma, las dos se dirigieron a la habitación de Juliana, diciéndole al joven que se pusiera cómodo.

—*André es muy guapo* —dijo Anabel con tono de elogio, cerrando la puerta del dormitorio. —*Además, es muy simpático.*

Sonriendo satisfecha por la aprobación de su amiga, Juliana comentó con aire soñador, mientras abría la ducha para darse un rápido baño:

—*Nunca antes había conocido a alguien como él. Es especial... muy especial.*

—*Realmente debe serlo para que te hayas apasionado de esa manera.*

Juliana sonrió con su rostro y alma. Permaneció en silencio un momento, dejando que el agua corriera por su cuerpo, antes de continuar:

—*¿Sabes, Anabel? hay algo mucho más grande entre nosotros. Algo muy fuerte. No puedo explicar lo que es.*

—*¡Como si no lo supiera! Y lo peor es que no eres sólo tú. André está en cualquier pie. Llama todos los días para saber de ti.*

Satisfecha con la información de su amiga, volvió a sonreír, cerrando los ojos, como anticipando felicidad.

—*¿Y qué hay de nuevo por allá?* —preguntó Anabel.

—*Nada nuevo. Solo que Fernanda... abortó y casi muere. Le faltó poco. ¡Ella no aprende!*

—*Bueno, pero ella está actuando correctamente.*

Juliana se sorprendió con el comentario de su amiga.

—*¿Crees que es correcto asesinar al propio hijo? ¡Santo cielo, Anabel!*

—*¿Cuál hijo, Juliana? Un feto es apenas un pedazo de algo que nos ponen dentro.*

Había algo profundo e hiriente en el tono de su voz. Era una faceta de Anabel que ella aún no conocía.

—*No digas eso* —pidió. —*Un feto es un ser vivo, una persona que se está formando, es un hijo.*

La respuesta violenta, agresiva y cortante de Anabel no se hizo esperar:

—*¡Una persona que no queríamos!... ¡Que yo no quise...!*

Juliana comprendió que había tocado una herida.

—*Discúlpame amiga, no quise herirte* —pidió.

Anabel respiró profundamente, tratando de relajarse.

—*¡Nada de eso! Soy yo la que debe disculparse.*

Juliana cerró la ducha, se envolvió en una toalla y salió del baño. Mirando a su colega con afecto, le preguntó:

—*Tonterías. Cuando vuelva, hablaremos mejor. Luego podrás contarme más ¿de acuerdo?*

Anabel bajó los ojos. No quería tocar el tema, pero tampoco quería

ser grosera con su amiga, a la que quería como si fuera su hermana.

—*No hay nada importante que contarte. Ya te hablé de mi padre. Si yo no hubiera abortado, habría tenido un hijo suyo. Es solo eso.*

Juliana permaneció inmóvil viendo a su amiga, sin saber qué decir. Finalmente, sacudiendo la cabeza, se dirigió al armario para coger algo de ropa para vestirse, comentando en voz baja:

—*Es solo eso...*

Capítulo 7

Tumbado en la cama de Geni, Riquinho escuchaba la radio. La figura tosca, el pelo oxigenado y la ropa elegante hacían juego con el resto de la habitación. De estatura media, con una pose interpretada como la de un bandido de película, daba un toque desagradable. De vez en cuando consultaba su reloj, maldiciendo.

Geni había decidido esconder a su amante en lo que llamaba su “apartamento”. Constaba de un dormitorio y un baño y se encontraba en un viejo edificio comercial que se había transformado en un edificio residencial, donde cada uno aprovechaba el espacio como podía.

Finalmente, una llave abriendo la puerta indicaba que Geni había llegado. Riquinho adoptó la pose habitual, preguntando con cierta rudeza:

—*¿Dónde has estado? Estoy aquí, queriendo una cerveza, y tú paseando por ahí.*

—*¿De qué cerveza me hablas? — preguntó Geni, irritada. — ¿De dónde voy a sacar una cerveza? Estoy sin un centavo.*

—*¿Y entonces para qué trabajas?*

—*Pagué las compras del mercado y... no sobró nada.*

—*¿Ves? Solo debes decidirte y le echamos mano al botín.*

—*Es muy peligroso, Riquinho. No tengo deseos de pasar el resto de mi vida en una jaula.*

A Riquinho le gustaba Geni a su manera. Tal vez la necesitaba más de lo que le gustaba. Ella siempre estuvo ahí para servirle: como compañera de alguna aventura, como mujer e incluso asumiendo sus pequeños gastos. Ahora la necesitaba más que nunca, ya que ella lo estaba manteniendo y escondiendo de la policía. Además, había estado planeando un viaje a Bolivia para traer algo de cocaína que le haría ganar mucho dinero y, para ello, la participación de ella sería fundamental.

Se alisó la ropa y el pelo, se miró en el espejo de la cómoda y concluyó que estaba irresistible. Se acercó, haciendo todo lo posible por parecer un galán.

—*Querida... el peligro está en todas partes. La diferencia es que éste es rentable, con mucho dinero.*

—*¿Entonces, por qué no vas solo?*

La tomó entre sus brazos, frotando su mano sobre su espalda, bajando hasta sus nalgas.

—*Una pareja en luna de miel no despierta sospechas.*

—*No lo sé...*

La táctica parecía no haber surtido efecto esta vez. Geni estaba tan llena de odio que no había espacio para nada más. Pensó que era culpa de Juliana que André la hubiera despedido y, con ello, destruido sus bien tramados planes. Para ella, la venganza estaba por encima de todo. Se apartó de los brazos de su amante para poder analizar mejor sus reacciones. Era un doble juego, en el que cada uno quería aprovecharse del otro. Con voz de tono confidencial, comentó, como quien no quiere:

—*Estoy pensando en otro servicio, sin ningún peligro. Es en una oficina de producción, por aquí cerca.*

—*Déjate de eso, Geni.*

—*¿A qué le tienes miedo?*

—*¿Miedo? ¡Yo aquí soy el hombre! Pero no soy ningún tonto. Solo quieres usarme para vengar la patada que te dieron en el trasero.*

Geni se estremeció ante el comentario de Rico. El odio que crecía dentro de su pecho, parecía asfixiarla.

—*¡Me voy a vengar de esa desgraciada!*
—exclamó. —*Estoy de patas en la calle por su culpa. Si no hubiera sido por ella, ahora mismo yo estaría allí pasándola bien... lista para ser la jefa.*

Se volvió hacia su amante, mirándolo firmemente a los ojos.

—*Y por supuesto que ganarías con eso, mi Rico.*

Hizo una breve pausa antes de concluir:

—*Pero aún puedes sacar una tajada. Allá hay muchos aparatos...*

Riquinho puso cara de desprecio.

—*Son cosas que dan cárcel segura a quien las venda. Es material profesional... muy difícil de negociar.*

Pateó el sillón con rabia.

—*Y no me molestes más con esa charla. Estás aquí despechada y quieres que yo me haga el tonto.*

Geni se acercó, con aires de amante, besando a Riquinho con voluptuosa violencia, y comentó:

—*Aún podemos llegar a un acuerdo, espera un poco.*

Riquinho la agarró excitado y se sumergió en su sensualidad, buscando sexo.

Capítulo 8

El paisaje se sucedía con sus propias peculiaridades. Granjas bien cuidadas con coches en los patios y piscinas llenas de gente feliz en viajes de fin de semana; casitas de barro, llenas de habitantes y pobreza; niños con enormes barrigas llenas de nada y con el hambre escrita en sus expresiones. La naturaleza, sin embargo, era muy hermosa, con aquel verde rebotante de vida que se da después de las lluvias, contrastando con el blanco de las

dunas cuyas arenas ni siquiera los vientos pueden mermar. El largo viaje, sin embargo, no producía cansancio porque el combustible estaba enriquecido con el aditivo del amor.

—*Ceará está lleno de playas bonitas, pero mi favorita es Jericoacoara* — comentó André. — *Pero sólo podemos ir en coche hasta Jijoca. De ahí a Jeri vamos en buggy³.*

—*¿En buggy?... ¿por qué?*

—*Porque la ruta es sobre las dunas. No se puede ir en coche.*

—*¡Fantástico!*

La conversación acabó ante el silencio cariñoso de las presencias que se disfrutaban mejor sin palabras.

La tarde avanzaba lentamente, cuando finalmente el *buggy* llegó hasta la orilla del mar, abriendo ante los viajeros el grandioso encanto del océano, visto desde arriba, brillando en millones de destellos plateados, reflejando los rayos del sol. Era como un festival de luces naturales que recibía a los que llegaban.

Media hora después, los dos corrían por la playa, jugando como dos niños felices y despreocupados.

Cuando las sombras comenzaron a extenderse, decidieron subir a la cima de la duna más alta, para ver los últimos rayos de sol que se escondían tras las aguas.

Visto desde arriba, la inmensidad del mar también parecía jugar en el alegre vaivén de las olas y el hacer y rehacer de las sábanas de espuma. Los últimos destellos del sol proyectaban una luz difusa sobre algunas pequeñas nubes casi en la línea del horizonte, pintándolas de color rosa-dorado, mientras que, en el horizonte opuesto, la luna aparecía enorme, plateada, empezando a esparcir su toque de misterio sobre el entorno.

Parecía que el cielo y la tierra, el aire y el mar, en el misterioso momento del crepúsculo, ofrecían a la pareja el más bello e impresionante de los espectáculos.

Los dos, cogidos de la mano, permanecieron en silencio, sintiéndose pequeños ante la grandeza de lo que estaban presenciando. Cuando la luna salió con todo su esplendor, André, acariciando suavemente las manos de la joven, dijo en un susurro:

—*¿Sabes, Juliana? Puede parecer un cliché, pero para mí es como si nos conociéramos desde siempre. Tú y yo... en esta playa... o en cualquier otro lugar.*

Volviéndose hacia él, Juliana le miró detenidamente antes de responder:

—*Puede que para otros sea un cliché, pero para mí no. Sabes, te echaba de menos... antes de conocerte. ¿No es una locura?*

—*Tal vez la psicología pueda explicarlo.*

—*Pues yo creo que el corazón tiene razones que la propia psicología desconoce.*

El juego de palabras, dicho así, sin intención, rompió la solemnidad del

³ Nota del traductor: un *buggy* es vehículo todoterreno, con carrocería baja y neumáticos anchos diseñado para andar en la arena.

momento y los dos se echaron a reír alegremente, comenzando a bajar la cuesta de la duna, no sin antes echar otra mirada a la luna, que seguía tranquilamente su curso, con toda la majestuosidad que sólo una gran y verdadera reina puede mostrar.

Capítulo 9

Estirado en el suelo, Riquinho escuchaba la radio, mientras Geni, asomada a la ventana, miraba sin ver el movimiento de la calle. Sus pensamientos estaban, como siempre, centrados en el motivo de su odio.

Súbitamente, dando un rápido giro con el cuerpo, con el puño cerrado, golpeó el suelo tres veces con el pie, con fuerza, como si confirmara alguna orden mental. La expresión de su rostro coincidía con su mirada malévola y cargada de odio.

—*¿Por qué no vas a sacrificar una gallina negra en el Terreiro⁴?* —Reclamó Riquinho con rabia, mientras se levantaba. —*¡No me gusta para nada esa payasada!*

Con los ojos echando chispas y los dedos retorcidos como garras, Geni daba realmente miedo.

—*¡Un día de estos te muestro lo que es una payasada!*

—*¿Acaso no lo es?*

Geni miró fijamente a Riquinho, con una expresión de odio y malicia poco comunes. Parecía un genio de las sombras, una mujer demonio, mientras respondía, casi con un gruñido:

—*Puedes estar seguro de que van a recibir el mensaje.... Y será sólo una advertencia.*

Suavizó un poco su expresión y se acercó a Rico hasta casi tocarlo, concluyendo en tono firme:

—*Además, tú eres quien va a atar el nudo.*

Rico sintió que un escalofrío le recorría la columna vertebral, pero sin querer demostrarlo, respondió gritando:

—*Te has vuelto loca, ¿verdad?*

De manera suave y hablando despacio, Geni preguntó:

—*¿Todavía estás interesado en ese viaje... el de la frontera?*

Rico entendió la propuesta. Por supuesto que estaba interesado. Era una cuestión de supervivencia.

—*¡Desembucha, ya!*

Acercando su boca al oído de su amante le susurró algo, sin duda tan terrible que no había tenido el valor de decirlo en voz alta:

—*¡Soy un bandido, pero no para ese tipo de cosas!* —estalló Rico con rabia.

Al darse cuenta de que sería más difícil de lo que suponía conseguir que su amante participara en su siniestro plan, Geni pensó que lo mejor era tomarse un descanso y, ya

⁴ Nota del traductor: el *Terreiro* es la designación dada al lugar donde se celebran algunos cultos afrobrasileños, como el candomblé, ligados a rituales religiosos donde se invocan distintas divinidades.

que no quería comentarios innecesarios, fingió tener sueño, echándose sobre la cama, murmurando:

—*Tengo sueño, voy a dormir un poco. Cuando me despierte hablaremos.*

Rico se encogió de hombros, intentando olvidar la propuesta de Geni, pero sabiendo que volvería al ataque hasta conseguir lo que quería.

Capítulo 10

En Jeri, André y Juliana contemplaban en silencio el mar reflejando las luces plateadas de la magnífica luz de la luna. La noche era extraordinariamente bella, capaz de inspirar hasta al más rudo de los corazones.

—*Sería bueno que el tiempo se detuviera, porque una noche como ésta no debería terminar nunca* —comentó Juliana.

—*Pero lo bueno del tiempo es precisamente eso. No se detiene, siempre está cambiando, ofreciendo nuevos momentos, nuevas opciones. Y entonces podemos planear y soñar todas las cosas que caben en nuestras cabezas y emociones.*

Cogiendo sus dos manos y mirándole profundamente a los ojos, continuó diciendo con emoción:

—*No creo que tenga que decirte que te amo... Lo sabes, ¿verdad?*

—*Lo sé, André.*

Por su parte, Juliana, acercando las manos de André a su propio pecho, preguntó:

—*¿Y mi corazón? ¿Qué dice?*

Cerrando los ojos, André se quedó allí, sintiendo los latidos del corazón que tanto amaba, inmerso en felicidad.

—*¿Y entonces?* —insistió la joven.

—*Dice que Dios, cuando nos creó, nos unió a los dos con un hilo mágico llamado amor. Pero como la ley dice que nada puede ser fácil, envió uno al norte y el otro al sur. Allí, nos comunicó que tendríamos que romper muchas piedras y mucho hielo para poder finalmente reencontrarnos... y amarnos.*

Le tocó el pelo con la punta de los dedos, la cara, los labios. Sus bocas se acercaron, como atraídas por una fuerza irresistible, sellando su encuentro, o reencuentro, según lo que él había dicho.

—*He tenido muchas novias, muchas mujeres* —comentó André, cuando volvieron a su paseo. —*He hecho sufrir a algunas, he sufrido por otras, pero ahora es diferente, es amor de verdad... Es una sensación de paz, pero segura, fuerte, indestructible.*

Se detuvo, sujetando a Juliana por los hombros.

—*Es eterno... como las aguas del mar...*

No pudo continuar. En un rápido destello, la imagen de un pie golpeando el suelo pasó ante sus ojos y, tras ella, dos ojos malévolos, que desprendían odio.

Un escalofrío recorrió su cuerpo, haciéndole temblar.

—*¿Qué ocurre? ¿Qué pasó?* —preguntó Juliana, preocupada.

—*Sentí escalofríos... tuve un mal presentimiento...*

André tuvo la sensación de que algo terrible amenazaba su amor. Algo indefinido, pero muy poderoso. No quería asustar a Juliana, pero sentía que debía ponerla al tanto.

Juliana, por su parte, estaba preocupada. Había sentido el peligro en el aire y tenía la impresión de que estaba relacionado con su romance con André.

—*¿Qué tipo de presentimiento?* —preguntó, tratando de ocultar su preocupación.

—*Es como... si todavía tuviéramos que cruzar un oscuro abismo antes de encontrarnos definitivamente. No sé si me entiendes.*

Juliana se estremeció. Se acercó a André, abrazándolo.

—*¡Oh, amor! Lo peor es que tengo la misma impresión. Cuando pienso en ti, cuando me siento así, toda envuelta en tu cariño... De repente, es como si una nube oscura, pegajosa y malévolamente descendiera... Y siento que este mal nos ahoga, nos asfixia. Pensé que era mi imaginación.*

Acurrucándose más, rogó:

—*Abrázame... protégeme... defiende nuestro amor.*

Abrazando fuertemente a Juliana, André recorrió con la mirada a los alrededores, diciendo con emoción:

—*Pidamos protección a las fuerzas de la naturaleza: al mar, al viento, a las estrellas...*

—*Y al Creador de todo esto* —completó Juliana. —*Que nos proteja, que proteja nuestro amor.*

Permanecieron así abrazados durante algún tiempo, hasta que se sintieron más tranquilos.

Separándose del abrazo y mirando a André de frente, Juliana dijo con firmeza:

—*No debemos tener miedo, André. El miedo es un sentimiento negativo. Prepara el camino para situaciones adversas.*

—*Tienes razón. Debemos tener pensamientos positivos y fe en la vida. Pero también... debemos permanecer en alerta.*

La luna invitaba y los jóvenes continuaron su paseo, acariciados por suaves vientos.

—*¿Sabes, Juliana?* —dijo André. —*Hay algo que he querido decirte desde el día que te conocí.*

—*¿Qué cosa?*

André tuvo dificultad en responder, tratando de encontrar las palabras adecuadas.

—*Hubo un tiempo en que buscaba un amor... esa persona que sabía que existía, que estaba en algún lugar. Cuando caminaba por la calle, a menudo me encontraba mirando a los ojos de la gente que venía en sentido contrario. De hecho, buscaba una mirada en particular. No era un color o una forma de ojos, sino una mirada.*

Sosteniendo el rostro de Juliana entre sus manos y mirándola a los ojos, concluyó:

—*Esta mirada. La tuya.*

Juliana no sabía qué decir. Estaba emocionada. Abrazó a André con fuerza y luego le besó en los labios. Pero su carácter alegre pronto

reaccionó. Había sido un montón de emociones serias para una noche. Volviéndose rápidamente echó a correr, mientras gritaba:

—*Bueno, a ver si esta mirada no es más rápida que tú...*

André salió tras ella, sintiéndose el más feliz de los hombres.

Capítulo 11

Días después, en su “apartamento”, Geni preparaba la continuación de su plan.

—*¿Entonces?* —preguntó a Riquinho. —*¿Has pensado en mi propuesta?*

—*Ya te dije que soy un bandido, pero no para este tipo de cosas.*

—*Bueno, lo tomas o lo dejas...*

Se acercó, haciéndose insinuar.

—*Creo que vale la pena. Tú me haces el favorcito y yo voy contigo a Bolivia... a buscar ese preciado cargamento que tanto dinero te hará ganar, ¿de acuerdo?...*

Riquinho se levantó de forma agresiva y siguió caminando de un lado a otro, pateando lo que se interponía en su camino. Con el rabillo del ojo observó a Geni, convencido de que no cambiaría de actitud. No le gustaba la idea, porque tenía también sus principios, pero al fin y al cabo... la “misión” que ella le imponía también tenía sus puntos favorables. No tardó en tomar una decisión. Dirigiéndose

intencionadamente al tocador, cogió un frasco de perfume, lo olió, se perfumó y se quedó quieto, posando, mirándola a ella que entendía claramente la respuesta, sonriendo diabólicamente.

- - o - -

Un mes después, Riquinho, con un frasco de perfume en la mano, se miraba en el espejo del tocador de Juliana, posando como un galán de barriada, como le gustaba hacer en los momentos que consideraba importantes. Nada más empezar a perfumarse, el giro de una llave en la cerradura de la puerta le indicó que la dueña de la casa estaba llegando. Pero no estaba sola. La acompañaba André. Riquinho corrió a esconderse en el baño.

—*Qué extraño...* —comentó Juliana, entrando en la sala.

—*¿Qué cosa?*

—*Hay un olor a perfume...*

—*¿Será que entró alguien?*

—*No... es el aroma de mi perfume. Debí dejar la botella abierta.*

Los dos se dirigieron al dormitorio. El frasco de perfume estaba realmente abierto. Juliana lo cerró con la expresión de quien nota algo extraño. André, se acercó al jarrón de flores donde Geni había colocado el aparato de escucha, lo levantó y lo miró con el ceño fruncido.

—*Te daré un arreglo floral más bonito.*

—*¡Pero ese es bonito!... me gusta.*

André no contestó, sino que continuó con una sensación de ligera inquietud, como si algo anduviera mal. Se encogió de hombros y tomó un libro de Genética que estaba encima de la cómoda, mientras Juliana sacaba un vestido del armario, cambiándolo por el uniforme de azafata.

—*No sabía que te gustaba la genética* —dijo André, sorprendido.

—*Era mi asignatura favorita en la universidad.*

—*¿Por qué no terminaste?*

—*No pude. Papá murió y... Pensé que era mejor dejar la medicina para más tarde.*

—*Pues bien, estás invitada a ver un documental que estoy editando para el Ministerio de Salud. Se trata de la fecundación y el desarrollo del embrión y del feto. ¡Es simplemente fantástico!*

Juliana miró a André, felizmente sorprendida.

—*Me parece genial, André. Por supuesto que quiero verlo. Este tema me parece fascinante. Los primeros momentos de la vida, cómo empieza, cómo se desarrolla.*

Y dando un cierto énfasis en su voz, concluyó:

—*Y lo que más me deleita es que la ciencia, por muy adelantada que esté, no puede llegar al fondo... a lo que hay detrás... lo que es esa fuerza suprema, ese mecanismo que hace que todo se produzca.*

Terminó de vestirse y comentó:

—*Es una pena que haya tenido que interrumpir la universidad antes de cursar esa asignatura.*

Se miró en el espejo y quedó satisfecha.

—*¿Qué tal?* —preguntó.

—*Te ves hermosa, mi amor. Estás más guapa que nunca.*

Se veía realmente hermosa. No era sólo la ropa, era algo más, una especie de luz interior que le daba un toque especial. Pasaron al salón mientras Riquinho se dirigía al dormitorio, muy atento observando a la pareja. Juliana encendió el equipo de música, poniendo música suave que hablaba de amor. André bajó la luz y empezaron a bailar muy juntos, con sus rostros pegados, disfrutando de la presencia mutua. Esa música parecía haber sido compuesta e interpretada sólo para ellos, para sus momentos de amor. Al final sacó un suspiro de la joven.

—*No quiero que esto acabe... nunca.*

—*No se acabará. Incluso porque... quería hacerlo de una manera especial, diferente al resto de los mortales... pero...*

—*¿Hacer qué?*

—*Preguntarte si quieres casarte conmigo.*

El matrimonio había estado en los planes de Juliana desde que conoció a André. Aun así, ella estaba un poco sorprendida y también algo emocionada. Tomándose un tiempo para responder.

—*Según la tradición moderna, debería decir que necesito algo de tiempo para pensar. Pero he estado pensando en ello desde que te conocí. Quiero... casarme contigo. ¡Claro que sí!*

André sacó un par de anillos de su

bolsillo. Puso uno en el dedo de la joven y ella puso el otro en el de él. Permanecieron de pie uno frente al otro, tomados de la mano.

—*Sin pretexto alguno* —dijo André, mirándola seriamente a los ojos — *quiero estar contigo en tu alegría, pero también en tu tristeza, en las horas livianas y también en las pesadas... en los errores, en los aciertos, en todo lo que venga...*

Juliana sintió la solemnidad del compromiso, aunque dicho con sencillez. Seguía percibiendo el peligro en el aire, cada vez más cerca. Ella respondió con seguridad:

—*Yo digo lo mismo, amor. Quiero estar contigo... en todo lo que venga.*

Un beso selló la promesa. Una promesa que sería difícil de cumplir. Pero la felicidad transformó rápidamente el ambiente solemne en uno alegre.

—*Hay que celebrarlo, aunque sea con brindando con agua* —exclamó André.

—*Creo que tengo una botella de champán en la despensa. Voy a buscarla.*

Juliana se fue y André, acercándose a la ventana, se quedó mirando las estrellas. De repente, en una impresión fugaz pero fuerte, la figura de un pie golpeando el suelo y, detrás de él, dos ojos con destellos malévolos, pasaron ante sus ojos. Una atmósfera de amenaza envolvía el lugar con la apariencia de un mal presagio. Juliana, al volver de la cocina, rompió parte del malvado hechizo, diciendo alegremente:

—*La encontré, cariño. La puse en hielo.*

André la sujetó por los hombros, mirándola con añoranza, de forma casi melancólica. Finalmente dijo con seriedad:

—*Quiero pedirte algo, Juliana.*

El tono de voz hizo que se preocupara.

—*¿De qué se trata, amor?*

Cogiendo sus manos, dudó un momento, buscando las palabras adecuadas. Finalmente habló, con énfasis:

—*Estamos asumiendo un compromiso entre nosotros. Vamos a tener una vida en común... juntos. Sería bueno dar un... un voto de confianza el uno al otro. Confiar, tener paciencia, aliviar...*

—*Tienes razón, amor* —respondió Juliana con convicción. —*Muchas parejas que se aman profundamente acaban separadas porque cada una de ellas está más comprometida consigo misma, con sus fantasías, con sus razones, que con su unión. En realidad, ni el amor ni la felicidad nos son dados gratuitamente. Tenemos que luchar por ello.*

—*Así es, querida. Creo que hay que priorizar el afecto, la compañía, la comprensión.*

Al darse cuenta de que había preocupado a su prometida, intentó dar otra interpretación a sus palabras.

—*Si estos valores no son muy fuertes, con el tiempo la unión se rompe... o se torna amarga.*

—*Nuestra unión jamás será amarga. Te lo prometo.*

Un largo beso calmó un poco la preocupación de André, encendiendo el deseo sexual que

vibraba con fuerza entre ellos. La besó en la boca, en el cuello, avanzando su mano en busca de zonas eróticas. Juliana lo apartó suavemente.

—*Sólo después de la boda, amor.*

Reponiéndose un poco, explicó:

—*Quiero tener una verdadera luna de miel.*

André se sorprendió.

—*Pero nosotros ya hemos...*

—*No importa.*

—*¿No es demasiado ingenuo para nuestros tiempos?*

—*Pues bien, creo que es precisamente este ingrediente de ingenuidad el que falta hoy en día. Esa cosa romántica, esa expectativa de sexo menos fácil, ¿sabes?*

André se quedó pensativo durante un rato, mirando a su prometida con cariño.

—*¿Es eso realmente lo que quieres?*

Juliana asintió.

—*Está bien. Entonces vamos a enamorarnos como en los viejos tiempos.*

—*Tampoco así*—sonrió Juliana.—*No hay que ser tan radical.*

Bailaron unas cuantas canciones más y luego fueron a la cocina en busca del champán. Mientras André abría la botella, la joven comentó a modo de explicación.

—*Sabes, amor, creo que es importante tener sexo después de una larga parada en la estación del corazón. Mi madre dice que una de las grandes tragedias de la humanidad es el sexo sin amor y sin cabeza.*

—*¿Sin cabeza?*—preguntó, riendo.

—*Mi madre piensa que las fuerzas sexuales son energías creativas, arraigadas en el alma, en la psiquis, y que están enraizadas en los sentimientos. Por eso deben actuar juntos, sexo con sentimientos. Pero por encima de ellos se coloca la cabeza, que debe guiar a los dos.*

Sonrió de forma juguetona y añadió:

—*Es cuestión de jerarquía.*

André se rio de sus palabras. Por supuesto, en su caso había sentimiento, y mucho. Pero ella tenía razón, y aunque no la tuviera, él estaba dispuesto a respetar su decisión. Levantando la copa, brindó, poniendo en las palabras toda la fuerza de los sentimientos que brotaban de su corazón.

—*Por nuestro amor...*

Los ojos azules de Juliana brillaban de felicidad y dijo:

—*Que sea fuerte y eterno como el mar y encantador como las noches de luna llena.*

—*Que nuestra unión sea eterna llena de encanto y alegría*—añadió André.

Después del brindis, los dos estaban charlando alegremente, mordisqueando trozos de queso, cuando André comentó:

—*No me has dicho cómo fue el vuelo.*

—*Tuvimos una amenaza de bomba a bordo. Fue asfixiante.*

—*¿Cómo es eso?*

—*La torre de Río de Janeiro le avisó a nuestro capitán. Una llamada anónima dijo que había una bomba en el avión. Así que hicimos un aterrizaje de emergencia en Vitoria. Registraron todo de punta a*

punta, pero no hallaron nada...

—*Oh, cariño, ni siquiera me lo dijiste.*

—*No quería preocuparte.*

En el salón, Riquinho, que escuchaba la conversación a escondidas, sujetando sus genitales con una mirada pícaro, dijo para sus adentros:

—*Ni imagina que la bomba está aquí... esperando que el noviecito se vaya.*

Media hora más tarde, en la despedida, André preguntó, después de otro beso:

—*Mañana vas a viajar, ¿no?*

—*Si... Y volveré pasado mañana, sobre las siete de la tarde. ¿Me recoges?*

—*La única razón por la que no lo haré es si surge algún trabajo urgente de última hora. Si no voy, me llamas en cuanto vuelvas, ¿vale?*

—*Sí, lo haré.*

André estaba preocupado, sin saber por qué. Era un malestar que no podía definir.

—*¿Vas a estar bien, aquí sola?*

—*¡Claro que sí! No te preocupes, ¿vale?*

André se fue después de otro beso y Juliana se fue a su habitación. Encendió la radio, buscando una emisora donde sonara música romántica. Se quitó la ropa y se puso un jersey. Se sentó en el borde de la cama, se estiró y sonrió, con el corazón lleno de recuerdos de la noche. Levantó su mano para admirar el anillo y se quedó quieta, muda de espanto, al ver que Riquinho entraba silenciosamente en la habitación, saliendo del baño. Estaba a punto de gritar, pero el matón actuó rápidamente. Saltando sobre ella, le tapó la boca con la mano mientras con la otra le ponía un cuchillo en la garganta, diciendo:

—*Si te quedas tranquilita vivirás para contarlo... si no...*

Puso el cuchillo ante sus ojos.

—*¿Lo ves, muñeca? No es de mentirillas, no... Si te resistes, lo enterraré en ese bonito cuello. Sería una pena.*

Luego la arrastró hasta el centro de la cama, tumbándose encima de ella. Juliana intentó reaccionar, luchando con todas sus fuerzas, pero el bandido presionó más el cuchillo, hundiendo la punta en su delicada piel. Pensó que era inútil reaccionar. Ese miserable la mataría y luego haría con ella lo que quisiera.

Al darse cuenta de que dominaba la situación, el matón aflojó la presión sobre el cuchillo, observando el pequeño hilillo de sangre que salía de la herida. Colocó el arma en la mesilla de noche y, acercándose a la radio, buscó una emisora que pusiera una música kitsch e inmoral. Sonriendo satisfecho, subió el volumen. Con una mirada malévolos y con ironía en su voz, comentó:

—*La luna de miel con el tonto ese va a tener que esperar... Primero es mi turno...*

Capítulo 12

Preparada para otro vuelo, Juliana preparó un remedio, haciendo una mueca mientras lo tragaba. Con cara

de preocupación, Anabel preguntó:

—*¿Se te ha pasado por la cabeza que este malestar podría ser un embarazo?*

El cuerpo de Juliana se puso rígido. Volviéndose hacia Anabel, su mirada expresaba la más profunda angustia, preguntó con énfasis:

—*¡No digas eso, Anabel!*

Anabel estaba muy contrariada. Su amiga no se merecía lo que estaba pasando.

—*¿Cuándo fue tu última... menstruación?* —preguntó, con cuidado.

Extenuada por el peso que de nuevo amenazaba con caer sobre ella, Juliana respondió con un suspiro:

—*Está atrasada... sólo unos días...*

El temor había querido apoderarse de ella desde que se le pasó por la cabeza la idea de que podría haberse quedado embarazada, pero fuerte y equilibrada como era, había decidido no dar cobijo a pensamientos que sin duda desarmonizarían su interior. Había reflexionado mucho después de la violencia sufrida, decidiendo ignorar lo sucedido, enterrarlo en lo más profundo, desintegrar esos recuerdos y lavarse por dentro. Pero ahora la posibilidad se cernía como una amenaza, con todas las terribles implicaciones que conllevaba, ya que implicaba a terceros y a su propio futuro. Sin embargo, no quiso afrontarlo y buscó otras justificaciones. Tratando de creer lo que estaba diciendo, explicó:

—*Pero siempre se atrasa. Este malestar es sólo nervioso. Además... después de lo ocurrido...*

Anabel dijo lastimosamente:

—*Oh, amiga mía, siento decirlo, pero esto podría ser un embarazo. Creo que es mejor que empieces a ver esa posibilidad.*

Juliana se agitó. Era demasiado peso, aplastando su valor. ¿No era suficiente lo que había pasado? Y ahora le lanzaban esta amenaza. Estaba al borde de la desesperación, pero trató de controlarse.

—*Cállate, Anabel* —pidió. —*¡Por favor!*

—*¿No quieres desahogarte, amiga?* —preguntó Anabel cariñosamente.

Se dio cuenta de que ella tenía razón. Realmente necesitaba compartir con alguien, para no desequilibrarse.

—*Eso fue demasiado horrible, Anabel. Lo vemos en las noticias todo el tiempo: fulana fue violada, abusada...*

Se detuvo un momento, buscando en su propio interior, antes de continuar:

—*Pero no nos toca... no está en nuestra piel. No es nuestro cuerpo tocado por las sucias manos de algún canalla.... No es nuestra intimidad la que se desgarró por el asqueroso pene de un cerdo.*

Permaneció en silencio, tratando de tragar el nudo que se le formaba en la garganta.

—*¿No quieres contarme más?* —preguntó Anabel después de un momento. —*Tal vez eso alivie un poco.*

Juliana respiró profundamente.

Recorrió la habitación y se acercó a la ventana, permaneciendo en silencio un rato, antes de continuar:

—*Me siento invadida por algo sucio, asqueroso... Es una cloaca que corre dentro de mí, desde mis órganos sexuales, pasando por mi corazón, hasta mi cerebro.*

Se secó las lágrimas con rabia y continuó:

—*Y en el cauce de esa cloaca aparece la mirada malévola de ese canalla... el cuchillo en mi garganta, la mano recorriendo mi cuerpo, en las partes más íntimas... esa voz odiosa haciendo referencias obscenas a mi cuerpo y luego...*

Juliana estaba exaltada, hablando con extrema rebeldía, casi gritando, con lágrimas represadas en sus párpados:

—*Luego ese asco, esa invasión interminable y abominable. Los movimientos lentos, perversamente lentos... luego violentos, agresivos, lanzando esa porquería dentro de mi cuerpo, de mi alma.*

Anabel no sabía qué decir. Siempre había estado muy segura de sí misma, pero ahora no encontraba las palabras para ayudar a su amiga.

Pensó que lo mejor era abrazarla, transmitiéndole su afecto, como único remedio que tenía a mano.

Este gesto hizo que algo se rompiera dentro de Juliana, rompiendo el dique que aprisionaba tanto dolor.

Lloró durante mucho tiempo, se alivió un poco. Finalmente dijo:

—*¿No ves, Anabel, que necesito olvidar todo esto? Necesito barrer esta basura de mi memoria, lavar mi cabeza por dentro, mi corazón, mi cuerpo, mi alma... todo.*

Sujetando los hombros de su amiga, le preguntó:

—*¿Cómo puedo olvidar esto, Anabel?... ¡Dime!*

—*Oh, amiga mía, no sé qué decir* — tartamudeó. De repente tuvo una idea.

—*¿Por qué no se lo dices a André? ¿No confías en él?*

—*Sí, claro que sí. Por supuesto que sí.*

Caminó un poco, pensativa.

—*No tengo el valor, Anabel. No quiero contaminar un amor tan hermoso como el nuestro.*

Continuó en un arranque de rabia:

—*¿Acaso el cielo o el infierno han decretado que, en este mundo de perros, el amor grande y puro no tiene cabida?*

Poco a poco se fue calmando y al cabo de un tiempo concluyó:

—*Para mí, sólo el tiempo y el amor de André... su afecto, su pureza de alma podrán limpiar esta suciedad de mi interior.*

—*Pero tienes que afrontar la posibilidad de un embarazo* —dijo Anabel con suavidad. Y mirando a su amiga a los ojos, le preguntó—*Podría ser el hijo de André, ¿no?*

Juliana suspiró, desanimada.

—*Lo peor es que no puede serlo. Habíamos decidido no tener sexo antes de la boda.*

Anabel se sorprendió, pero pensó que era una buena oportunidad para aligerar el ambiente. Exclamó, medio riendo:

—*¡No lo puedo creer! Eso parece algo del siglo pasado.*

Juliana se relajó un poco. Pensar en André era una terapia para ella.

—*Puedes reírte si quieres* —dijo con una media sonrisa.

—*¿Quieres decir que en tu boda no habrá sexo...?* —preguntó Anabel en broma.

Juliana rio, contra su voluntad.

—*¿Qué es eso, Anabel? Por supuesto que sí... ¡imagínate! Eso es justo lo que me faltaba.*

Animándose un poco, aclaró:

—*Queremos reforzar el afecto, la compañía, ¿sabes?*

—*Es una idea extraña, pero muy interesante. Sólo que sigo pensando que deberías contarle todo.*

—*No, Anabel, no quiero que sufra. Ya es suficiente con que yo sufra.*

Juliana sintió que debía reaccionar. Se sumergió en su interior en busca de energía. Finalmente, para alegría de su amiga, levantó la cabeza, como si desafiara al mundo, exclamando:

—*¿Sabes qué? Voy a dejar de sufrir, voy a olvidar todo esto. Sólo fue un mal sueño, ¿entiendes?*

Recogiendo un paquete de compresas, las colocó en su bolso con un gesto intencional, afirmando:

—*Voy a menstruar de hoy a mañana... y todo esto se desvanecerá de mi memoria. Ya verás, Anabel... ¡Ya lo verás!*

—*¡Así se habla, Juliana!* —exclamó Anabel, complacida por esa reacción. Y para cambiar el rumbo de la conversación, preguntó:

—*¿A dónde vas?*

—*Es un vuelo fletado. Buenos Aires y Bariloche.*

—*¿Cuántos días?*

—*Unos cinco o seis.*

—*Bueno, que tengas un buen viaje. Te apoyo.*

—*Gracias, amiga mía. Volveré libre de este problema. ¡Ya lo verás!*

Mientras tanto, en casa, Geni escuchaba la conversación y sonreía diabólicamente ante el sufrimiento de Juliana. Pero al enterarse del posible embarazo de la joven tuvo un ataque de ira. Furiosa, arrancó la grabadora, la tiró al suelo, la pisó, la pateó y gritó, totalmente descontrolada:

—*Desgraciada... ¡Tenía que quedarse embarazada, esa perra!*

Se calmó poco a poco, diciendo en voz alta:

—*De todos modos, es probable que se trate de un atraso... Sería muy mala suerte. De todos modos, Riquinho no puede saberlo.*

Puso la cinta en la papelera, escondiéndola bajo otras cosas, y, limpiándose las manos en un gesto de asco, fue a buscar otra que puso en la grabadora.

Capítulo 13

Anabel estaba ordenando la cocina cuando oyó entrar a Juliana, dirigiéndose al dormitorio. Preocupada por su amiga, subió y la

encontró desempacando su maleta.

—Entonces, ¿cómo fue el viaje? ¿El problema?

A modo de respuesta, Juliana sacó el paquete de toallas sanitarias de su bolso y lo guardó en el cajón.

—Ay, amiga... ¿Y ahora qué? —preguntó Anabel, lastimosamente.

Juliana se encogió de hombros, con aspecto abatido.

—No sé...

—¿Por qué no tomas una de esas medicinas...?

—Lo hice, pero... nada.

—Sabes que, en un caso como el tuyo, un embarazo fruto de una violación, la ley permite el aborto.

—Sí... creo que sí. Necesito ver eso. ¿Con quién voy a hablar? ¿Un abogado?

—Conozco uno en el que puedo confiar. Es un amigo mío.

—¿Vas a ir conmigo?

—Sí, por supuesto. ¿Quieres ir ahora?

—... Sí... creo que será mejor ir ya.

—Podemos comprar una de esas pruebas de embarazo.

—No es necesario. Sé que estoy embarazada.

—De todos modos, compraré uno. Puedes hacerlo si quieres.

- - o - -

Mientras tanto, a pocas cuadras de allí, Geni llegó a casa con Riquinho. Como no quería que su amante escuchara la grabación, que podría tener referencias al embarazo de Juliana, la joven fue directamente a encender el equipo de música, poniendo una de esas canciones de ordinarias que le gustaban a la pareja, invitándolo a todo con dulzura:

—Riquinho, mi amor, ven aquí... ven a bailar conmigo.

Sin prestarle atención, Riquinho se dirigió directamente a la grabadora y pronto pudo escuchar la conversación de Juliana y Anabel. De repente, se levantó de un salto.

—¿Embarazo? ¡Carajo! ¿Has visto esto, Geni? Tu amiguita está embarazada.

Geni no quería que Rico lo supiera. Pero como no podía evitarlo, se interesó y fue a escuchar el resto de la cinta.

—¿Quieres decir que está embarazada?

—dijo Riquinho, apagando el receptor. —Pero... entonces... ese es hijo mío.

—¿Tuyo? ¡Ni pensarlo! ¡Es de ese noviecito de ella! —exclamó Geni, tratando de mostrar calma.

—No, no es suyo, es mío —dijo Rico.

—Ellos no estaban teniendo sexo. Escuché la conversación.

Y concluyó con un aire de gran conquistador:

—En eso, papacito es realmente eficiente.

Geni estaba celosa y temía que le saliera el tiro por la culata, pero no quería que su amante notara su angustia.

—¿Tuyo? ¡Ni pensarlo! ¡Es del noviecito de ella! —exclamó Geni,

tratando de mostrar calma.

—*No, no es de él, es mío* —dijo Rico.
—*Los dos no estaban teniendo sexo. Escuché la conversación.*

Y concluyó con un aire de gran conquistador:

—*Papacito es realmente bueno en eso.*

Geni estaba celosa y temía que le saliera el tiro por la culata, pero no quería que su amante notara su angustia.

—*Sí... por mala suerte* —refunfuñó.

Pero recordando otro detalle, concluyó con cierto sabor a victoria:

—*De todos modos... se lo va a sacar.*

El comentario hizo que Rico se estremeciera. Recordó cuando era niño y había presenciado un aborto practicado por su madre, que había sido la comadrona del barrio hasta que se convirtió en “abortera”. Con la curiosidad de saber qué significaba que las mujeres entraran y salieran con sus madres en una pequeña habitación en el fondo de la casa y luego se fueran con caras de malas pulgas, decidió averiguarlo escondiéndose detrás de unas cajas en un rincón de la habitación.

Fue terrible para un niño de diez años. La vida en los barrios marginales hacía que los niños y jóvenes maduraran más rápidamente. Aun así, tardó en entender lo que significaba. La paciente era una adolescente, con cara de niña. No podía ver lo que ocurría a través de los huecos de las cajas, pero oía el sonido de un instrumento desgarrando y raspando algo. Riquinho sabía que ese algo era un bebé. El olor a sangre fresca se mezclaba con el olor a éter, haciendo que el estómago del chico se revolciera. Estuvo a punto de correr, pero sabía que, si su madre se enteraba, la paliza sería grande. Primero de ella, que no escatimaba golpes, y luego de su padrastro, con su cinturón lleno de adornos metálicos. Su espalda ya tenía bastantes marcas de los golpes que le propinaba su padre cuando bebía y alcanzaba a agarrarlo.

Finalmente, tras un tiempo interminable, su madre y la madre de la niña se marcharon, dejando a la paciente tumbada en la improvisada mesa de operaciones para que se recuperara. Riquinho salió de detrás de las cajas, necesitando aire fresco, pero su curiosidad morbosa era mayor y se detuvo junto a una cubeta con algodones y gasas manchadas de sangre y con los ojos congelados, no pudo apartar la vista de lo que vio: una mano diminuta, del tamaño de una de sus uñas, apareció en medio de un montón de cosas ensangrentadas. Eso no era posible... tenía que ser una ilusión, un error de sus ojos... ¡era muy horrible!

Lentamente, como hipnotizado, acercó su mano, con el dedo extendido, hasta tocar aquella otra manita, para comprobar si era realmente real. Lo era.

Con un estremecimiento de horror, retiró la mano y gritó, incapaz de contenerse, aun sabiendo lo que esto podía costarle.

Volviendo al presente, exclamó enfadado:

—*¿Sacárselo? ... ¡Ah, no! ¡No lo permitiré! ¡Eso, nunca!*

Geni estaba furiosa, pero se controló. Ella sabía otras formas de detenerlo. Como alguien que no quiere nada, dijo:

—*Ah, es bastante fácil impedirlo. Lo único que tienes que hacer es ir a la policía y decir que has violado a la chica y que ella quiere abortar.*

Riquinho la miró con rabia, pero al darse cuenta de que tenía razón salió de la habitación, dando patadas a todo lo que se le atravesaba.

Capítulo 14

Las dos jóvenes acababan de llegar del despacho del abogado. En la habitación de Juliana, Anabel le entregó el kit de prueba de embarazo.

—*¿No quieres hacer la prueba ahora mismo?*

Mirando el kit con asco, Juliana lo tiró en un cajón de la cómoda, contestando:

—*No. No, no lo sé.*

Preocupada por su amiga, Anabel no quería dejarla sola.

—*¿Quién podría haber imaginado algo así, ¿eh? —comentó. —No denunció a la policía, no se examinó en el IML⁵... por eso la ley no permite el aborto.*

—Pero, eso está bien. Si no fuera así, cualquier mujer sólo tendría que alegar que fue violada y obtener una autorización.

—*Puedes tener un aborto clandestino —aventuró a decir Anabel. —No es gran cosa.*

—*He pensado en ello... ¡pero todo esto es sumamente terrible!*

Juliana terminó de cambiarse de ropa y se tiró en la cama, llorando. No pudo aguantar.

—*Esto parece un castigo, Anabel. Pero, ¿castigo por qué? ¿Qué he hecho? Siempre he tratado de ser una persona íntegra. Siempre que puedo, ayudo a los necesitados. ¿Por qué Dios tiene que castigarme así?*

—*Dios... ¿qué Dios? No sé si creer en él.*

Sin prestar atención al comentario de su amiga, Juliana continuó:

—*Mi vida está en juego, Anabel, mi matrimonio, mi profesión... todo. ¡No es justo!*

Sintiendo mucha pena, Anabel buscó un CD con música suave, poniéndolo a sonar, mientras decía:

—*A ver si te relajas un poco. Acuéstate y respira profundamente.*

Ayudando a Juliana a meterse en la cama, dijo:

—*Olvida todo eso por hoy, ¿vale? Sólo escucha la música. No pienses en nada... intenta relajarte. Haré la cena.*

—*Gracias, amiga mía. Has sido más que una hermana para mí.*

—*Tonterías...*

⁵ Nota del traductor: siglas del Instituto Médico Legal, órgano médico subordinado a la Policía Técnico-Científica de Brasil.

Anabel se fue y Juliana, tumbada boca arriba, estiró los brazos y las piernas, tratando de relajarse. Comenzó un ejercicio de respiración, respirando profunda y lentamente. El apartamento estaba en silencio. En el aire, sólo la música tranquila y suave sonando levemente y el tic-tac del reloj de pared. Se obligó a guardar silencio mental, a no pensar. Poco a poco se sintió más relajada, más ligera, como si flotara. Poco a poco dejó de oír la música y en sus oídos sólo persistía el tic-tac del reloj, como si fuera el único sonido del universo. Poco a poco, el escenario empezó a cambiar, como en una fusión de imágenes, y se encontró tumbada sobre una mesa rústica en una pequeña y pobre habitación. Sentía frío y mucha debilidad. El tic-tac del reloj se había fundido con el ruido continuo de la sangre que goteaba en una palangana bajo la improvisada mesa de operaciones. Sabía que acababa de tener un aborto ilegal. La policía había llegado y se había llevado a la “abortera”, pero ella no era consciente de lo que estaba ocurriendo en la parte trasera de la casa. Estaba completamente sola.

Intentó levantarse, pero no tenía fuerzas. Todavía estaba medio sedada y débil por la pérdida de sangre. A su alrededor todo estaba en silencio, excepto el sonido de la sangre que seguía goteando en la cubeta. Abrió los ojos con dificultad, pero las imágenes se difuminaron. El mundo exterior iba desapareciendo poco a poco, dejando sólo su conciencia lúcida y, ahora, las pulsaciones intermitentes de su corazón.

—*Qué frío hace, Dios mío* —dijo para sí misma. —*Creo que me estoy muriendo... mi corazón ya está fallando... ¿cuánto tiempo me queda de vida?*

Su corazón dio unos latidos incontrolados que finalmente se detuvieron, y comenzó a contar lentamente, calculando un número cada segundo: uno, dos, tres, cuatro...

No sabía si estaba siguiendo el flujo correcto del tiempo en su recuento, porque ya no tenía parámetros de medición y poco a poco sus pensamientos se fueron atascando, como si estuvieran oxidados y se sintió caer en un pozo sin fin...

En un esfuerzo desesperado por volver a la vida, Juliana consiguió salir de aquel extraño estado, dando un grito de horror. Se sentó en el borde de la cama, con los ojos desorbitados. Estaba aterrorizada. Y así fue como Anabel la encontró al entrar corriendo, asustada.

—*¿Qué pasa, Juliana? ¿Qué ha pasado?*

Poco a poco, empezó a recuperarse.

—*¿Qué cosa tan espantosa, Dios mío!*

—*¿Qué ha pasado?*

Juliana se quedó mirando a Anabel durante unos instantes.

—*Creo que morí* —dijo finalmente.

Este acontecimiento inesperado dejó a Anabel atónita, sin saber qué

decir. ¿Podría ser que su amiga estuviera perdiendo la cabeza? También, como mucha presión. Finalmente logró decir:

—*Mantén la calma, amiga... estás estresada.*

—*¡No! No es estrés. Era yo. Pero a la vez era otra. Era una persona diferente, pero era yo, ¿sabes? Y me morí.*

—*Mantén la calma, ¿vale? Voy a buscar un tranquilizante, dijo Anabel en tono conciliador.*

Juliana se encogió de hombros, pensando que era mejor no insistir. Tampoco sabía cómo explicar lo que había pasado.

Capítulo 15

Días más tarde, Juliana llegó de otro vuelo, diciendo felizmente a Anabel.

—*Finalmente, estoy de vacaciones.*

—*¿Lo has conseguido? ¡Eso es genial!*

Tiró la maleta y el bolso sobre la cama y se acercó a la ventana, estirando las piernas.

—*Realmente necesito descansar.*

Mirando fijamente a su amiga, Anabel preguntó:

—*Y el embarazo... ¿ya lo has resuelto?*

Juliana la miró con una expresión indefinida, sin responder, y fue a cambiarse de ropa.

—*Lo siento, amiga* —insistió Anabel. —*No quiero presionarte, pero el tiempo pasa y tienes que resolver este problema...*

Al no recibir respuesta, Anabel volvió a la carga.

—*No olvides que estás embarazada por violación. Piensa en ello. El padre es un delincuente... y acabar con este embarazo es incluso una obligación. ¿Has pensado en el código genético de ese niño? Podría ser un futuro ladrón, un violador, como el padre. Si yo fuera tú, me encargaría de ello mañana mismo.*

Juliana terminó de vestirse y caminó un poco por la habitación, dirigiéndose a la ventana.

—*Tal vez tengas razón* —dijo por fin. —*Poner una criatura de mala sangre en el mundo... y lo que es peor, hecha de una manera horrible como esa.*

Suspiró y continuó:

—*Sí... creo que en realidad voy a hacer... eso.*

—*Bien. Sólo así te librarás de ese problema. Podrás volver a empezar la vida, porque, mira, después de lo que ha pasado, te has estancado.*

—*Sí, lo he hecho, Anabel, en el infierno.*

Levantó la cabeza, con una expresión decidida.

—*¡Pero quiero acabar con esto! ¡Debo acabar con esto!*

Después de un momento, preguntó:

—*¿Conoces a un médico de confianza?*

—*No. Pero Nairzinha conoce y ya tengo la dirección de ella.*

Anabel trajo el papel con la dirección. Juliana lo miró fijamente, sin tener el valor de cogerlo.

Finalmente extendió la mano y la tomó, pero luego la devolvió.

—*Hazme otro favor* —pidió. —*Llama y reserva por mí, ¿quieres?*

Sonriendo ante los escrúpulos de su amiga, Anabel lo prometió.

—*Bien, haré la cita para mañana, si es posible.*

—*Gracias, amiga.*

Anabel salió a hacer la llamada telefónica, y Juliana fue a ver a André.

Capítulo 16

André estaba trabajando en el área de edición cuando llegó Juliana. Entusiasmado, corrió al encuentro de su novia, exclamando:

—*Oh, amor... ¡qué maravillosa sorpresa!*

Juliana se acurrucó en sus brazos, diciendo, casi en un gemido:

—*¡Cómo te he echado de menos! Me moría por refugiarme así, en tu abrazo.*

Tras aplacar los anhelos más acuciantes con besos y caricias, André se desahogó:

—*Amor, no sabes lo vacía que ha estado mi vida.*

Allí, en presencia de su amor, todo le parecía más ligero a Juliana. Fue como si sus problemas disminuyeran y el dolor dejara de doler. Recuperando algo de su habitual alegría, respondió en tono juguetón:

—*Bueno, ahora va a estar llena. Estoy de vacaciones.*

Con un brillo de felicidad en sus ojos, André exclamó:

—*¿De verdad?... ¡Ah, maravilloso! Así podremos vernos todos los días.*

—*¿Ves, mi amor? Son las olas, los vientos y las estrellas los que nos protegen.*

Juliana se acurrucó más en los brazos de su amante.

—*Te echaba tanto de menos... tanto, que me dolía.*

El temperamento de André, sin ser muy serio, tampoco era tan juguetón como el de Juliana, pero así, inmerso en la felicidad, su corazón cantaba, haciendo eco de las vibraciones en cada célula de su cuerpo.

—*Bueno, tengo un remedio para ese dolor* —dijo riendo.

—*¿Un remedio? ¿Qué es?*

—*Fijar la boda cuanto antes. ¿Qué te parece?*

—*¿Tan pronto?*

Juliana pensó un momento y preguntó:

—*¿Dentro de un mes?*

—*Un mes está bien. Creo que podremos ver todo lo que haga falta en ese tiempo.*

Lleno de felicidad, André continuó:

—*Hoy incluso fui a ver un apartamento. Está en la fase final de construcción. Podemos ir juntos.*

—*¡Genial!*

Mirando a su alrededor, Juliana preguntó:

—¿Y el trabajo?

—*Va bien. Hoy me he tomado el día libre para terminar ese documental sobre la fecundación y el desarrollo del embrión del que te hablé. ¿Te gustaría verlo?*

Juliana se sobresaltó. Lo que menos le apetecía en ese momento era precisamente ese tema, pero no quería que su prometido lo supiera. Sin tiempo para inventar alguna excusa plausible, le vio manipular el control, mientras el monitor mostraba imágenes súper ampliadas de la fecundación.

—*Mira qué cosa tan magnífica* —dijo André sin darse cuenta de su perturbación. —*Observa cómo los espermatozoides compiten por el derecho a fecundar el óvulo.*

De repente, sacó la imagen, diciendo en broma:

—*No, no te voy a enseñar esto, porque si no querrás quedarte embarazada hoy... y hoy, uff...*

Completó su charla con un gesto como si estuviera impotente.

Juliana sintió un golpe. Estaba embarazada de otro, aunque era una víctima. Con esfuerzo consiguió dominar sus sentimientos y, mirando a su alrededor, exclamó:

—*¡André, alguien podría entrar! ¿Qué pensarán de nosotros?*

—*Sólo la verdad. Que estamos enamorados.*

Se besaron cariñosamente en la mejilla, en las manos... y Juliana empezó a preguntarse si se había equivocado al ocultar lo que le había pasado. Volviendo a abrir las imágenes, André continuó sus explicaciones sin observar la angustia de su prometida.

—*Más de 200 millones de espermatozoides compiten en esa carrera. Quien llega primero penetra en el óvulo y entonces estos dos elementos juntos empiezan a formar una persona. ¿No es un momento sublime?*

Juliana finalmente se decidió a contarle todo. Miró su propio vientre, suspirando.

—*André...* —comenzó a decir. Pero el novio, sin darse cuenta, se dirigió a ella, poniendo las manos en su vientre en un gesto cariñoso, diciendo:

—*Una célula tuya y otra mía; una parte tuya y otra mía... y entonces crece, se desarrolla y nace con un rostro hermoso como el tuyo.*

Juliana perdió el valor. ¿Cómo podía decirle que ya había un embrión creciendo, sólo que la otra célula no era la suya, sino la de un miserable bandido?

Entusiasmado, André no se dio cuenta de su angustia. La sucesión de imágenes continuó en el monitor. Primero, el espermatozoide penetra en el óvulo y éste se endurece para impedir la entrada de otros. Entonces el óvulo fecundado se dividió en dos partes, luego en cuatro, en ocho y así sucesivamente. Poco a poco fue cambiando su forma, y apareció una columna vertebral rudimentaria, una cabeza, miembros inferiores y superiores. Y esa pequeña cosa se movía dentro del líquido, como si quisiera mostrar al

mundo que era un ser vivo que se preparaba para ocupar su lugar en la sociedad, su identidad, su destino.

A pesar de la situación, Juliana se sintió deslumbrada ante el espectáculo más grandioso de la naturaleza: la creación de un nuevo ser.

Agarrando su cintura, André continuó hablando con emoción:

—*Pero no sólo crece el cuerpecito. ¿Sabías que percibe, tiene sensaciones, emociones? ¿Sabías que se inquieta cuando su madre está nerviosa y duerme cuando su madre descansa? Cuando está molesto, se chupa el dedo o da vueltas.*

Volviéndose hacia ella, le dijo en voz baja:

—*Imagínate, cariño, un pequeño ser así de ese tamaño, chupándose el dedo...*

André estaba abrumado por la emoción. Y como si hablara consigo mismo, exclamó:

—*Dios mío, una cosita así necesita mucho amor, ¡desde el principio!*

Juliana estaba en el punto álgido de su angustia, sin saber qué hacer. Para disimular, dijo lo primero que se le ocurrió:

—*Y pensar que la mayoría de las mujeres no saben estas cosas. No se molestan en controlar sus emociones durante el embarazo.*

Sin sospechar lo que ocurría en el fondo de su amada, André siguió hablando, acariciando su vientre:

—*Bueno, cuando el nuestro esté aquí, en esta barriguita... vamos a tener una gran charla con él. Una charla de buenos amigos.*

Se quedó en silencio un momento y luego continuó, emocionado.

—*¿Sabías que algunos médicos aconsejan a los padres hablar con el feto desde el principio del embarazo? ¿Decir que les encanta, que están muy contentos con su llegada y cosas por el estilo? Dicen que esto le da al bebé estabilidad emocional y tiene efectos reflejos para toda su vida.*

Empezó a desenchufar los aparatos y a ordenar la oficina para cerrarla. De repente, como si recordara algo importante, exclamó:

—*Soy un tonto, de verdad. Estoy aquí explicando un tema que debes conocer mucho mejor que yo.*

Juliana consiguió por fin controlarse un poco y, aparentemente tranquila, respondió:

—*No, amor, no sé tanto. Además, nunca lo había visto así, en fotos...*

—*Hablando de eso, es bueno pensar en ello. ¿Qué opinas de esperar un poco hasta que tengamos nuestro primer hijo?*

—*Creo que tienes razón. ¿Y qué vamos a hacer al respecto? ¿La píldora?*

—*Píldora, preservativo, métodos naturales... todo a lo que tienes derecho. Excepto el aborto, por supuesto.*

Hizo una breve pausa, pensativo, antes de concluir con una entonación incisiva:

—*¡Eso, nunca! ¡Bajo ninguna circunstancia!*

Capítulo 17

Juliana había salido de la ducha y

estaba terminando de ponerse una ropa casera, cuando Anabel, entreabriendo la puerta del dormitorio, informó:

—*Solo pude conseguir la cita para pasado mañana. A las 9 de la mañana.*

Juliana se estremeció, recordando las imágenes que había visto y las palabras de André sobre el aborto. Angustiada, se tiró en el sofá, ocultando su cara con un cojín. Rara vez fumaba, pero sentía la necesidad de hacerlo. Buscó en su vestidor y encontró una cajetilla. Volvió al sofá y encendió un cigarrillo. Expulsó el humo hacia arriba y cuando volvió a bajar la cabeza su mirada se posó en su propio estómago. En un gesto instintivo apagó el cigarrillo, sabiendo que era malo para el bebé.

—*¿Pero qué bebé?* —pensó con rabia, dándose cuenta de que estaba desarrollando sentimientos maternales hacia el hijo de la violación. Se levantó, dando un puñetazo a la cómoda, exclamando:

—*¡Qué carajo!*

Escondiendo la cabeza entre las manos, respiró profundamente, tratando de calmarse. Se miró una vez más el estómago, sintiendo el impulso de poner la mano en él, pero desistió, con cara de asco. De repente, tuvo una idea. Se cambió de ropa, cogió su bolso y salió.

No tuvo que caminar mucho hasta encontrar lo que buscaba: una iglesia. Entró. Caminando lentamente, miraba todo con una expresión respetuosa. Hacía varios años que no entraba en una iglesia. Su ajetreada vida había enfriado su religiosidad. Se detuvo ante una imagen de la Virgen y se arrodilló, impulsada por sus conflictos.

—*Madre que estás en los cielos. Madre de todas las...* —iba a pronunciar la palabra “madres”, pero al no sentirse como una, añadió: —*de todas las embarazadas. Ayúdame, guíame, inspírame. No quiero ir contra las leyes de Dios... Por cierto, madre, ni siquiera sé lo que dicen esas leyes en casos como el mío.*

Permaneció en silencio y angustiada durante mucho tiempo. De sus ojos sólo brotaron lágrimas, una tras otra. Finalmente, continuó:

—*Consuela mi corazón, madrecita... guíame, ayúdame a tomar una decisión... ayúdame.*

Finalmente se levantó y se dirigió hacia el interior de la iglesia en busca del sacerdote. Quería hablar con alguien que pudiera aconsejarla con neutralidad.

—*¿Pero qué neutralidad?* —pensó —*si ya sé lo que me va a decir.*

De todos modos, fue a buscarlo. Era amable y atento. Su pelo blanco y su serenidad natural le daban un aire de fiabilidad. Tras escucharla con calma, le explicó:

—*Puedo decirte dos cosas, hija. La primera es que las leyes de Dios prohíben el aborto, incluso en esta condición. La otra es que, si eres una de esas personas a las que no les importan estas leyes, no tiene sentido que hable de ellas. Si ese es el caso, me limitaré a hablar de la crueldad que supone la práctica del aborto. La maternidad es siempre sagrada en todas partes. Incluso cuando tenemos un animal en estas*

condiciones, siempre le damos más cuidados, más atención, porque está gestando otra vida u otras vidas y eso conmueve a cualquiera.

Guardó silencio un momento, dando tiempo a Juliana para asimilar mejor sus palabras, y luego continuó:

—Ese feto que puede parecerte un montón de tejidos en crecimiento es un ser humano en formación. Percibe, siente y tiene emociones. Así que imagina su sufrimiento cuando lo destrozan, cuando desgarran su pequeño cuerpo, matándolo.

Juliana dio las gracias al amable sacerdote y se marchó. Su cabeza seguía hirviendo. Las palabras que había escuchado del sacerdote la golpeaban en sus pensamientos. ¿Podría ser realmente cierto que el feto tenga emociones y sufra?

—No, no puede ser—pensó.—Toda la actividad fetal es meramente automática. Si aún no tiene un cerebro formado, ¿cómo puede sentir, tener emociones?

Recordó el vídeo mostrado por André y sus palabras: «—¿Sabías que se inquieta cuando su madre está nerviosa y duerme cuando su madre descansa? Cuando se aburre se chupa el dedo o da vueltas...».

Estaba pasando por delante de un centro espiritista y tuvo ganas de entrar. Tal vez sería bueno escuchar otra opinión. Entró casi automáticamente y empezaba a arrepentirse cuando una joven se le acercó y sonrió, preguntando:

—¿En qué podemos ayudarte?

Sintió compasión. O tal vez era confianza.

—Has acertado. Realmente necesito ayuda... pero no creo que puedas ayudarme.

—De todos modos, podemos darte una palabra de solidaridad.

La cogió del brazo y la condujo suavemente.

—Vamos al salón.

Recorrieron un pasillo hasta llegar a una pequeña y confortable salita, con un alegre jarrón de flores sobre una pequeña mesa. En una grabadora sonaba música suave y relajante.

—Toma asiento. Ponte cómoda— dijo, señalando un sillón. Mientras se sentaba en otro sillón, continuó, sonriendo con simpatía:

—Mi nombre es Laura... Soy de la fraternidad...

Juliana se sentó, casi automáticamente.

—Soy Juliana. Pasaba por aquí y...

De repente pensó que no debía confiar sus problemas a una desconocida. Decidió marcharse, pero en lugar de eso habló en un arranque de desafío:

—¡Estoy embarazada y voy a abortar!

Miró a Laura, esperando encontrar desaprobación en sus ojos, pero en su lugar, en su voz había un timbre de solidaridad, mientras decía:

—Me parece que estás muy angustiada.

Casi a punto de estallar, Juliana exclamó:

—Me violaron... ¡y quedé embarazada!

Al darse cuenta de que estaba siendo grosera, intentó calmarse. Respiró profundamente y continuó:

—Me acababa de comprometer, ¿sabes? Había sido una noche maravillosa. Estaba en casa, preparándome para ir a la cama... Creo que fue un ladrón. Fue espantoso, horrible. No sé cómo Dios permite que sucedan cosas así.

La presencia comprensiva de Laura y también su desahogo consiguieron calmarla un poco.

—¿Lo sabe tu novio?

—No... no tuve el valor de decírselo. Y también... me daba vergüenza.

—Y tú estás indecisa, ¿no?

—Sí, fui a ver a un sacerdote. Iba de regreso y vi el Centro. Entonces, quería saber cómo entienden ustedes este tema del aborto, es decir, en una situación como la mía.

—El asunto no es la situación, es el acto. El acto de matar a un ser indefenso.

—Pero no es un ser —refutó Juliana.

—Es sólo un puñado de tejidos, nada más.

—Es un puñado de tejidos unidos a un espíritu.

—¿Qué quieres decir?

—En el momento en que se produce la fecundación, el espíritu que va a reencarnar, es decir, la persona que va a reencarnar, se vincula al óvulo fecundado. Y ese óvulo se convierte entonces en una extensión de él mismo y se incorpora cada vez más a ese puñado de tejidos, dirigiendo su desarrollo. Y entonces comienza a vivir a través de este cuerpo que se está formando.

Señalando su vientre, Laura continuó:

—Así que es fácil entender que eso no es sólo un montón de tejidos. Es una persona... es una vida consciente, pensante, que se alegra, siente miedo, sufre, se angustia, se apega a la vida...

Juliana estaba impresionada. Esto podría explicar el hecho de que un embrión mostrara emociones incluso antes de que su cerebro estuviera completamente preparado. Pero trató de reaccionar. No quería aceptar la explicación, porque pensaba que todo estaba siendo profundamente injusto con ella. Se quedó pensando un rato y preguntó:

—¿Crees que es justo traer a un niño al mundo para que sufra? ¿Quién sabe qué rechazos podría tener? ¿Y si hereda la perversidad de su padre? Ni siquiera creo que tenga derecho a dejar que este niño nazca...

—El espíritu sólo hereda de sí mismo —dijo Laura en voz baja. Y continuó: —Por supuesto, están los factores hereditarios que pueden generar ciertas predisposiciones. Pero el carácter, las inclinaciones, las aptitudes, las trae de vidas pasadas, de todo lo que ha construido en sí mismo. Y puede ser un espíritu amigo tuyo que vuelve a la tierra para ayudarte, para darte fuerza. También es cierto que puede ser un enemigo del pasado que el amor divino permite que vuelva a ti en la condición de hijo.

—¿Por qué?

—Porque es en la cuna donde terminan las enemistades, dando paso al perdón, al amor.

Juliana quedó sorprendida por la claridad de la explicación. Ni siquiera necesitaba razonar para comprender la perfección de ese mecanismo. Sonrió para sus adentros, asombrada por la sabiduría cósmica. Pero

enseguida pensó que no había ninguna garantía sobre la veracidad de esa información. Además, no estaba predispuesta a las elucubraciones filosóficas. Estaba tan ensimismada en sus pensamientos que casi se sobresalta con la voz de Laura, que le dijo:

—*En cuanto a si es justo o no, esa decisión no nos corresponde a nosotros. Las circunstancias en las que alguien llega a la Tierra, sean buenas o malas, responden siempre a una programación superior. Si alguien nace en condiciones negativas es porque representa la redención de errores de vidas pasadas. También pueden reflejar la necesidad de ese espíritu de aprender alguna lección importante o de crecer interiormente en la lucha por la superación. Y también puede ser una elección propia, con el objetivo de defenderse de ciertas tentaciones o nuevas caídas.*

Juliana se quedó perpleja. Ella comprendía la verdad de estas afirmaciones, pero estaba a la defensiva. Se sentía herida, agraviada, y no estaba de humor para filosofar. Quizás algún día, en un momento más oportuno. Preguntó:

—*¿Y qué pasa con una mujer que aborta? ¿Dios la castiga?*

Laura miró a lo lejos, con una suave sonrisa en los labios. Era una mujer común y corriente, ni bella ni fea, pero en ese momento estaba como envuelta en un halo de luz. Dijo en voz baja:

—*Juliana, solemos aprender desde la infancia que Dios castiga. Pero no es así. Él es ante todo nuestro Padre, y sus leyes existen para ayudarnos a crecer, a evolucionar, no para hacernos daño. Lo que puede parecer un castigo no es más que el retorno de nuestros propios actos, o incluso un dolor necesario para nuestro crecimiento espiritual.*

Al notar que Juliana permanecía en silencio, continuó:

—*Digamos que la vida es así como un camino por el que pasamos varias veces. Así, nuestra experiencia, es decir, los pensamientos, las palabras, los sentimientos y las acciones son semillas buenas o malas que plantamos en el camino. Si plantamos espinas nos harán daño cuando volvamos a pasar por allí, pero si plantamos flores y árboles frutales, tendremos alimento y alegría en futuros pasajes. Y no plantamos sólo para cosechar en el futuro. Nuestra experiencia, la forma en que vivimos, también nos favorece o perjudica de forma inmediata.*

Se quedó en silencio un rato y luego concluyó:

—*En tu caso, por ejemplo, puede ser que ese niño sea alguien muy querido por tu espíritu. O tal vez sea alguien a quien te comprometiste a recibir de niño.*

—*¿De esa manera? ¿Como resultado de una violación?*

—*No sabemos por qué suceden las cosas. Pero seguro que nada ocurre por casualidad, ni por descuido o error divino.*

Juliana se quedó pensativa, como si intentara comprender. Finalmente dijo, levantándose para irse:

—*No sé si me has ayudado o si has creado aún más confusión en mi cabeza. Tengo que pensar...*

Laura se levantó también, cogió una tarjeta y se la entregó, diciendo:

—*Aquí está mi número de teléfono. Puedes llamarme cuando quieras, si quieres hablar conmigo.*

Juliana tomó la tarjeta y la guardó en su bolso.

—*De todos modos, gracias.*

La voz de Laura transmitía confianza y alegría al responder:

—*Que Dios te ayude a encontrar tu propia verdad interior y a tomar una decisión correcta.*

Capítulo 18

Al llegar a casa, encontró a Anabel preparándose para otro vuelo. Pronto se dio cuenta de que Juliana estaba a punto de cambiar de opinión.

—*¿Qué te pasa?*

—*Fui a una iglesia a rezar... y hablé con el sacerdote.*

—*¿Y?*

—*Dijo que es un pecado... es una crueldad. Luego fui a un centro espiritista....*

Anabel mostró cierto desprecio en su expresión. A ella no le gustaban todas esas cosas religiosas, pero respetaba la forma de ser de su amiga. No quiso interrumpir, y Juliana continuó:

—*En el centro espiritista me dijeron muchas cosas... que el espíritu que va a reencarnar ya está conectado al feto desde el momento de la concepción... que puede ser un espíritu amigo...*

La paciencia de Anabel no aguantó mucho. Interrumpió a su amiga, exclamando:

—*¿Y te has tragado esta tontería? ¿Has pensado qué será de ti con un niño a tu cargo? ¿Crees que André, a estas alturas, creerá que realmente fue una violación?*

Tras una breve pausa, continuó con énfasis:

—*¿Y la profesión? ¿Has visto alguna vez a una azafata con barriga? Y hay más... este niño tiene mala sangre. Es el hijo de un violador. Como mínimo, será un delincuente.*

Juliana empezó a sentirse un poco irritada por la continua intromisión de su amiga, pero se contuvo, comprendiendo que era por su amistad. Entonces dijo con un toque de ira en su voz:

—*Conozco familias excelentes que tienen hijos excelentes y de repente nace uno que no vale nada. Y también conozco a hijos de delincuentes que son buenas personas.*

A su parecer, Anabel entendía que su amiga se estaba dejando llevar por un sentimentalismo tonto que la haría sufrir en el futuro. También notó su irritación y trató de hacerse la dura, aprovechando la fragilidad de Juliana en ese momento. Habló con mucha firmeza y en un tono imponente:

—*No, Juliana. Soy tu amiga y no dejaré que cometas esa locura, que arruines tu vida. Vamos, ya hemos hablado de esto. Si hubiera sido en condiciones normales, bien. Pero eso allí, querida, es hijo de la violencia. Eso, que tanto te da pena, es hijo de un matón cruel y asqueroso... y será igual*

que su padre... de eso puedes estar segura.

Cambiando un poco el tono de su voz, continuó:

—¿Te lo imaginas? Pasar el resto de tu vida mirando a tu hijo y viendo a ese bandido violándote...

Juliana se estremeció. Anabel, al notar que ganaba terreno, se acercó y dijo con un toque de afecto y piedad, aunque con firmeza:

—Piensa en cómo va a ser tu vida. Aunque André acepte, ese hijo siempre será una sombra oscura entre ustedes dos.

Juliana se dirigió a la ventana, donde permaneció pensativa durante mucho tiempo, y finalmente dijo:

—Sí... tal vez tengas razón. No debería dejarme llevar por el sentimentalismo. Necesito usar mi cabeza...

—Ahora sí estás pensando bien.

Y aprovechando la ocasión para asegurar la decisión de su amiga, concluyó:

—Marqué la cita para pasado mañana, no lo olvides... a las 9. Y asegúrate de no tener más recaídas, ¿vale?

Mirándola firmemente a los ojos, concluyó:

—No arruines tu vida, Juliana. Tienes todo el derecho, e incluso el deber, de deshacerte de ese problema.

—No te preocupes, Anabel, me encargaré de ello.

Capítulo 19

Esa noche Juliana no pudo dormir. El recuerdo del fenómeno que le había ocurrido días antes volvió insistentemente a su mente. Quería saber qué significaba. Había oído hablar varias veces de la regresión de la memoria a vidas pasadas, pero nunca en detalle. Aun así, comprendió que había sido una regresión espontánea.

A la mañana siguiente, a riesgo de ser inoportuna, llamó por teléfono a Laura, la señora del Centro Espiritista y, media hora más tarde, fue recibida en su casa con una sonrisa agradable y alegre. Sentada cómodamente en un pórtico, con muchas plantas y flores, sorbiendo un zumo de anacardo, Juliana le contó la regresión que había tenido, preguntándole:

—¿Qué le ocurre a una mujer que aborta? ¿Qué castigo recibe?

Un destello de tristeza pasó por los ojos de Laura, que permaneció en silencio por un momento. Finalmente, suspirando, dijo:

—Eso no es tan sencillo. En primer lugar, no hablemos de castigo, ni de culpa, sino de responsabilidad.

La mirada distante de Laura indicaba que se había sumergido en el pasado y su voz denotaba sufrimiento, cuando dijo:

—Te voy a contar algo que me pasó hace unos años.

Laura se levantó como si sintiera la necesidad de moverse. Se dirigió al bajo muro del pórtico y se sentó en él.

—Yo iba a otro centro —comenzó —Allí era adocrinadora, aunque llevaba

poco tiempo como espiritista.

Al ver que Juliana no entendía, le explicó:

—*En los Centros Espiritistas tenemos sesiones de desobsesión. En estas sesiones, los médiums reciben a los espíritus obsesivos que perjudican a alguien. Generalmente son enemigos de esas personas que buscan venganza... casi siempre, por cosas de vidas pasadas. Entonces el adoctrinador les habla, tratando de mostrarles la importancia del perdón y la necesidad de abandonar esa persecución y ocuparse de su propia evolución, etc. Al mismo tiempo, los participantes en la reunión siguen vibrando en paz y amor, dirigidos al obsesivo. Esto tiene un efecto muy poderoso sobre él y, la mayoría de las veces, el grupo consigue llevarlo a abandonar la persecución.*

Juliana estaba impresionada.

—*¿Así que eso es lo que ocurre en las sesiones espiritistas?* —preguntó, asombrada.

Laura sonrió ante la admiración de la joven y continuó:

—*Eso y otras cosas más... siempre para ayudar.*

Se levantó del muro y caminó un poco, como si se armara de valor. Finalmente se sentó y continuó:

—*Yo había abortado dos veces. Eso ocurrió hace mucho tiempo, en situaciones muy difíciles de mi vida. Sólo yo sé de mi sufrimiento y angustia... de la desesperación que me llevó a ello. No se lo dije a nadie, ni siquiera a mi marido. Pero un día nos visitó un ponente de otro centro y la reunión fue todo preguntas. La gente le preguntaba y él respondía tan rápidamente como si ya tuviera las respuestas en la punta de la lengua. El personal decía que eran los espíritus los que respondían por él. Cuando me tocó el turno, me armé de valor y pregunté qué pasaba con una mujer que había abortado. Inmediatamente respondió: «Cuando quiera reencarnarse de nuevo, será abortada tantas veces como haya abortado». Y continuó diciendo que este es uno de los peores crímenes que pueden existir, y que la mujer que lo comete es una criminal ante las leyes de Dios, y así sucesivamente.*

Juliana notó que una especie de escalofrío recorría todo el cuerpo de Laura, quien prosiguió:

—*Hoy entiendo que aquel hombre no era más que un espiritista mal informado... o acompañado de espíritus poco evolucionados. Nunca supo el daño que me hizo.*

Los ojos de Laura se llenaron de lágrimas mientras continuaba:

—*Al día siguiente, en el trabajo, dije a mis compañeras que estaba embarazada de mi cuarto hijo. Una de ellas se acercó a felicitarme como si fuera una heroína y diciendo cosas terribles sobre las mujeres que abortan. Habló con tanta exaltación y en un tono que parecía estar invocando a Dios para que las castigara de forma terrible. Imagina cómo me sentí... ¡peor que la basura! Y desde entonces, cambié. Me sentí como el peor de los criminales. Todo lo que me decía a mí misma, mis razones, no valían nada. Acabé alejándome del trabajo de adoctrinamiento, que me encantaba.*

Mirando a Juliana con intensidad, comentó:

—*Sólo los que han participado en los trabajos de desobsesión pueden saber lo divino que es el momento en que un espíritu, un cruel perseguidor, decide abandonar a su*

víctima y replantearse su propia vida. Es como si Dios mismo o Jesús estuvieran allí, envolviendo a todo el grupo en luz y amor. Es una emoción como ninguna otra que haya sentido.

—*¿Por qué te fuiste?* —preguntó Juliana, entristecida.

—*Porque no me sentía digna* — exclamó Laura emocionada. — *¿Cómo podría adoctrinar a alguien, hablar de amor, de dignidad, de las leyes de Dios, si yo mismo era una criminal? Esta palabra pesaba tanto en mi alma que empecé a sentirme rodeada de espíritus oscuros que me invitaban a seguirlos. Ellos se reían y decían que mi lugar estaba con ellos y no en un centro espiritista, pretendiendo ser una buena chica, una moralista. También empecé a tener terribles pesadillas, en las que me sentía como un feto en el vientre de una prostituta y oía a la gente gritar: «¡apedreen a Magdalena!»*

Se quedó callada por un momento, conmovida por la emoción. En el pórtico sólo se oía el canto de un pájaro en un árbol cercano. Poco a poco fue recuperando la calma. Se secó una lágrima antes de que cayera y continuó:

—*Me sentía como una Magdalena pecadora a la que todo el mundo tenía derecho a apedrear y acabé en una depresión que no podía controlar. Viví en el peor de los infiernos Sabía que tenía que reaccionar, sobre todo por el embarazo. Los niños empezaron a ir mal en el colegio y mi marido, pobre, no entendía lo que me pasaba. Hizo todo lo posible para ayudarme, pero no tuve el valor de decirle.*

Juliana seguía la explicación con gran atención.

—*Finalmente me armé de valor* — continuó Laura — *y se lo conté todo a una amiga que también es espiritista. Me escuchó con calma y cuando terminé de contarle, me preguntó: «¿Qué crees que es peor, Laura: abortar o destruir la vida de tu familia? Ya has cometido un error, uno muy grave, pero no hay vuelta atrás. No hagas otro, hundiéndote en esa culpa. En cambio, trabaja para corregirlo en lugar de hacerlo aún más grande».*

—*Eso fue un shock para mí. Nunca había visto las cosas de esa manera. Y me habló de las leyes de Dios, que existen para guiar nuestra evolución, no para castigarnos. Habló de la conciencia de la culpa y el remordimiento como dolores innecesarios que sólo deben servir como elementos para ayudar a nuestro crecimiento, pero nunca como pesos que aprietan nuestra alma. Por eso no debemos cargarlos, salvo como lastre para que el globo de nuestra vida gane altura. Y concluyó recordando las palabras del apóstol: «El amor cubre multitud de pecados».*

Laura suspiró y sonrió, concluyendo:

—*No puedes imaginar el alivio que sentí. En ese momento salí del infierno y pude contemplar toda la belleza y sentir toda la alegría que hay aquí.*

Juliana estaba muy impresionada. Nunca había escuchado tales ideas.

—*Así es...* —dijo Laura después de un rato. —*Las religiones han creado una cultura de la culpa, que comenzó con Adán y Eva. Nos cuesta tomar conciencia de que Dios no nos quiere culpables, sino responsables. Hoy entiendo que Él nos*

quiere felices, ligeros, siempre levantándonos después de cada caída. Todos tenemos derecho a caer, porque somos criaturas imperfectas. Si no fuera así, viviríamos en mundos más avanzados. Nos caemos y nos hacemos daño. Pero tenemos que levantarnos y asumir nuestras responsabilidades. Y, además, tener cuidado de no volver a caer.

—¿Y entonces? —preguntó Juliana, al ver que Laura se había callado.

—*Esa conversación me hizo salir del agujero. Se lo conté todo a mi marido y empecé a asistir a otro centro, éste, donde me conociste. Allí empecé a estudiar realmente la Doctrina Espiritista y descubrí lo hermosa que es. Llevo muchos años allí, trabajando con mucho amor y dedicación, y estoy segura de que estoy redimiendo al menos una parte de mis errores. Aprendí a transformar el sentimiento de culpa en un sentido de responsabilidad, que es mucho más saludable.*

Una mariposa pasó volando por el pórtico, como si saludara a la naturaleza. Las dos mujeres sonrieron y Juliana preguntó:

—*Sobre esa... regresión, que tuve. ¿Podría tener algo que ver con lo que me está pasando ahora?*

—*Creo que sí* —respondió Laura, con tono tranquilizador, y continuó: —*Realmente creo que la violación que sufriste y ese embarazo... todo eso debe ser el resultado de tus errores en esa vida y quizás en otras también. Y es muy probable que algunos de los mismos personajes estén presentes de nuevo, ahora.*

—*Si realmente es así, ¿qué debo hacer?*

—*No vuelvas a cometer el mismo error, porque además de perder la oportunidad de redimir el mal que hiciste en el pasado, estarás generando más causas de sufrimiento para el presente y el futuro.*

Laura iba a continuar, pero el teléfono empezó a sonar. Juliana aprovechó para despedirse. Todavía estaba indecisa, llena de conflictos.

Capítulo 20

Al día siguiente, por la mañana, Juliana se levantó temprano y se quedó en la cama dándole vuelta a sus pensamientos. El aborto estaba programado para ese mismo día, a las nueve. Su interior estaba muy agitado, lleno de penas y conflictos. Se levantó, se acercó a la ventana y miró a lo lejos el verde de los árboles entremezclado con el rojizo de los tejados y más allá el mar rebosante de luz en los primeros reflejos del sol naciente.

Respiró profundamente, tratando de relajarse, buscando equilibrar sus ritmos internos. Fue entonces cuando escuchó una voz que le hablaba, dentro de sus propios pensamientos. Era una voz masculina, así que no era la suya, que le decía:

—*Nunca pierdas la esperanza, nunca pierdas la fe en la vida. Cuando el mundo nos cierra una puerta, Dios abre una ventana.*

¿Quién era esa voz que le hablaba así?

El timbre de la puerta la sacó bruscamente de sus cavilaciones.

Abrió la puerta y se sorprendió felizmente al encontrar a la persona que menos esperaba.

—¿André? ¡Qué bueno verte tan temprano!

—Hola, jovencita...

El abrazo de André contenía una mezcla de amor y preocupación. Juliana comprendió su estado de ánimo.

—¿Qué pasa, amor? ¿Ha pasado algo?

—No, mi vida, sólo que te extrañé. Quiero quedarme aquí hoy, contigo.

Juliana se sintió reconfortada por la presencia y el cariño de su prometido. En cierto modo, también se sintió aliviada porque tendría una excusa para no abortar ese día. Sabía que estaba aplazando el asunto de su barriga, pero, aun así, era un alivio.

—¿Y tu trabajo? —preguntó.

—No tengo nada importante ahora en la mañana.

Respirando profundamente, trató de relajarse. Estaba casi feliz. Sintió como si le hubieran quitado un peso del corazón.

—Oh, amor... es tan bueno que estés aquí —dijo. —Sólo nosotros dos en el mundo... o en el cielo, lejos del mundo.

Se dirigieron al sofá. André se recostó, poniendo la cabeza de ella en su regazo, abrazándola.

—Quiero quedarme así, en silencio... sintiendo tu cuerpo, tu corazón.

Juliana notó lo ansioso que estaba, incluso angustiado.

—Me estás ocultando algo, André. ¿Qué es?

—Nada... tonterías de un hombre enamorado.

Recorrió con sus ojos el rostro de Juliana con una expresión de cuidado y preocupación al mismo tiempo, diciendo:

—Sólo fue una pesadilla que tuve. De hecho, ya es la tercera vez...

—¿Pesadilla? ¿Qué pesadilla?

André se levantó y se acercó a la ventana.

—Siempre es lo mismo... —comenzó. Y, con la expresión de quien busca cada detalle en su memoria, continuó:

—Los dos estábamos en un lugar muy bonito, acurrucados, mirando al cielo. Entonces cayó un relámpago y apareció la Virgen ¿hermoso? su mirada se llenó de ternura. Llevaba una flor en la mano, para nosotros. Entonces soltó la flor y ésta caía y caía y caía... y nos negábamos a agarrarla.

—¿Y después? —preguntó Juliana.

André se paseó por la habitación durante un rato, tratando de encontrar el valor para hablar de lo que le preocupaba.

—Entonces llegó una tormenta —continuó, —y una nube oscura envolvió la flor y se la llevó. Luego, me doy la vuelta y ya no estás ahí. Me encontraba solo, en una especie de pantano, un lugar horrible, muy oscuro, gritando, llamándote.

Se sentó junto a Juliana y, cogiendo sus manos con fuerza, concluyó:

—Es una horrible desesperación, amor.

Juliana se estremeció, pensando que el sueño podría tener algo que

ver con su embarazo. André, sin darse cuenta de su turbación, la estrechó entre sus brazos como si quisiera retenerla a toda costa, diciendo:

—*Amor, es un sentimiento horrible, de pérdida irreparable.... Es una angustia interminable.*

Con lágrimas queriendo brotar de sus ojos, exclamó en tono desesperado:

—*No puedo perderte, Juliana. Te quiero mucho...*

Los dos permanecieron abrazados durante mucho tiempo, cada uno con su propia angustia.

—*Nunca nos perderemos el uno al otro* —dijo por fin Juliana. —*Te lo prometo.*

Ella lo apartó suavemente, lo miró profundamente a los ojos, diciendo con convicción:

—*No pienses más en ello, amor, ¿vale? Es sólo un sueño, una pesadilla.*

André se acercó a la ventana y se quedó mirando un rato.

—*No es sólo una pesadilla* —dijo después de un momento. —*Tengo la impresión de que estos sueños son una advertencia. ¿Pero una advertencia sobre qué? No lo sé... No puedo entenderlo.*

Juliana estaba muy impresionada. Sintió que debía reflexionar más sobre el tema del aborto. También comprendió que debía sacar a su prometido de aquella angustiosa situación. Dijo, intentando que su voz fuera más segura:

—*Creo que debemos distraernos un poco, levantar el ánimo, confiar, tener fe. Un estado de ánimo "elevado" no permite un mal sueño se haga realidad.*

—*Creo que tienes razón.*

—*¿Qué tal si vamos a la playa?*

—*¿Playa?... no... hoy no tengo ganas de ir a la playa.*

—*Entonces demos un paseo por la plaza... veamos los árboles, veamos la gente. Eso es bueno.*

—*Eso está bien, podemos pasear por la plaza, tomar un helado, comer palomitas...*

—*Genial. Es solo cambiarme de ropa.*

Capítulo 21

Media hora más tarde los dos paseaban por la plaza admirando las plantas, las flores, tocando las hojas verdes como si quisieran impregnarse del color de la esperanza. Al detenerse junto a un árbol, Juliana se apoyó en él y André la tomó de las manos y le dijo con énfasis:

—*Siento que tenemos que confiar mucho el uno en el otro, sea cual sea la situación....*

Juliana se estremeció. ¿Acaso André sospechaba algo? ¿No sería mejor contarle todo, compartir el problema con él? Finalmente se decidió.

—*Amor...* —comenzó. —*Necesito hablar contigo de algo.*

Mirando a su alrededor, Juliana vio un banco. Tirando de la mano de André se acercaron y se sentaron. Estaba a punto de empezar a hablar

cuando notó que se acercaba una mujer empujando un cochecito de bebé. De repente, sintió como si algo hubiera nublado su mente, su visión, y en ese desenfoque vislumbró dos ojos malignos que la miraban fijamente. Estaba hipnotizada, pero consiguió reaccionar. La mujer se acercó, deteniéndose junto al banco. Juliana, tratando de distraerse para salir de aquel extraño estado en el que se había sumido, se inclinó para mirar al bebé.

—*Mira, André, qué cosa tan bonita... tan linda.*

Entrecerró los ojos, miró su propio vientre y volvió a mirar al bebé, pero su imagen se fundía con la de Riquinho, violándola. Los sonidos de la plaza también desaparecieron en las notas de la música de brega que el matón había buscado en la radio.

Ella gritó, completamente fuera de control.

—*¡No! ¡No!*

André la tomó en brazos, pero Juliana reaccionó, repeliéndolo, horrorizada, mirándolo con los ojos muy abiertos, como si estuviera viendo a Riquinho. Volvió a gritar.

—*¡No! ¡No!...*

—*Cálmate Juliana, soy yo, André* — dijo suavemente. —*¿Me reconoces, amor? Cálmate, cariño... soy yo... cálmate...*

Juliana se calmó poco a poco, empezando a llorar.

—*¿Qué pasó, amor?* —preguntó André, muy preocupado.

Poco a poco consiguió volver en sí.

—*No sé qué me ha pasado. Creo que me puse nerviosa por tu sueño... Lo siento, ¿vale?*

—*No tienes que disculparte, amor. No debería habértelo contado. Olvidémoslo, ¿vale? No pienses en ello. Vamos a dar un paseo, a tomar un helado, a disfrutar del día, así, juntos...*

En cuanto empezaron a caminar, sonó el móvil de André, que contestó a regañadientes. Escuchó un rato y finalmente respondió:

—*Bien... En una hora.*

Apagando su móvil, explicó, compungido:

—*Surgió un problema con una cinta de vídeo. Es algo de gran responsabilidad... Tendré que ir.*

—*¿Qué lástima!* —comentó Juliana.

—*¿Estarás bien, sola? ¿No quieres venir conmigo?*

—*No. Voy a ver a mamá. No te preocupes, estoy bien. Pero ahora vamos a aprovechar al máximo la hora que aún tenemos juntos.*

De la mano, los dos siguieron caminando por la plaza. Juliana comprendió que no era el momento de decírselo. No sabía cuál sería su reacción. Ya llegaría un momento más apropiado.

Capítulo 22

Además de médica, Telma era artista. Estaba trabajando en una pintura al óleo cuando llegó Juliana.

Sintió mucha alegría.

—*¡Qué agradable sorpresa! ¿Cómo estás, hija mía?*

Juliana no respondió. No dejaba de abrazar a su madre con fuerza. Eran muy amigas y esta relación madre-hija nunca había obstaculizado la libertad que existía entre ellas.

Telma no tardó en notar que su hija no estaba bien. Sabía lo de la violación y el embarazo. No había secretos entre ellos.

—*¿Pasó algo más?* —preguntó.

Todavía abrazada a su madre, Juliana comenzó a llorar.

—*Estoy en una tremenda encrucijada, madre. No sé qué hacer.*

Le contó su decisión de contarle a André todo lo ocurrido y le habló de lo que había pasado en la plaza aquella mañana.

—*Pero eso no es todo* —continuó —*hay otras cosas muy extrañas que me suceden. Tengo miedo...*

—*¿Qué cosas, querida?*

—*Te lo voy a contar porque sé que lo has estudiado. No pienses que me estoy volviendo loca.*

Respiró profundamente, reuniendo valor, y comenzó:

—*El otro día estaba en casa, intentando relajarme. Sólo había la música y el tic-tac del reloj. Entonces... las cosas empezaron a cambiar... a fusionarse... y yo era otra persona, en otro tiempo, en otro lugar.*

Hizo una pausa, tratando de ver alguna reacción de su madre, pero ella se limitó a decir en voz baja:

—*Continúa.*

—*Bueno, yo estaba acostada sobre una mesa. Sabía que había abortado y... Estaba sangrando profusamente. Podía oír la sangre goteando, cayendo en una vasija...*

Juliana permaneció en silencio durante unos instantes. Una expresión de horror en su rostro. Telma estaba atenta pero serena, acostumbrada a este tipo de cosas.

—*Entonces... ¿qué pasó?* —preguntó por fin.

—*Luego me morí... Eso es, madre... me morí.*

Mirando a su madre con una mezcla de miedo y súplica, preguntó:

—*¿Qué fue lo que me pasó?*

—*Quizás un colega diría que es tu subconsciente tratando de matar el problema...*

—*¡No juegues conmigo, madre! Quiero saber la verdad.*

—*Yo diría que fue una regresión. Un evento traumático de alguna vida pasada que salió a la superficie.*

—*¿Quieres decir que podría haber muerto durante un aborto...?*

—*Es muy probable.*

—*Pero, ¿por qué justo ahora?*

—*Quizás porque los mismos personajes vuelven a estar juntos... o algunas de las circunstancias son similares.*

Juliana se quedó pensativa mirando a su madre. Finalmente habló, con una mezcla de ira e indecisión.

—*Lo peor es que aún no he decidido lo del aborto. Tal vez lo haga... de nuevo.*

Y antes de que Telma tuviera tiempo de decir algo, exclamó:

—*Estoy en mi derecho, mamá. Yo soy la víctima... dos veces víctima. Primero, ese acto horrible que sufrí y ahora este embarazo... ¿Crees que es justo?*

Telma dejó que su hija se desahogara. Luego dijo con serenidad:

—*Ya sabes cómo se produce la fecundación, el desarrollo del embrión, etc. Pero no sabes exactamente cómo se produce un aborto.*

—*Y no quiero saberlo.*

Telma fingió no oír, y continuó:

—*Hay una película, "El grito silencioso". Es un documental sobre un médico estadounidense, el Dr. Nathanson, que fue uno de los mayores abortistas de Estados Unidos. En la clínica que dirigía hacían 120 al día. Un día vio un aborto en un monitor de ultrasonido y a partir de entonces comenzó a luchar contra el aborto por todos los medios. Por eso hizo esa película.*

—*¡No me importa eso, madre!* — exclamó Juliana, angustiada.

Telma lo sentía mucho por su hija, pero consideraba que era necesario hablar. Dijo con suavidad, pero con firmeza:

—*Pero debe importarte, hijita. Si está pensando en interrumpir ese embarazo, al menos debes saber lo que está haciendo.*

—*Por Dios, madre... ¡Ya estoy sufriendo mucho!*

—*Hija... es mejor sufrir ahora que arrepentirse después.*

Juliana suspiró, asintiendo.

—*Está bien.*

Mirando a lo lejos, como si estuviera viendo una película terrible, Telma habló lentamente.

—*Al principio el feto aparecía pacífico, con movimientos tranquilos y chupándose el dedo de vez en cuando. Pero cuando se introdujo en el útero el instrumento para perforar la bolsa, todo cambió. Todavía no le había tocado ningún instrumento, pero ya percibía el peligro. Su corazón comenzó a latir rápidamente y empezó a hacer movimientos nerviosos. Cuando el abortista perforó la bolsa e introdujo la punta del instrumento de succión, comenzó a moverse con un ritmo enloquecido, hacia los lados y hacia arriba, intentando desesperadamente escapar del peligro. Su corazón latía cada vez más rápido. Y cuando la boquilla de succión se acercó a él, se encogió lo más que pudo por su cuerpecito hasta llegar a la parte superior del útero y su boca se abrió desenfrenadamente en un grito desesperado sin sonido.... Por eso el nombre de la película es "El grito silencioso".*

Sin darse cuenta, Juliana se había llevado la mano al vientre en un gesto instintivo de defensa. Mientras tanto, Telma continuó su relato.

—*Entonces el aparato comenzó a succionarlo, arrancando trozos: sus piernas, sus brazos, su cuerpo... Menos su cabeza, ya que no cabía en el tubo de la aspiradora. A continuación, el médico introdujo unas pinzas, aplastando la cabeza para poder succionarla.*

Horrorizada, Juliana rogó, casi gritando.

—*¡Basta, madre, por el amor de Dios! Eso es demasiado horrible.*

—*Es tan horrible que la gente prefiere*

ignorarlos. Finge que no existe... que no está sucediendo. Lo saben, pero se callan, incluso porque se trata de pequeños y grandes intereses. Pero esto no disminuye el horror de la realidad, no acalla el grito silencioso de los fetos humanos que resuena en el inconsciente de las personas... ese grito que genera tantos y tan grandes trastornos, que la propia medicina no logra explicar las causas.

Permaneció un momento en silencio, meditando sobre la inconsciencia humana. Luego continuó:

—Es tan horrible que a uno le cuesta creer que esté ocurriendo. La gente se acostumbra a la idea y pronto esa atrocidad les parece normal e incluso empiezan a hacer campaña por el derecho a cometer tal crimen. E incluso el nombre ha cambiado, utilizándose ahora el término “interrupción del embarazo”. Tal vez piensen que pesa menos en su conciencia.

Volvió a callar, mirando a su hija que temblaba y concluyó:

—Y lo peor es que casi todas las mujeres que abortan desconocen las dimensiones de este drama. Por supuesto, si lo hicieran, no tendrían el valor de hacerlo.

Juliana se quedó atónita. Nunca había pensado que un aborto, o la “interrupción de un embarazo”, fuera algo tan terrible, un acto tan bárbaro con un ser indefenso. Habló de forma emotiva:

—Si las mujeres supieran que es así... seguro que intentarían por todos los medios evitar un embarazo que no desean.

—Es cierto. El gran problema radica en la falta de información. E incluso en tu caso, Juliana. Mira, tú, una chica educada, pero no sabes sobre la píldora del día después.

—¿La píldora del día después?

—Si hubieras acudido a la policía inmediatamente después del suceso, te habrían dado una píldora que habría evitado ese embarazo. Es abortiva, pero es preferible no dejar que el embrión se desarrolle en sus primeras horas que matar al feto, ya en pleno desarrollo.

Juliana se quedó pensativa durante un rato, sin que Telma volviera a hablar, respetando su silencio. Sabía que su hija estaba tomando una decisión muy seria y quería que lo hiciera con calma.

—No lo haré, madre —dijo finalmente. —Bajo ninguna circunstancia. Sea lo que sea, voy a afrontarlo.

Telma sonrió, satisfecha. Siempre había confiado en su hija y admiraba la dignidad y el equilibrio con el que manejaba su vida. Por su parte, Juliana se sintió aliviada. En el fondo siempre había sabido que esa tenía que ser su decisión. Era el camino correcto, por lo que Dios la ayudaría a superar cualquier obstáculo o dificultad. Se sentía fuerte y preparada para enfrentarse incluso al mundo si fuera necesario. Se levantó y fue a abrazar a su madre, diciéndole:

—Gracias, mamá. Si es una niña, se llamará Telma. Y haré todo lo posible para que sea tan sabia y recta como tú.

Capítulo 23

En casa, Geni siguió tramando venganzas.

—*Entonces, ¿has decidido lo del viaje?*
—preguntó Rico. —*Es bueno decidirse pronto, porque si no voy a tener que buscar un trabajo.*

—*Lo que falta es dinero. Estoy sin un centavo.*

Pensando que la oportunidad que había estado esperando había llegado, insinuó:

—*André tiene una caja fuerte en la productora... una caja fuerte con dinero. Y yo...*

Recogió unas llaves de su bolso y concluyó con aire victorioso:

—*Tengo copias de las llaves. ¿Qué te parece? ¿Eh?*

—*¡Realmente eres una zorra!* — exclamó Rico, agarrando a la chica y besándola con cierta brutalidad.

- - 0 - -

En la productora, André estaba trabajando en una edición. Era más de medianoche y el sueño llegó antes de que terminara su trabajo. Decidió dormir allí mismo, para volver a empezar temprano. Apagó los aparatos, se acomodó en un sofá en un rincón de la habitación y apagó la luz. Estaba a punto de dormirse cuando escuchó unos ruidos. Al darse cuenta de que eran ladrones, cogió un revólver que guardaba en el fondo de un cajón para una situación inesperada como aquella, se sentó en el sofá y esperó. En unos momentos se abrió la puerta y entraron dos figuras. Una de ellos llevaba una linterna.

—*Es por aquí* —dijo la figura de la linterna.

Sorprendido, reconoció la voz de Geni. Se dirigió al interruptor, encendió la luz y miró alrededor de la habitación, encontrando a André sentado tranquilamente en el sofá, apuntándoles con su pistola. Se asustó tanto que dejó caer la linterna, pero se recuperó rápidamente y, mostrando una sangre muy fría, trató de disimular.

—*¿André? Yo... yo... quería mostrarle el estudio a mi amigo. Es Rico Chaves, del que te hablé... ¿recuerdas?*

—*Bueno, ya lo se lo has mostrado* — dijo André con frialdad. —*Ahora, boca abajo en el suelo... ¡los dos!*

—*Pero André... ¿qué es eso? ¡Soy yo, Geni!*

André perdió la poca paciencia que le quedaba. Estaba furioso. Apuntando su arma en dirección a los dos, gritó:

—*¡Boca abajo en el suelo, he dicho! Si los mato a ambos aquí, ningún juez me condenará. ¡Vamos!*

Los dos creyeron que iba en serio y obedecieron, tumbándose boca abajo en el suelo. Cogiendo el teléfono, André se puso a buscar el número de la policía. Geni decidió apelar:

—*Deberías cuidar mejor de tu noviecita en lugar de ocuparte de nosotros.*

André se estremeció. Aquella

referencia que hacía una criatura de la talla de Geni a la mujer que amaba por encima de todo, y en la que sabía que podía confiar porque conocía su naturaleza digna y honorable, pesaba en su alma como un sacrilegio.

—*¿Qué quieres decir?*

—*Pregúntale a Riquinho, aquí... él te puede decir. ¿No es así, Riquinho?*

André estaba furioso. ¿Qué estaba insinuando esa miserable?

—*Mira, perra. No toques su nombre, o yo podría...*

Riquinho, entendiendo el movimiento de Geni, dijo con calma:

—*Oye, hombre. Si acabas con nosotros, la policía sabrá que me acosté con tu prometida... y pensarán que fue una venganza.*

André estaba a punto de perder la cabeza. Rico, jugándose las todas, se sentó en el suelo y siguió hablando con seguridad y con aire de canalla:

—*Sabes, amigo, me encantó ese pequeño lunar que tiene cerca del pico del pecho. No sabes cómo me excita esa manzanita. Aun voy a tener sexo con ella a diez mil metros de altura. Me lo prometió, ¿sabías?*

André estaba petrificado. Geni, regocijada. Por fin había llegado el momento de vengarse tanto de él como de Juliana. Habló con toda la ironía de la que era capaz:

—*Oh, André, casi lo olvido. Enhorabuena por tu hijo... aunque no sea tuyo.*

—*No te preocupes, André* —añadió el delincuente. —*Si no quieres al niño, yo me encargo, ¿vale?*

André levantó su pistola, levantando el gatillo. Su expresión era de terrible odio. Sería imposible que aquel matón supiera lo de la señal en el pecho de Juliana, a no ser que la hubiera visto, y el miserable había hablado con total seguridad. Los dos, en silencio, siguieron sus movimientos y expresiones. Sin embargo, su formación no era la de un asesino. Lentamente bajó su arma, haciendo una señal con ella para que se fueran.

—*¡Fuera! ¡Ya!... Antes de que me arrepienta.*

André estaba en extrema tensión. Su voz sonó como un rugido:

—*¡Fuera!*

Geni y Rico se levantaron a toda prisa y salieron corriendo. André se desplomó en el sofá, sintiendo que el mundo se derrumbaba sobre sus ideales de amor y sus sueños. El impacto de la acusación contra Juliana fue demasiado grande. Su cabeza parecía haberse vaciado de repente y su cuerpo se quedó sin control. Poco a poco consiguió reunir algunas fuerzas. Respiró profundamente, con necesidad de oxígeno.

Después del shock vino la segunda parte, la convivencia con la realidad, o con lo que él consideraba que era la realidad.

—*¡No puede ser!* —gritó a todo pulmón. —*¡Juliana no me haría eso! Por supuesto que hay un terrible error... es una trampa.*

Su cabeza en ebullición buscaba desesperadamente una explicación

plausible que pudiera unir las piezas de sus sueños, de su vida, y recomponerlas.

—*Quizás tuvo una aventura con él en el pasado* —habló en voz alta. —*Eso es... Eso es todo lo que puede ser.*

Se levantó, caminando de un lado a otro, tropezando con los muebles, sin control. No era muy bebedor, pero al recordar que había una botella escondida en algún mueble, pensó que la necesitaba. El líquido bajó ardiendo por su garganta, pero no le produjo el más mínimo alivio.

—*Geni mencionó un embarazo* —recordó de repente. —*Eso es una mentira de esa infame.*

Dio un golpe a un armario, haciéndose daño en la mano, pero no se dio cuenta.

—*Necesito aclarar esto.*

Cogió las llaves del coche y se dirigió a la puerta, pero se detuvo antes de abrirla.

—*No. Ahora no. Necesito calmarme. No puedo ir allí acusándola...*

Se sentó en el suelo contra la pared y, con la cara entre las manos, lloró amarga y desesperadamente.

—*¿Por qué, Juliana? ¿Por qué?*

Poco a poco se fue calmando, consiguiendo pensar mejor.

—*Le pedí tanto que confiara en mí y ahora soy yo el que desconfía. Pero ella es íntegra. Ella no haría eso.*

Se levantó de golpe.

—*Por supuesto. Debe ser una trama bien tejida.*

De repente, recordó aquellas percepciones que había tenido en la playa, en Jeri: el pie golpeando el suelo y los dos ojos malignos.

—*¡Esto es obra de Geni!* —gritó. —*Siempre pensé que estaba involucrada con la macumba⁶.*

Respiró aliviado.

—*No voy a hacerle caso a esos infelices... no les voy a dar el gusto. Cuando amanezca, hablaré con Juliana. Ella me aclarará todo.*

Capítulo 24

Juliana acababa de despertarse. Habiendo decidido no abortar, se sentía preparada para afrontar las consecuencias de esa decisión,

fueran las que fueran. No se imaginó que serían tan pesadas.

Miró el retrato de André en la mesilla de noche. Lo tomó y lo apretó contra su pecho, con la mirada perdida en el techo. Extrañas impresiones comenzaron a apoderarse de ella. Se sentía como si retrocediera en el tiempo,

alcanzando rápidamente la edad infantil, transformándose en un feto en el vientre de su madre. Se fue reduciendo cada vez más hasta ser sólo un punto y de repente “explotó” en otro tiempo, en otro lugar.

Se veía a sí misma como en una

⁶ Nota del traductor: el término macumba se refiere a un ritual o culto fetichista propio de la población afro-brasileña, que combina elementos del animismo africano, del catolicismo y de la hechicería con danzas, tamborileo y cantos.

película, pero sintiendo y experimentando todo, como si fuera posible ser dos personas al mismo tiempo. Su nombre también era otro, Luciene. Iba vestida como una campesina del siglo XVIII en la campiña francesa y Lucien huía entre los arbustos, arrastrando a su hija de cinco años. Estaba desesperada, casi muerta de miedo. Sabía que el Conde había dado órdenes de matarla a ella y a su hija al descubrir que la niña era su nieta bastarda. El padre de la chica, Marcel, era su único hijo y debía casarse con una rica heredera para salvar el patrimonio familiar, pero se negó, enamorado de Luciene.

Un breve paréntesis y se encontró, muchos años después, envejecida y enferma, en la condición de prostituta de lujo en París. Una criada, con expresión angustiada, trató de calmar su ansiedad.

—*Tenga paciencia, señora. El Conde ya fue llamado. Debe estar en camino.*

Al oír el ruido de un carruaje, se preocupó por su aspecto.

—*¿Cómo me veo?*

—*Madame, se ve muy bien. Hasta parece más joven.*

André, o más bien el conde Marcel, apareció en la puerta de la habitación al mismo tiempo que la criada salía discretamente. Verle de nuevo después de tantos años reavivó todo el inmenso amor que sentía por él. Estaba más guapo que nunca. Los reflejos plateados de su pelo le daban un aspecto imponente, que se suavizaba cuando expresaba ternura en su mirada, como ahora.

Permanecieron unos instantes mirándose en silencio. Juliana, o más bien Luciene, le tendió las manos y él las sujetó, derrumbándose a los pies de la cama, llorando desesperadamente. Llorando también, dijo con dificultad:

—*Mi amor... mi gran amor... ya no hay tiempo para las lágrimas. Me estoy muriendo... esa es la única razón por la que te mandé llamar. Por favor... quiero llevarme el recuerdo de tu sonrisa... no tu desesperación.*

Marcel consiguió, con gran dificultad, contener las lágrimas, hablando, con voz entrecortada por la emoción:

—*Perdóname, mi amor... perdóname. Fui un cobarde... ¡Cobarde! Debería haber enfrentado a mi padre. Tú y nuestra hija eran lo más importante que tenía en la vida, pero... aun así...*

—*No hables así... mi amor. Te perdoné... hace mucho tiempo.*

Luciene hablaba con dificultad, sintiendo que la vida se le escapaba, pero consiguió poner todo su inmenso amor en la entonación de su voz, en su mirada, en sus gestos, en el contacto de sus manos con las de Marcel. Sabía que se estaba muriendo y pensó que por fin tenía derecho a disfrutar de ese amor con intensidad, aunque sólo fuera por unos minutos. Pero al observar su angustia, trató de aliviar su sentimiento de culpa.

—*Fui yo quien decidió huir... sin ti, sólo con Flor... No quería destruir tu vida, tu futuro... La culpa fue mía. Debería haber creído más...*

—¿Y Flor? Supe que ella...

—Ella... nuestra pequeña hija murió... de una fuerte fiebre... tan pronto como llegamos a París.

Marcel hundió su cara en el regazo de Luciene. Su cuerpo temblaba de llanto. Poco a poco consiguió calmarse un poco.

—Destruí mi vida y la tuya... y también la de nuestra niña, nuestro encanto, nuestro mundo. Debí enfrentarme a mi padre, o huir contigo. Podría haberla salvado. Fui un cobarde... cobarde...

Juliana lo miró fijamente, sus lágrimas caían tibias, mojando la almohada.

—Y yo... para vengarme... o tal vez para olvidarte... me convertí en prostituta.

Con dificultad, Luciene consiguió girar su cuerpo, cogiendo un pequeño maletín que había en la mesilla de noche. Lo abrió, sacando un anillo.

—¿Te acuerdas?

Cogiendo el anillo, el Conde lo cerró entre sus manos, en un gesto de inmensa ternura. Luego lo colocó en su pecho, sobre su corazón.

—¿Cómo podría olvidarlo?

—Lo pusiste... en mi dedo, y dijiste: Este anillo... representará nuestra unión... Es un círculo de oro... alrededor de los dos... uniendo nuestras vidas... nuestros corazones.

Marcel volvió a sumergir su cara en el regazo de Luciene, sollozando. Al cabo de un momento levantó la cabeza y, sujetando las manos de ella con una mano, con la otra le alisó el pelo, el rostro, hablando con intensa emoción.

—Quiero que vivas, cariño. No te vayas... Rebagamos nuestras vidas, aunque seamos viejos.

—Es tarde, mi amor... —respondió con la voz quebrada y respirando con dificultad. —Ambos cometimos muchos errores... muchos... Pero un día... dentro de siglos, quizás... nos reencontraremos...

Cogiendo las manos con desesperación, Marcel preguntó con voz angustiada:

—¿Cuándo? ¿Dónde?

La mirada de Luciene perdió rápidamente su brillo y sus manos ya no tenían fuerza para agarrar la de su amante.

—No sé cuándo... ni dónde —murmuró. —Pero te prometo... que te estaré esperando...

Marcel levantó su rostro empapado de lágrimas y los reflejos de una nueva luz iluminaron sus ojos.

—Y te buscaré, cariño. No importa el tiempo o la distancia... te encontraré. Y entonces estaremos juntos... los dos...

—Y nuestra pequeña hija —añadió Luciene, casi sin voz. Y haciendo un soberano esfuerzo, dijo en un suspiro:

—Un día... un día... los tres... juntos...

Sus manos se entrelazaron y Luciene sintió que una lágrima caía sobre el dorso de su mano.

Capítulo 25

En su cama, Juliana hizo un gran

esfuerzo para salir de ese estado. Poco a poco consiguió recuperarse, moviendo lentamente sus manos, su cuerpo... Con gran dificultad se sentó al borde de la cama. Todavía podía sentir claramente las lágrimas de Marcel en el dorso de su mano.

—*¡Dios mío!* —pensó en voz alta. —*¡Qué experiencia tan terrible! Creo que fue otra regresión.*

Se levantó y fue a la cocina a tomar agua.

—*Tengo que contarle esto a André. También tengo que hablar del embarazo, de la violencia que sufrí...*

Cerrando los ojos, respiró profundamente para intentar calmarse. Era difícil vivir con las escenas que había revivido durante ese trance, ese regreso al pasado, vívido, cruel, pero también de alguna manera reconfortante, ya que ahora ella y su amor habían logrado encontrarse de nuevo.

Pero algo en su interior le indicaba la presencia de amenazas. Sin sentirlo, se preguntó en voz alta:

—*¿Y los demás personajes, además de Flor? ¿Hay otros? ¿Son buenos... o malos?*

Volvió a su habitación y se acostó de nuevo, pensando en cómo le iba a contar todo a André.

—*¿Lo entenderá?* —se preguntó.

El timbre de la puerta sonó y le pareció percibir en su sonido una alarma de amenaza. Se vistió rápidamente y fue a abrir la puerta. Era André. Sorprendida y también preocupada sin saber exactamente por qué, exclamó:

—*André, ¡qué sorpresa! ¡Estaba pensando en ti!*

Tras un ligero beso, los dos fueron a la sala de estar. Observando a Juliana, André se dio cuenta de que tenía un aspecto un poco extraño. Las palabras de Riquinho volvieron a su mente: «*Sabes, amigo, me encantó ese pequeño lunar que tiene cerca del pico del pecho. No sabes cómo me excita esa manzanita*»

—*Necesito hablar contigo, Juliana.*

La joven no observó el tono seco, preocupada como estaba organizando sus propias ideas, y la forma en que él le hablaba...

—*Yo también, amor* —respondió ella. —*Necesito hablar contigo. Vamos a mi habitación.*

En el dormitorio, Juliana se acomodó en la cama, mientras André se apoyaba en la cómoda, cuyo cajón estaba medio abierto. El mismo cajón donde había puesto la prueba de embarazo que no había querido hacer, cuya punta asomaba por la abertura.

—*¿Recuerdas la conversación que tuvimos sobre la confianza mutua?* —preguntó André.

—*Claro que me acuerdo... y eso me ha perturbado mucho* —contestó Juliana, viendo esto como una oportunidad para comenzar su relato.

André se sobresaltó, pensando que se refería a algún romance que había ocurrido entre ella y Rico. Casi sin palabras, preguntó:

—*¿Perturbado?*

—*Sí, André... algo pasó... que no te he*

contado.

Sintiendo que el suelo se deslizaba bajo sus pies, André se apoyó en la cómoda y, a través del hueco del cajón, vio la prueba de embarazo. En sus oídos volvió a sonar la repugnante voz de Riquinho, diciendo: «*No te preocupes, André. Si no quieres al niño, yo me encargo, ¿vale?*»

Trastornado, abrió la gaveta y recogió la prueba, mostrándosela a Juliana.

—*Entonces... ¿es cierto?* —preguntó con un gruñido. —*¿Estás realmente embarazada? ¿De ese matón?*

Juliana no podía entender la reacción de André, cuyos ojos reflejaban desesperación y odio.

—*Iba a contarte, amor, que...*

Horrorizado por lo que suponía que era una desfachatez de su prometida, respondió con un verdadero rugido:

—*No es necesario. Ya lo sé todo...*

Su desesperación era profunda, creyendo que había descubierto la verdad. Una verdad que estaba destruyendo su amor, sus sueños, su vida. Miró a Juliana como si estuviera viendo que su cielo se convertía en un infierno. Abrió la boca para decir algo, pero su voz era sólo un gruñido. Se dirigió a la puerta, completamente alterado, queriendo salir de allí cuanto antes.

Juliana se quedó estática, sin entender su actitud. En sus ojos había un André que no conocía, un hombre tan machista que la crucificaba por haber sido víctima de una violencia tan cruel y salvaje. Sin saber la verdad, vio cómo sus castillos se desmoronaban de golpe. Muda de dolor, su cuerpo cayó lentamente sobre la cama, como si se estuviera muriendo. Su desesperación era silenciosamente cruel.

Capítulo 26

Una semana después, tras terminar una pieza de arcilla en la que había estado trabajando, Telma estaba preparando una taza de té cuando entró Juliana.

—*¡Hola, hija!*

La abrazó, preguntando:

—*¿Cómo estás?*

A pesar de su expresión triste, el rostro de Juliana mostraba la determinación de seguir adelante, y de la mejor manera posible.

—*Estoy bien, mamá.*

Telma examinó su rostro, haciendo un gesto de aprobación.

—*Llegas justo a tiempo para el té. ¿Quieres una taza?*

—*Sí... sí quiero.*

Mientras preparaba el té, preguntó:

—*¿Estás bien o te obligas a estar bien?*

Juliana sonrió.

—*Es sólo una cuestión de sentido común, mamá. Y tú misma me lo enseñaste: «La cabeza debe escuchar al corazón...»*

—*«... y el corazón debe usar el sentido*

común» —completó la madre.

—*Bueno, eso es lo que estoy tratando de hacer.*

Mirando su propio vientre, continuó:

—*He estado pensando mucho... y he decidido tomarme este embarazo con calma.*

La mirada de Telma captó un atisbo de satisfacción mientras su hija continuaba:

—*Sabes, mamá, la gente utiliza muchos términos clichés, “el milagro de la vida” y otros, pero no dimensionan este milagro.*

Cogió una de las piezas de arcilla de su madre, una pequeña estatuilla, y, levantando el rostro con una mirada soñadora, habló, como para sí misma:

—*Sin que los padres lo sepan... allí, en el silencio intacto, las dos células de la vida se unen y comienzan a formar una nueva vida. Y en ese embrión tan pequeño, que el ojo no puede ver, está el contorno completo de una nueva persona... perfecta en cada detalle.*

Se levantó, caminando un poco, como si necesitara espacio para sentir toda la grandeza de lo que estaba diciendo. Pasó sus dedos suavemente por la superficie de la estatuilla, comentando:

—*Vi un documental increíble sobre embriología.*

Su mirada se entristeció al recordar quién le había mostrado el documental, pero reaccionó diciendo con ternura:

—*El corazoncito empieza a latir a las tres semanas de embarazo. Los piecitos y las manitas se van formando y esa cosita, muy pequeñita, se lleva el dedito a la boca... y lo sigue chupando, como para consolarse... o para hacerse compañía.*

Mirando a su madre con intensidad, exclamó:

—*Ese pequeño comienzo de una persona no es simplemente un puñado de tejidos. Es una vida, un misterio cósmico que no tenemos derecho a destruir...*

Hizo una breve pausa y concluyó:

—*...no importa cómo se haya hecho.*

Telma, que había permanecido en silencio durante la intervención de su hija, sonrió con aire de aprobación.

—*¡Sí, hija! ¡Tienes razón, toda la razón!*

Con un aire de ternura, Juliana continuó:

—*Voy a amar a mi bebé. Lo voy a querer mucho. Le cantaré, para que se calme; para que no sufra por haber sido hecho de la manera como ocurrió. Le enseñaré a ver también el lado bueno de la vida, para que esa luz pueda borrar cualquier sombra hereditaria.*

Telma se emocionó. Conocía muy bien a su hija, pero aun así se sorprendió de la grandeza que demostraba al sobreponerse a su propio dolor, a la desesperación, a la soledad, renunciando a su posible derecho a asumir la condición de víctima; y todo ello para preservar de cualquier adversidad psicológica aquella vida que sentía crecer en su seno. Y, además de preservarla, se programaba para darle lo mejor de su amor y cariño, de la tranquilidad y la alegría necesarias para un desarrollo

armonioso y saludable. Realmente era necesario mucho control sobre sí misma, mucha fuerza de voluntad y, sobre todo, mucho amor, para llevar a cabo tal cometido.

Telma quería manifestarle su admiración, pero no encontró palabras. Con los ojos llenos de lágrimas, fue a abrazar a su hija, exclamando:

—*Sabes que puedes contar conmigo, siempre, hija... ¿no?*

—*Sí, madre... lo sé, y eso me da mucha fuerza, ¿sabes?*

Capítulo 27

Meses después, Geni y Rico preparaban su viaje a Bolivia.

—*No puedo esperar a dejar atrás este lugar* —dijo Geni, recorriendo el apartamento con la mirada. —*No aguanto más esta pocilga.*

Haciendo el papel de conquistador, Riquinho respondió:

—*Tranquila, muñeca. Cuando volvamos de Bolivia, papacito te pondrá en un bonito apartamento, en uno de esos apartahoteles de lujo.*

Encogiéndose de hombros, la chica replicó:

—*Sólo quiero ver...*

Aunque le gustaba, a su manera, Riquinho no perdía la oportunidad de irritarla y, sabiendo lo mucho que le molestaba ese tema, comentó

—*Para entonces, mi hijo ya habrá nacido.*

Mirándola con el rabillo del ojo, concluyó:

—*El otro día vi a la madre... la barriga ya está grande.*

Geni no soportó la provocación y gritó, furiosa:

—*¿Quieres decir que has estado espionando a esa yegua...?*

Con malicia, sabiendo lo mucho que la iba a enfurecer, Rico le respondió:

—*¿Qué pasa, muñeca? Tengo que cuidar lo que es mío.*

Era demasiado. Eso sí que merecía una pelea. Poniendo las manos en la cintura en señal de desafío, Geni envió un petardo capaz de desmantelarlo.

—*Bien.... Muy bien, Rico. Llámala para que viaje contigo, porque yo estoy... fuera.*

Y, con más énfasis, concluyó:

—*Ve con ella... disfruta de la barrigona... Entonces nadie sospechará nada. Voy a buscar otro rumbo para mi vida.*

Al darse cuenta de que había ido demasiado lejos, Riquinho cambió su expresión, ensayó esa pose de actor de barriada que tanto le gustaba, y se acercó, vendiendo su sensualidad.

—*Vamos, Muñeca... no me conoces, ¿verdad? No soy hombre de estar detrás de una falda...*

Un poco más suave, pero todavía de mal humor, Geni preguntó:

—*¿Y ella qué es?*

Acercándose, Riquinho trató de darle a su voz un toque afectuoso, medio empalagoso.

—*No seas tonta, no estoy interesado en ella... es sólo el bebé.*

Sospechosa, Geni levantó la cabeza en un gesto de desafío.

—*¿Qué quieres con el bebé?*

Rico sintió que ya había ganado la batalla. La agarró, acariciando sus pechos.

—*Rico aquí, mi amor, no da punto sin dedal.*

Soltando a la chica, se dirigió a la ventana. Se quedó mirando hacia fuera, reflexionando. Luego, dirigiéndose a Geni, comentó:

—*Ese bebé todavía me hará ganar una buena cantidad de dinero. Ya verás...*

Al ver que ella seguía desconfiando, la agarró de nuevo, besándola violentamente. Entonces recogió su equipaje, exclamando:

—*Vamos, que el avión no va a esperar.*

Minutos después, los dos salían del “apartamento” en busca de un taxi que los llevara al aeropuerto.

Capítulo 28

Unos días más tarde, Geni y Rico estaban a bordo de un avión de pasajeros procedente de Bolivia con destino a São Paulo. Con ellos estaba otro cómplice, Diegão. Llevaban un gran cargamento de cocaína para una poderosa organización con ramificaciones en casi todos los continentes. El gran jefe les había confiado este trabajo porque eran caras nuevas en estos lares. Geni tenía una gran barriga, que contenía varios kilos de droga, y llevaba un precioso bolso de bebé, con el mismo contenido y con un aire de lo más maternal del mundo. De vez en cuando se quejaba, mostrando signos de dolor. Rico llevaba una gran cámara al hombro y parecía el más cuidadoso y cariñoso de los futuros esposos y padres. No tuvieron problemas para subir al avión, pero sabían que el peligro estaría en el aeropuerto de São Paulo. Así que habían ideado un plan para secuestrar el avión. Pero para confundir a la policía o evitar una persecución más intensa al principio, decidieron dar otra razón para el secuestro. También Diegão llevaba varios kilos muy bien escondidos en su equipaje de mano.

Riquinho vio una vez más su reloj, mirando a Diegão, atento, al otro lado del pasillo. Los tres estaban sentados en la primera fila, cerca de la cabina.

—*Es la hora del espectáculo* —susurró al oído de Geni, quien empezó a gemir con fuerza.

—*¿Qué pasa, cariño?* —preguntó Rico en voz alta.

Geni, con un aspecto muy afligido, dijo con dificultad:

—*Los dolores... son cada vez más... fuertes...*

Diegão, jugando a ser un mero desconocido solidario, estiró el cuello, preguntando, en voz alta:

—*Está en trabajo de parto, ¿verdad?*

—*Sí* —contestó Rico, con cara de angustia. —*Y lo peor es que el médico dijo que podría tener complicaciones. Necesita un hospital.*

Diegão llamó a una azafata y Rico le explicó, con cara de gran preocupación y nerviosismo:

—*Tiene mucho dolor... Creo que el bebé nacerá pronto. Necesita un hospital urgentemente. Dígale al capitán que aterrice en el aeropuerto más cercano.*

—*No se preocupe, señor* —respondió la azafata. —*Estamos capacitados para atender un parto a bordo si es necesario.*

Riquinho se hizo el indignado. Se levantó, furioso, gritando:

—*Mi mujer tiene un embarazo de riesgo y el parto no será fácil, ¿comprende? Su caso es muy grave... Exijo que el avión aterrice en el aeropuerto más cercano.*

Volviéndose hacia Geni, toda atenta, habló, afectuosamente:

—*No te preocupes, querida. Hablaré con el capitán. Estoy seguro de que se ocupará de esto.*

Mostrándose solidario, Diegão exclamó:

—*Iré con usted, señor, si no le importa.*

—*Por supuesto que no me importa. Le agradezco su apoyo.*

—*Bueno, de nada. Será un placer ayudarle.*

El capitán había terminado de hablar con la torre de control de Campo Grande cuando los dos delincuentes entraron en la cabina. Al darse cuenta de que podría tratarse de un secuestro, dejó el canal de radio abierto. Diegão se quedó vigilando la puerta y Rico, sacando una pistola de su cámara falsa, apuntó a la cabeza del copiloto, diciéndole al capitán:

—*Si intenta pasar alguna advertencia por radio mataré a su colega, aquí mismo.*

—*De acuerdo* —respondió el capitán, tratando de controlar su propio nerviosismo.

—*Ah, buen chico* —se burló Rico. —*Ahora obedezca, sin parpadear.*

Acompañando sus palabras con un gesto, ordenó:

—*Comience a descender. Vamos a aterrizar en otro sitio.*

—*Este avión no puede aterrizar en cualquier pista.*

—*¡Pues, va a tener que poder!*

Poniendo la pistola con fuerza contra la cabeza del copiloto, ordenó:

—*Descienda, capitán, ¡descienda!... No me cuesta nada eliminar a su colega. Sé que puede aterrizar el avión por sí mismo.*

—*Muy bien... mantenga la calma... obedeceré. No quiero que nadie salga herido.*

—*Así se habla... ¡buen chico!* —volvió a burlarse Rico.

—*¿Dónde vamos a aterrizar?*

—*En Três Lagoas...*

—*¿Três Lagoas? Esa pista no grande ni para un buitres...*

—*Bueno, va a tener que intentarlo. Y ya le he dicho que no haga nada raro, que aquí hay mucha gente lista para morir...*

—*Cálmese... Le dije que no pondría la vida de estas personas en peligro. Pero*

aterrizar en Três Lagoas es una locura. ¿No podemos hacerlo en otro lugar?

—Será mejor que se calle antes de que me ponga nervioso... y ya me estoy poniendo nervioso... y entonces mi dedo se pone pesado en el gatillo y...

—Vale, vale... —interrumpió el capitán —Voy a tratar de aterrizar en Três Lagoas.

—Muy bien, muchachón. Ahora enciende la radio y llama al aeropuerto de Três Lagoas. Dícales que hay una mujer en trabajo de parto. Que es un caso complicado y que su vida corre peligro si no es atendida pronto. Pídales que llamen a una ambulancia.

Agarrando fuertemente al capitán por el cuello y apuntándole a la cara, le dijo agresivamente:

—Y si escucho alguna palabra sospechosa mataré a su coleguita... y en cuanto el avión aterrice lo mato a usted... ¿Lo ha entendido?

—Lo entiendo... pero por favor, mantenga la calma. No le haga daño a nadie.

—Si hace todo bien, nadie saldrá herido.

Después de que el capitán hablara con el aeropuerto de Três Lagoas, Riquinho le ordenó que comunicara el hecho a las azafatas por el intercomunicador, para evitar que sospecharan lo que estaba ocurriendo, y, haciendo una señal a Diegão, concluyó:

—Mi compañero estará a cargo de ustedes, porque yo me ocuparé de los pasajeros. Pero, mire, que él es mucho más nervioso que yo.

Fue saliendo mientras decía:

—Diegão, si notas algo sospechoso, acaba con el copiloto.

Riquinho pasó la pistola a Diegão y volvió a la cabina de pasajeros, diciendo en voz alta a Geni:

—Estamos aterrizando en Três Lagoas, querida. Mantén la calma, todo irá bien.

Geni fingió un dolor periódico, consiguiendo engañar a todos y, por su parte, Rico se comportó como un marido cariñoso y preocupado.

El avión aterrizó con dificultad, deteniéndose al final de la pista. Un helicóptero se disponía a aterrizar cerca de ella para recoger a los traficantes y su equipo. Al mismo tiempo, varios coches de policía se dirigían a toda velocidad por la pista hacia el avión.

Riquinho y Geni, todavía fingiendo lo que no eran, recogieron su equipaje de mano con la cocaína y comenzaron a bajar del avión, mientras Diegão se encargaba de la tripulación.

Los coches ya estaban cerca y desde el helicóptero empezaron a dispararles. La policía abrió fuego y Riquinho, que estaba en la parte delantera, corrió, pero no pudo abordar porque el helicóptero tuvo que alejarse rápidamente para escapar de los disparos de la policía. Rico consiguió escapar entre los arbustos, abandonando la maleta que llevaba, mientras que Geni, al ver la situación de confusión, volvió a entrar en el avión.

La policía ya había rodeado el avión cuando reapareció en la puerta, sujetando a una mujer y apuntándole a la cabeza con una pistola. Detrás, Diegão llevaba al capitán, también como rehén.

—*Será mejor que se entreguen* —gritó el teniente a cargo de la operación. —*Les damos garantías.*

—*Vete al infierno con tus garantías* —gritó Geni. —*Quiero que te vayas de aquí. Vete, o le volaré los sesos.*

Algunos policías se acercaron por debajo del avión. El teniente, tratando de ganar tiempo, le dijo a Geni:

—*No va a sacar nada de esto, joven. Será mejor que se entreguen.*

Presionando el cañón del arma contra la cabeza de la rehén, Geni ordenó:

—*Atrás, todos ustedes, o disparo.*

—*De acuerdo* —respondió el teniente. —*Vamos a alejarnos... pero mantenga la calma...*

—*Queremos un coche con armas y el tanque lleno* —gritó Diegão.

—*¿No crees que es demasiado?* —preguntó el teniente.

Geni estaba nerviosa. Todo había salido mal. Abofeteó a la rehén, que gritó. Un policía que se había acercado por debajo del avión disparó, alcanzando a la secuestradora en la cabeza. Diegão, al verla caer, tiró el arma y levantó las manos, gritando a todo pulmón:

—*¡Me rindo... me rindo!... ¡No disparen!...*

Capítulo 29

André estaba en la productora intentando trabajar, pero sin conseguir concentrarse. Se levantó una vez más, caminó de un lado a otro, se lavó la cara y, como impulsado por una fuerza irresistible, se dirigió a la gaveta donde había guardado el retrato de Juliana. Lo abrió, casi con miedo. Sacó la foto y la miró fijamente, lleno de tristeza.

—*¿Por qué me hiciste eso, Juliana... por qué? ¡Confíe en ti!*

Devolvió la foto a la gaveta, murmurando:

—*Has destruido mi vida...*

André sintió como si la ausencia de Juliana le hubiera vaciado. Ella era parte de su vida, de hecho, siempre lo había sido, incluso antes de que la conociera. Era su mirada la que buscaba cuando caminaba distraído por las calles de la ciudad. Nunca podría olvidarla. A veces algo le decía que nada había terminado y que aún volverían a caminar juntos, pero la razón rebatió diciendo que era una criatura perversa, falsa y cínica, por el aire inocente con el que había confirmado estar embarazada del criminal. Esto era lo que más le dolía. Si al menos hubiera llorado, le hubiera contado alguna historia, aunque no fuera cierta; si al menos le hubiera pedido perdón... Aunque nunca volvieran a estar juntos, al menos podría conservar un recuerdo más suave y menos infeliz de ella.

Finalmente cerró la gaveta y, sin ganas de trabajar, tomó el periódico, se sentó en el sofá y comenzó a hojearlo sin interés. De repente, dio un salto. El retrato de Riquinho le miraba, y al lado un titular: «*La Policía Confisca un Cargamento de Cocaína*».

Leyó en voz baja: «*Tres traficantes secuestraron un avión procedente de Santa Cruz de la Sierra, con destino a São Paulo, obligando al capitán a aterrizar en Três Lagoas, donde ya les esperaba un helicóptero. Sin embargo, la policía llegó y, en una operación al estilo cinematográfico, detuvo a uno de los traficantes, conocido como Diegão. El otro, Riquinho, consiguió escapar y su compañera, Geni Matos, fue abatida por un policía cuando amenazó con disparar a una rebén. La policía espera detener a Riquinho en las próximas horas*».

Se levantó de un salto, saboreando el placer que le produciría echar en cara a Juliana las “cualidades” del hombre que había elegido.

—*Ese es el padre de tu hijo, ¿no es así, Juliana?* —ensayaba en voz alta mientras recogía las llaves del coche, concluyendo: —*Ah, esta noticia quiero dársela personalmente. Su amante, secuestrador y traficante de drogas, buscado por la policía. ¡Ese es el hombre por el que me cambiaste!*

Capítulo 30

En su habitación, Juliana estaba arreglando la ropa del bebé. Recogió una prenda de vestir y se la acercó a la cara como gesto de afecto. Su abultado vientre indicaba que su embarazo estaba muy avanzado. Miró el retrato de André, lo levantó y lo sostuvo contra su pecho. Su mirada distante indicaba que los recuerdos volvían a fluir con sabor a amor y amargura, y lágrimas de añoranza y pena recorrían su rostro.

Juliana lo amaba con toda su alma. Ella sabía que eran más que simples enamorados. Eran dos seres que se buscaban a través de caminos centenarios de encuentros y desencuentros, con promesas de un final feliz... ¿pero para cuándo? ¿Tendrían que recorrer aún otros siglos antes de poder reunirse finalmente, sin nuevas separaciones?

Sintiendo que necesitaba deshacerse de esos oscuros pensamientos, cerró los ojos y respiró profundamente, tratando de relajarse, buscando equilibrar sus ritmos internos. Comprendió que un estado de armonía interior era importante para su bebé. Fue entonces cuando escuchó de nuevo esa voz dentro de sus propios pensamientos, diciendo:

—*Nunca alimentes penas o tristezas. Aférrate siempre a la esperanza. El ser humano es frágil... y es la esperanza la que da fuerzas para no morir en la orilla de la playa después de cada naufragio. Es la esperanza la que da nuevas energías y ánimos para volver a empezar.*

¡Qué palabras tan hermosas! ¿Quién era esa voz con tono amigable que le hablaba de manera tan profunda y verdadera?

El timbre de la puerta la sacó bruscamente de sus cavilaciones. Se

levantó y fue a abrir la puerta. Frente a ella, André la miraba mudo, con una expresión acusadora que pronto se transformó en una que reflejaba un inmenso y doloroso anhelo.

—*¡André!* —murmuró, casi sin voz.

Se miraron fijamente durante unos instantes. Juliana, profundamente dolida, pero con un anhelo aún mayor que el dolor, apenas consiguió susurrar:

—*Entra.*

André entró. Su vida había sido un infierno de tormentos desde la separación. El anhelo punzante, dominante, implacable. Se había dado la excusa de que le echaría en cara la noticia de Riquinho, pero, en el fondo, lo que realmente quería era volver a verla, volver con ella... a pesar de todo. Automáticamente se dirigieron al lugar de la ruptura, la habitación de Juliana. Juliana dejó caer su cuerpo sobre la cama y André se puso en pie, apoyado en la cómoda, como la última vez que había estado allí. Todo volvió a su mente con terrible claridad. La pregunta que le había hecho: «*Entonces... ¿es cierto? ¿Estás realmente embarazada? ¿De ese matón?*» y lo que él entendió como el cinismo de su respuesta: «*Iba a contarte, amor, que...*»

La ira volvió a surgir de su corazón, nublando su sentido común. Mirando su barriga con aire de asco, tiró el periódico sobre la cama en un gesto de desprecio.

—*Abí está... lo he traído para que lo veas.*

Juliana, sin entender lo que estaba pasando, miró automáticamente el periódico y vio el retrato de Riquinho.

—*¡Dios mío, es el bandido que me violó!*

André repitió automáticamente, sin asimilar aún del todo lo que significaba esa palabra:

—*¿Violó...?*

Juliana miraba el periódico sin entender lo que le pasaba a su ex prometido.

—*Es realmente él* —dijo. —*Estoy segura de ello.*

Como un rayo, la verdad cayó sobre André, haciendo que se estremeciera por dentro. ¡Qué terrible error! ¿Cómo pudo dudar de ella, crucificarla como lo había hecho? Ahí estaba ella, inocente, enfrentándose al mundo con ese embarazo de víctima, con el valor y la dignidad de un corazón extremadamente bien formado. ¿Y él? Él, que había sido su atormentador, que se había preocupado tanto por pedir su confianza y compañía, pero que la había alejado a la primera sospecha...

Esta constatación le cayó como una piedra y André se dejó caer al suelo, sin valor para mirarla, lo único que pudo hacer fue repetir:

—*Dios mío, ¿qué he hecho?*

Juliana no entendía la reacción de su ex prometido, pero su corazón parecía querer saltar de su pecho de tanta emoción, con un sabor a esperanza.

—*¿De qué estás hablando?* —

preguntó.

Con la cabeza en llamas, André seguía repitiendo:

—*Dios mío... ¿qué he hecho... qué he hecho? Nunca podré perdonármelo.*

Juliana se levantó, acercó una silla y se sentó a su lado. Le puso la mano bajo la barbilla, levantándole suavemente la cabeza, mientras le decía con infinito amor:

—*Mírame, André.*

Poco a poco se atrevió a mirarla. Vio sus ojos húmedos de lágrimas, su vientre crecido... Se imaginó todo el sufrimiento que debió pasar... Sintió como si algo se rompiera dentro de sí, estallando en un llanto incontrolable.

Juliana tomó su cabeza en su regazo y la acarició. En medio de su llanto, André preguntó con voz quebrada:

—*Perdóname, Juliana... perdóname... perdóname... No lo sabía... Lo juro.*

La joven seguía sin entender.

—*¿Qué es lo que no sabías, André?*

Por fin consiguió calmarse lo suficiente como para decirle:

—*No sabía que te habían violado. Ese infeliz me dijo que... Me contó lo del lunar en tu pecho, lo de estar embarazada... Pensé que tú y él...*

Juliana se levantó y se alejó de él. No entendía cómo él pudo creer tal cosa. Ella le miró apenada, preguntando:

—*¿Cómo pudiste pensar tal cosa de mí? ¿Cómo has podido?*

Su pena se convirtió gradualmente en ira. Ella gritó, exaltada:

—*¿No fuiste tú quien me pidió confianza?*

Juliana rara vez perdía la serenidad, pero en ese momento sintió que necesitaba ejercer algo de violencia para desahogar el exceso de emociones que había estado sofocando durante meses.

Cogió el jarrón de flores y lo tiró con fuerza al suelo, concluyendo:

—*... ¿Y dónde estaba tu confianza?*

El gesto violento la calmó un poco. André, desolado, permaneció en silencio. Juliana siguió hablando con rabia y lágrimas en la voz:

—*¿Tienes la más remota idea de lo que he sufrido? ¿Puedes imaginar lo que es ser violada por un asqueroso bandido y luego ser abandonada por la persona que más quieres y en la que más confías?*

André escuchaba cabizbajo, sin parar de mirarla.

—*No, André, no puedes imaginarlo.*

Tras un largo silencio, André consigue finalmente balbucear:

—*¿Por qué no me lo dijiste?*

En el fondo de su alma, Juliana ya le había perdonado y ahora la esperanza de ser feliz florecía vigorosamente en su interior, pero necesitaba desahogarse, descargar los restos del dolor que aún albergaba.

—*¿Por qué no te le dije...? Porque esta idiota, aquí, quería preservar su amor de toda esa suciedad.*

Desesperado, preguntó:

—*Apíadate de mí, Juliana. ¡Por favor, perdóname!*

Se entristeció. Suavizando la voz, preguntó:

—¿Cómo te enteraste?

—Fue ese miserable. Insinuó que ustedes dos tuvieron una aventura. Mencionó el pequeño lunar que tienes en el pecho... y también habló del embarazo, diciendo que el niño era suyo.

Juliana se quedó callada, sin palabras, incapaz de entender tanta maldad. Tras una breve pausa, André concluyó:

—Luego me confirmaste que estabas embarazada... de un matón...

André se levantó, pero permaneció en el mismo lugar sin el valor de acercarse. Extendiendo las manos en gesto suplicante, dijo:

—Nunca pude imaginar que fuera así... por una violación. Perdóname. Sé que debí haber confiado en ti... Lo sé. Perdóname.

Dio un paso hacia ella, pero pisó algo. Instintivamente se agachó y lo recogió. Era el dispositivo de escucha que Geni había puesto en el jarrón que Juliana había lanzado al suelo.

—¿Qué es eso? —preguntó. — Parece un dispositivo de escucha... un micrófono.

—¿Micrófono? ... Eso es extraño. Estaba dentro del jarrón...

André sintió un escalofrío. Empezaba a entender la trama.

—Fue ese desgraciado. Y así fue como se enteró de tu embarazo... y caí como un tonto.

Ambos se quedaron atónitos, sin saber qué decir. Automáticamente, André recogió los fragmentos del jarrón que estaban en el suelo y los tiró a la basura. Era una forma de refrescarse un poco. Juliana le acompañó al salón y esperó a que volviera. En su corazón vibraba una nueva melodía de felicidad. Sintió que había luces más allá de las curvas del recorrido, aunque esas curvas todavía podían traer sorpresas sombrías.

A su regreso, André preguntó:

—¿Recuerdas de Geni? ¿Esa chica que trabajaba conmigo en la productora?

—Por supuesto que recuerdo... Es una mala persona, peligrosa.

—Mucho más de lo que puedas imaginar. Creo que ella es la que planeó todo esto.

—Pero ¿cómo? ¿Por qué?

—Ella es cómplice de ese tal Riquinho. O, mejor dicho, lo fue, porque murió durante el secuestro del que habla el periódico. Creo que todo lo que te pasó era su venganza. Creo que Geni soñaba con casarse conmigo y, sin duda, en su mente, tú tenías la culpa de que no fuera así.

—¡Qué horror! —exclamó Juliana, incapaz de entender cómo alguien podía ser tan mezquino. Después de pensar un momento, recordando los acontecimientos, exclamó:

—Esa mujer es una loca... una loca peligrosa.

—Era —corrigió André. — Está muerta.

Juliana permaneció en silencio, analizando sus propios sentimientos. Después de un momento, comentó:

—*Realmente fue una trama muy bien elaborada. ¡Que Dios se apiade de ella!*

André se acercó y le cogió las manos, preguntándole:

—*¿Puedes perdonarme?*

Juliana se apartó y fue a poner una música, la misma que habían bailado la noche de su compromiso. Se acercó a él sonriendo, con los ojos más azules que nunca, aunque enrojecidos por las lágrimas, diciendo:

—*Quizá la barriga incomode, pero quiero volver a bailar esta canción contigo.*

Bailaron juntando las mejillas, sintiendo lo grande y profundo que era su amor. André se esforzó por no pensar que allí, en el vientre de su amada, estaba el hijo de un delincuente. Si ella había aceptado este embarazo, ¿quién era él para decir algo? Pero era difícil.

Al final de la canción, sentados en el sofá, abrazados, comentó:

—*Has sido muy valiente al haber mantenido el embarazo.*

—*Es cierto. Pero me costó aceptar la idea. Entonces empecé a sentirme la madre de este bebé, y en mis largos días de soledad llegué a comprender que todo debe tener una razón de ser, aunque no siempre la entendamos. El sufrimiento hace madurar a las personas.*

André se quedó pensativo, sintiéndose culpable por el abandono que ella había padecido. Finalmente preguntó:

—*¿Y el trabajo?*

—*Renuncié. Quiero pasar mucho tiempo con mi hija.*

—*¿Quieres decir que es una niña?*

—*Sí, lo es... y se llamará Telma, como mi madre.*

—*Es un nombre precioso* —comentó André, sin saber qué decir.

—*Sabes, mi amor, mamá me ha dado el mayor de los ánimos. Quiere que vuelva a la facultad de medicina.*

—*Es una idea excelente.*

Había algo que André quería preguntarle, pero le faltaba valor. Finalmente, se decidió:

—*¿Qué hay de nuestro matrimonio?*

—*¿Aún quieres casarte conmigo?*

Juliana lo miró durante mucho tiempo, tratando de sentirlo en su interior. Finalmente, respondió:

—*Creo que es mejor esperar un poco. Las cosas han cambiado mucho y tenemos que volver a acostumbrarnos...*

—*Pero podemos volver a comprometernos, ¿no?*

Juliana sonrió. ¡Cómo amaba a ese joven!

—*Creo que sólo tenemos que ponernos los anillos* —dijo. —*¿O quieres pedirme que me case contigo otra vez?*

—*Lo que tú digas, cariño... ¿Quieres casarte conmigo?*

—*¿Con barriga y todo?*

—*Por supuesto, amor, ¡con barriga y todo!*

Capítulo 31

Un mes después, Telmita nació de

un parto normal, sana y hermosa, asistida por Telma que se quedó en el hospital acompañando a su hija y toda ella encantada con su nieta. El alta también llegó rápidamente y André fue a recoger a Juliana y a la niña con Anabel.

De vuelta al apartamento, con la bebé cómodamente colocada en su cuna, Juliana comentó:

—*Me muero por bañarme.*

Anabel, que había hecho todo lo posible para que su amiga interrumpiera aquel embarazo, ahora estaba encantada, disfrutando de la condición de “tía”.

—*Puedes irte, que yo me encargaré de Telmita* —propuso.

Cuando Juliana salió de la habitación, André se acercó a la cuna para echar un vistazo a la niña. Era difícil aceptar a esa niña por lo que significaba y dos fuerzas opuestas luchaban en su interior: la emoción de mirar a la hija de Juliana y el hecho de saber que su padre era Riquinho. Acercó su mano, tocando la manita de ella, la cual inmediatamente agarró su dedo y lo sujetó con fuerza. Se emocionó.

—*¡Me agarró el dedo!* —exclamó.

Comprendiendo lo que le ocurría a André, Anabel comentó sonriendo:

—*Siempre me han dicho que los bebés tienen un poder mágico para conmover a la gente. No lo creía...*

André se avergonzó al ver que Anabel había entendido lo que le pasaba por dentro, pero no dijo nada, tratando de entenderse a sí mismo y de adaptarse a la nueva situación.

Capítulo 32

Los días pasaron rápidamente para Juliana entre los pañales, los cuidados de los primeros días y los preparativos de la boda. Acababa de acostar a su hija cuando llegó André con un ramo de flores y un paquete con un lazo rosa.

—*Amor, ¡qué agradable sorpresa! Entra.*

—*Tenemos que celebrar el cumpleaños de Telmita.*

Los ojos de Juliana se abrieron de par en par, complacida por el interés que André mostraba por la bebé. Comprendía lo difícil que debía ser para él aceptarla, por ser hija de quien era.

—*¿Cumpleaños?* —preguntó.

—*Cuarenta y cinco días de vida... ¡eso es mucho!*

Entre besos y sonrisas, Juliana recibió el regalo y lo abrió. Era un hermoso vestido rosa con adornos blancos.

—*¡Oh, es hermoso! Gracias, en nombre de Telmita.*

—*Pasé por la iglesia* —dijo André. —*Todo está listo para el viernes.*

Abrazando a Juliana, habló con emoción:

—*En cinco días, seremos marido y mujer.*

Mientras Juliana iba a preparar un zumo, André fue a la habitación

donde dormía Telmita. Se quedó en silencio junto a la cuna, mirándola. Observó su tez rosada y limpia, sus suaves manitas con piel tan fina que era casi transparente, sus dedos largos y bien hechos, y sus ojos. Tocó ligeramente esa manita, tan pequeña y tan perfecta. La bebé se retorció, haciendo ese pequeño chillido de bebé. Había algo especial en ella... no sabía exactamente qué. Inmerso en extrañas sensaciones no sabía cómo trabajar un nuevo sentimiento que le llamaba desde los inescrutables caminos del alma.

Se asustó al oír los pasos de Juliana acercándose. Observó cómo se dirigía directamente a la cuna para ver si su hija estaba bien. A sus ojos era aún más hermosa, dotada de una aureola de luminosidad casi divina. Era madre.

Entonces ella se acercó a abrazarlo y permanecieron así durante mucho tiempo, nutriéndose mutuamente del más divino de los sentimientos: amor. La cercanía y el calor de sus cuerpos encendieron el deseo sexual. Se besaron con lujuria.

—*Ahora puedes, ¿no?* —preguntó André entre besos.

Juliana asintió y los dos se abrazaron hasta la cama, donde André la acostó y la besó apasionadamente. Bajó la mano por la pierna de Juliana, subiendo por el muslo hasta la nalga. El gesto le recordó la violación. Giró la cabeza, abriendo los ojos, y vio la radio de cabecera en primer plano. En sus oídos resonaba la desagradable música vulgar que había acompañado todo el desarrollo de aquel horrible drama. Se levantó, angustiada. Se encontraba en la misma escena en la que se había producido la violencia. Se apartó de la cama, mirándola con horror.

Comprendiendo lo que ocurría en su interior, André se acercó a ella y le cogió las manos, diciéndole cariñosamente:

—*Cálmate, mi amor. Todo eso se acabó.*

La joven rompió a llorar, diciendo

—*Amor... Tienes que darme algo de tiempo...*

Acariciando suavemente su rostro, André le preguntó:

—*¿Sólo después de la boda?*

—*No, no es eso. Necesito reorganizarme... por dentro y por fuera... cambiar este escenario, ¿entiendes?*

—*Por supuesto, mi amor, lo comprendo* —respondió André, y mirándola a los ojos le dijo: —*No te preocupes, tienes todo el tiempo que necesites. Te quiero íntegra.*

Guardó silencio por un momento, sonrió y preguntó:

—*¿Recuerdas lo que acordamos sobre priorizar el afecto, la compañía?*

Juliana sonrió, aliviada.

—*¿Cómo no recordarlo?*

Salieron de la habitación, abrazados. Ahora estaban juntos de nuevo y eso era lo único que importaba.

En el “apartamento” de Geni, Riquinho se devanaba los sesos pensando cómo iba a conseguir dinero. Tras escapar del asedio policial en Três Lagoas, había conseguido llegar a Fortaleza robando aquí y allá, viajando a dedo. Estaba solo y sin dinero. Irritado, iba de un lado a otro, maldiciendo, pateando los muebles y hablando consigo mismo en voz alta.

—*Geni dudó... pensó que las mujeres no recibían balas. ¡Pobrecita! Si estuviera aquí, encontraría la manera de conseguir dinero.*

De repente, se detuvo. Otra idea cruzó su mente.

—*El niño debe haber nacido ya...*

Cogió la botella de caña blanca⁷ que había en la mesilla de noche. Estaba vacía. Dijo otra palabrota y se preguntó:

—*¿De dónde voy a sacar dinero?*

Siguió caminando como una fiera enjaulada, pateando todo lo que encontraba en el camino. De repente se detuvo y sonrió con una expresión malévola. Acababa de tener una idea... una idea que lo sacaría de sus aprietos.

Capítulo 34

La boda fue muy sencilla, pero hermosa y conmovedora. Se veía que el amor era de los que rompen el tiempo y no mueren con la distancia o los desencuentros. Telmita, en el regazo de su abuela, sonrió como si entendiera el significado del momento.

No hubo invitados ni recepción, sólo una tarta con champán y mucha alegría. Anabel decoró el apartamento con profusión de flores y la habitación de Telmita estaba encantadora.

Todo el mundo estaba contento. André abrió el champán y llenó las copas. Tras los brindis y la tarta, tomó la palabra:

—*Es una pena que te vayas, Anabel. Eres una hermana muy querida para mí.*

Anabel sonrió. Le hizo bien sentir que la querían. La vida había sido muy difícil para ella, y en muchos momentos amarga, pero había conseguido superarla, y ahora, tras su convivencia con Juliana, había empezado a afrontar la vida desde otros ángulos más ligeros.

—*Me vendrá muy bien, André* — respondió. —*Una aerolínea internacional es otra cosa. Por supuesto que sentiré nostalgia... mucha. Pero no te preocupes, vendré a pasar las vacaciones con ustedes.*

—*Ven siempre que quieras, amiga* — dijo Juliana, tomándole la mano. —*Te voy a echar mucho de menos. Has sido más que una hermana para mí.*

Para romper la seriedad, Anabel respondió en broma, refiriéndose a André:

⁷ Nota del traductor: la autora se refiere a la cachaza (*cachaça*), bebida alcohólica destilada popular en Brasil, que se obtiene de la destilación del jugo de la caña de azúcar fermentado.

—*¡Por supuesto!... con un hombre tan guapo así en casa y una cosita tan bonita como Telmita...*

Telma se levantó mientras decía, mirando expresivamente a Anabel:

—*A mí también me gusta mucho ella... es una persona encantadora. Tanto, que voy a robarla.*

Al comprender el mensaje, la joven se levantó.

—*Me olvidé de decírtelo, Juliana* — dijo Anabel. —*Me voy a quedar con Telma unos días, hasta que vuelva a São Paulo. Ustedes se merecen una luna de miel para los dos* —y mirando intencionadamente a la puerta de la habitación de Telmita, corrigió: —*para los tres.*

Después de las despedidas, las dos se fueron, dejando a la pareja sola con su amor. Abrazando a Juliana, André pronunció el clásico:

—*Al fin... solos.*

Llevando a su marido de la mano, Juliana lo condujo al dormitorio. Estaba completamente diferente. Nuevos muebles y una nueva cama, colocada en un ángulo diferente. Felizmente sorprendido, André la besó apasionadamente y, tomándola en brazos, la llevó a la cama. Allí no había más fantasmas de ninguna naturaleza. El amor y el equilibrio de ambos habían triunfado.

Capítulo 35

La madrugada avanzaba. Riquinho, de pie frente a la puerta del apartamento de Juliana, sacó una llave del bolsillo y la besó con aire irónico, diciéndose a sí mismo:

—*¡Gracias, Geni!*

Abrió la puerta con facilidad, entrando con cuidado. Todo estaba en silencio. Paso a paso se dirigió a la puerta de la habitación de Juliana. Miró a la pareja dormida e hizo una mueca. Se dirigió en silencio a la otra habitación, tomó a Telmita, la puso en un portabebés, cogió unos pañales y biberones y se fue.

El día ya mostraba sus primeros rayos de luz cuando Juliana se despertó. Miró con una sonrisa a André, que estaba dormido. De repente, sintió que el corazón se le apretaba. Se levantó y fue a la habitación de su hija. La cuna estaba vacía.

—*¿Dónde está mi hija?* — se preguntó en un susurro, con la voz entrecortada en la garganta.

—*¡André!* — consiguió gritar. —*André, ¡Telmita no está!*

Su marido vino corriendo.

—*¡Telmita ha desaparecido, André!* — sollozó la joven madre desesperada.

—*¿Qué quieres decir con que ha desaparecido?*

—*¡Desapareció!... ¡No está en su cuna!... ¡mira!*

—*¡No es posible!* — exclamó André.

—*Vamos a revisar la puerta.*

Corrieron hacia la puerta del apartamento. Sólo estaba recostada y el pasillo vacío y silencioso. Volvieron, registrando toda la sala,

inútilmente. La niña había desaparecido.

—*¡Me han robado a mi hija, André!*

—repitió Juliana, casi loca de dolor.

—*¡Me han robado a mi hija!*

—*No sé cómo pudo ocurrir* —dijo André. —*Yo mismo revisé la puerta. Estaba cerrada.*

Juliana agarró a su marido fuertemente por los brazos, llorando.

—*Alguien entró aquí, André, y se llevó a mi hija. ¿Pero por qué? ¿Por qué?*

—*No tengo idea. Llamemos a la policía.*

—*Si, llama ya.*

André fue al teléfono y habló con la policía, explicando lo que había sucedido.

—*Debo ir personalmente a formalizar la denuncia* —le explicó a Juliana

—*Voy contigo.*

—*No, amor, es mejor que te quedes aquí. Si se trata de un secuestro, podrían llamar.*

Juliana estaba muy angustiada.

—*Vale, me quedaré aquí... pero date prisa, André. Pídeles, por el amor de Dios, que encuentren a mi hija.*

—*Intenta calmarte, querida* —dijo André, sujetando a la mujer por los hombros. —*Te prepararé un calmante.*

Mientras su marido preparaba el calmante, Juliana se arrodilló y comenzó a rezar:

—*Santa María, madre del cielo, ayúdame. Protege a mi pequeña hija. Haz que vuelva sana y salva a mí... Dios te salve María, llena eres de gracia, el Señor es contigo...*

André volvió con el calmante.

—*Toma, estarás más tranquila. Y mira, ten fe, confía... todo estará bien. Telmita volverá con nosotros.*

Se abrazaron y André salió. Juliana caminaba de un lado a otro, desesperada. De vez en cuando levantaba las manos, levantando la cara y rogaba:

—*Santa María, madre del cielo, ayúdame. Protege a mi pequeña hija. Haz que vuelva sana y salva a mí.*

El sonido de una llave en la cerradura hizo que Juliana se estremeciera. La puerta se abrió y Anabel entró, dándose cuenta inmediatamente de que algo terrible había sucedido.

—*¿Qué ocurre?*

—*Telmita desapareció... fue secuestrada.*

Anabel se quedó atónita.

—*¿Secuestrada? ¿Cómo?*

—*Nos despertamos y ya no estaba en su cuna.*

Mostrándole la puerta de entrada, concluyó:

—*Y la puerta estaba abierta.*

—*¿Y no tienes idea de quién fue?*

—*Ninguna...*

De repente, Juliana pensó en voz alta:

—*Me pregunto si no habrá sido ese bandido....*

—*¿El que abusó de ti?*

—*Si, ese... Ese miserable, conocido como Riquinho.*

Anabel se sobresaltó.

—¿Riquinho? ¿Estás segura?

—Sí. André me dijo su nombre.

Y notando extraña la actitud de su amiga, preguntó:

—¿Por qué? ¿Sabes quién es?

—Bueno... no sé si es el mismo.

—¿Cuál mismo, Anabel? Si lo sabes, si lo conoces, será más fácil encontrar a mi hija. Por favor, dímelo.

—Cálmate, Juliana... vamos con calma. Es la única manera de conseguir algo. Pero dime, ¿qué más sabes de él?

—No sé casi nada. Tenía una cómplice, Geni.

—¿Geni? Ah, así que realmente es Riquinho. ¡Desgraciado!

Anabel recordó la casa abandonada. Si Riquinho era realmente el secuestrador, es posible que hubiera llevado a la bebé allí. Estaba pensando en cómo decírselo a Juliana, cuando se puso aún más pálida y exclamó con terrible desesperación:

—¿Y si robó a la bebé para quedársela? ¿Y si nunca me devuelve a mi hija?

—¡Ni siquiera lo pienses, Juliana! — trató de calmarla. —Ese infeliz sólo busca dinero.

Anabel se acercó a la ventana, buscando la dirección de la casa abandonada, hablando para sí misma, pero en voz alta:

—Es posible que haya ido allí.

Juliana corrió hacia la ventana, preguntando, con terrible angustia:

—¿Ir allí?... ¿allí dónde, Anabel?

—A una casa abandonada. Está más allá de ese anacardo, por allí —le explicó, mostrándole el lugar.

—¡Explícame, por el amor de Dios! ¿Qué casa abandonada es esa?

—Era mi casa cuando era niña.

—¿Tu casa? —preguntó Juliana, asombrada. —No entiendo...

—Eso no importa ahora.

—¿Y por qué ese bandido iría allí?

—Porque éramos amigos de la infancia...

—¿Cómo? ¿Tú y ese bandido?

—Riquinho era mi vecino... era mi amigo. Él fue quien mató a mi padre...

Juliana estaba cada vez más asustada.

—¿Mató a tu padre? ... Así que es un asesino... ¡Va a matar a mi hija!

Juliana estaba fuera de control. Anabel la sujetó con fuerza por los hombros.

—No, no lo hará, Juliana —dijo con firmeza. —Cálmate. Riquinho no es tan malo....

—¿No es tan malo? Un asesino, un violador... ¿no es tan malo? ¿Te estás volviendo loca, Anabel?

—Escúchame, Juliana. No es como tú crees. Mi padre me violó. Yo sólo tenía 12 años. Riquinho me amaba. Descubrió a mi padre abusando de mí... lo mató para defenderme, ¿comprendes?

Juliana se quedó atónita.

—¡Dios mío! ¡Qué cosa tan terrible!

—Mira, amiga mía... no te alteres. Creo que él sólo quiere dinero.

—Dijiste que podría haber ido a esta casa abandonada...

El timbre del teléfono interrumpió lo que estaba diciendo y Juliana corrió a contestar. Era André.

—*Hola, cariño, soy yo... Ya presenté la denuncia y estoy esperando aquí para firmar la declaración. Sólo he llamado para asegurarme de que estás bien.*

—*Anabel está aquí conmigo. Cree que fue ese matón, Riquinho, quien secuestró a Telmita.*

—*¡Eso es!* —exclamó André. —*¡Sólo pudo haber sido él! Seguro que tiene una llave del apartamento.*

—*Anabel cree que podría estar escondido en una casa abandonada cercana.*

—*¿Casa abandonada?*

—*Si... Ella lo conoce... fueron amigos de la infancia... ella vivió en esa casa...*

—*Déjame hablar con él, Juliana* —pidió Anabel.

Juliana le pasó el teléfono a su amiga.

—*André, no lleves a la policía allí* —solicitó ella. —*Voy a hablar con él. Estoy segura de que me escuchará.*

—*Está bien. Pero iré con la policía, y nos mantendremos alejados, sólo para asegurarnos.*

—*Muy bien, André. ¿Conoces la casa? Es una que está después de los anacardos, al lado del edificio, a unos 500 metros...*

—*Sé más o menos dónde es... Pero ten cuidado, Anabel. Este tipo es peligroso.*

André colgó el teléfono. Estaba angustiado. Sólo ahora se daba cuenta de lo que quería a esa niña, como le gustaban sus risitas, sus gestos, los ojitos azules como los de su madre. Había sido un idiota por no haber disfrutado de la presencia de la niña, por no haber seguido sus primeros días de vida y su desarrollo más íntimamente y con el corazón abierto. Lo había perdido todo por empeñarse en ver en ella a la hija de un pillo, olvidando que, por encima de todo, era la hija de Juliana, la mujer a la que siempre había esperado.

De repente, se estremeció. Se imaginó a la pequeña Telmita en manos de Rico, ya crecida, hermosa, siendo violada por su padre, como había ocurrido con su madre. Se desesperó. Corrió a la comisaría, rogando que actuaran con rapidez y cuidado. La niña no podía sufrir ningún daño.

Capítulo 36

En el apartamento de Juliana, Anabel se preparaba para buscar a Riquinho.

—*Voy contigo, Anabel* —dijo Juliana, decidida.

—*¡De ninguna manera! Sólo voy a...*

—*Quiero ir a buscar a mi hija.*

Sujetando firmemente a su amiga por los hombros, Anabel preguntó:

—*¿Quieres arruinar todo, Juliana? Confía en mí... ¡Tengo que ir sola!*

Y, para asegurarse de convencerla, concluyó:

—*Debes quedarte en casa, Juliana. Tal vez el secuestrador, quienquiera que sea, llame...*

—*De acuerdo, me quedaré. Confío en ti... pero por el amor de Dios, Anabel, haz todo lo que puedas para traer a mi hija de vuelta.*

—*Por supuesto que lo haré, Juliana. No te preocupes... todo estará bien... ya verás.*

Anabel se fue y Juliana volvió a sus oraciones. No había nada más que hacer.

En la casa abandonada, Riquinho observaba a la hija durmiendo bajo el efecto de un calmante. Había pensado que lo mejor era doparla para que no llorara. Incluso allí, podría atraer la atención de algún transeúnte. De repente, oyó unos pasos que se acercaban. Levantó su arma y se escondió detrás de la puerta. Ya se estaba preparando para atacar al invasor, golpeándole en la cabeza con el cañón del arma, cuando reconoció la voz de Anabel:

—*¡Riquinho!*

Sorprendido, exclamó:

—*¿Anabel?... ¿Qué haces aquí?*

Anabel lo miró con cariño, comentando:

—*Tanto tiempo, ¿eh? No has cambiado mucho...*

Al darse cuenta de que debía aprovechar la sorpresa del delincuente, preguntó a corta distancia, mirando a su alrededor

—*¿Dónde está la bebé?*

Riquinho se puso a la defensiva. Así que eso es lo que quería... por supuesto, era amiga de Juliana.

—*¿Qué bebé?* —preguntó a su vez.

—*¿Estás loca?*

Anabel no respondió. Estaba segura de que la bebé estaba en la casa. Intentó otra táctica. Buscó un lugar adecuado y se sentó. Riquinho se mostró reacio, pero acabó sentándose también. Después de mirarlo durante un largo rato en silencio, comentó con lástima:

—*La vida ha sido dura contigo... y todo por culpa mía.*

—*No fue tu culpa. Fue por culpa de ese desgraciado...*

—*Lo hiciste para defenderme. Nunca pude olvidar eso, Riquinho.*

Los recuerdos volvieron vívidos con la proximidad. Era como si el tiempo no hubiera pasado y estuvieran allí, libres de problemas y compromisos, capaces de soñar con el amor y la felicidad.

La expresión de Rico perdió, por un momento, su habitual aire de maldad y su voz se ahogó en la garganta al decir:

—*Y nunca te olvidé, Anabel.*

Anabel se estremeció. Cerró los ojos y dijo en voz baja:

—*Aún puedo vernos a los dos aquí, de niños...*

—*Si... fue un tiempo difícil... pero te he echado de menos.....*

Permanecieron unos instantes en un silencio en el que el alma del bandido se bañó de emociones benéficas, pero, encallecido por la vida, se recuperó rápidamente, volviendo a mostrar su carácter de siempre.

—*¿Qué quieres de mí, Anabel?* —

preguntó, con dureza. —*Ahora todo es diferente.*

El tono de la pregunta hizo que Anabel volviera al presente, recordando a qué había venido. Rico se levantó y dijo:

—*No hablemos más y vete de aquí. No quiero oír tonterías.*

Sin importarle su descortesía, Anabel continuó hablando en un tono manso:

—*Juliana es una persona maravillosa, Rico. Se enfrentó a todos estos problemas por su cuenta... Podría haber abortado, pero no lo hizo.*

Había hablado intencionadamente, sabiendo que iba a tocar su punto débil. El matón se estremeció, pero permaneció en silencio. Anabel continuó:

—*Recuerdo lo que me contaste, cuando viste a tu madre practicando un aborto... ¿recuerdas? Te escondiste para ver, pero todo lo que podías oír era... el sonido de los instrumentos desgarrando al bebé...*

La presencia de Anabel y sus alusiones a aquel suceso extremadamente traumático que había vivido de niño terminaron por quebrar su resistencia. Se emocionó.

—*Nunca lo olvidaré* —exclamó.

Y como si no pudiera resistir la avalancha de recuerdos, continuó:

—*Cuando se fueron fui a ver... Sólo vi un bracito, con una manita muy pequeñita...*

Acercó el pulgar al índice para mostrar el tamaño.

—*De este tamaño...*

Anabel se dio cuenta de que era el momento de volver al ataque.

—*Así es, Rico. Ella no le hizo eso a tu hija. Merece consideración, ¿no crees?*

A pesar de la dura experiencia de calle que la vida le había dado, por dentro Rico estaba desmoronado. Era como si algo se hubiera derrumbado dentro de él, pero no quería demostrarlo.

—*Necesito dinero* —dijo, con malos modales.

—*Te lo conseguiré, Riquinho. Gano bien, tengo una buena cantidad de ahorros. Te daré todo.*

Rico no supo qué decir y Anabel volvió a la carga. Estaba siendo sincera.

—*¿No confías en mí, Riquinho? ¿Crees que te traicionaría?*

El matón dijo no con la cabeza.

—*Vamos pues, y yo traeré el dinero. ¿Dónde está la niña?*

Rico se giró para ir a la otra habitación a buscar a la bebé. Todavía tenía la pistola en la mano. Cuando pasó por delante de una ventana abierta, lo vieron desde fuera y un policía gritó:

—*¡Policía! Estás rodeado, Rico. Sal con las manos en alto.*

Rico miró a Anabel con una dolorosa mirada de reproche mezclada con odio.

—*No ibas a traicionarme, ¿verdad? Entonces me la pagarás, desgraciada.*

Levantó su arma para disparar a Anabel, que gritó:

—*No te he traicionado, lo juro.*

Al darse cuenta de las intenciones de Rico, los policías dispararon y Rico resultó gravemente herido. El arma cayó de su mano. Con dificultad fue a la otra habitación donde dormía Telmita y se sentó en el suelo junto a ella.

Juliana, en la ventana del apartamento, seguía muy angustiada. Sus ojos se paseaban entre el teléfono y la dirección de la casa abandonada. De repente, oyó disparos. Muy angustiada, bajó las escaleras y corrió hacia la casa abandonada.

En ese momento, los policías ya habían ingresado a la casa, seguidos por André, que sólo logró calmarse después de tomar a Telmita en brazos, constatando que estaba bien. Anabel, junto a Rico, lloraba en silencio. El matón intentó levantarse, pero se dio cuenta de que se estaba muriendo. Habló con dificultad:

—*Cúidenla...*

Mirando a André, dijo:

—*Mi sangre... no es mala, no lo es... La vida... fue mala... conmigo.*

André no sabía qué decir. El moribundo suplicó:

—*Déjame ver... a mi... hija...*

André dudó, pero acabó cediendo. Se agachó con la niña, acercándola a su progenitor.

—*Tú... vas a ser diferente* —le dijo Rico a la bebé, cariñosamente. —*Tendrás una madre... y un padre... de verdad.*

Mirando a André, preguntó:

—*¿Cuál es su ... nombre...?*

André estaba conmovido. Allí, frente al moribundo, su buen corazón habló más fuerte que el odio.

—*Se llama Telma. La llamamos Telmita.*

—*Telmita... hermosa... hermosa... Telmita...*

Murió suavemente. Un policía le dio la vuelta con el pie. Había una sonrisa en su rostro. André, abrumado por la emoción, se levantó con dificultad. En las últimas horas se habían producido muchos acontecimientos dramáticos. Sus ojos se llenaron de lágrimas. Abrazó a la niña con mucha ternura, besando su carita, sus manitas y su pelo. No podía imaginar que la quisiera tanto. Levantó los ojos para dar gracias a Dios y, tras sus lágrimas, vio, en un instante, la imagen de la Virgen con una flor en la mano. Miró a Telmita y comprendió.

Juliana llegaba angustiada cuando vio a su hija en brazos de André a través de la ventana. Suspiró aliviada y exclamó:

—*Gracias, madre en el cielo... ¡gracias!*

Acercándose, preguntó:

—*¿Está bien?*

—*Creo que sí* —respondió André. —*Debe haber tomado algo para dormir...*

Juliana estaba a punto de recoger a la niña por la ventana, pero se detuvo inmóvil, asustada, cuando vio el cuerpo de Riquinho tendido en el suelo.

—*Espera afuera, voy a salir* —dijo

André.

Iba a decirle algo a Anabel, pero desistió. No entendía muy bien lo que estaba pasando, pero respetó su dolor, al verla arrodillada, llorando en silencio, junto al cuerpo del criminal. Salió de la casa con Telmita en brazos, encontrándose con Juliana. Le entregó la niña, diciendo:

—*Toma a... Telmita Flor.*

Juliana se estremeció, recordando aquella regresión que había tenido, en la que había muerto su pequeña hija llamada Flor.

—*Debe ser sólo una coincidencia* — pensó.

Levantó a la niña, examinando su cuerpo, sus manos, todo, para ver si estaba realmente bien. Más calmada, respiró profundamente y comentó:

—*Telmita Flor... ¡Qué hermoso nombre, André!*

—*¿Te gusta?*

—*Me encanta.*

—*Bueno, si quieres, cuando la registre, la llamaré Telma Flor.*

Juliana se sorprendió.

—*¿Tú... vas a registrarla?*

Como si fuera algo común y corriente, André preguntó:

—*¿No suele ser el padre quien registra a los hijos? ¿Entonces? ¿Cuál es la sorpresa?*

Juliana sonrió, feliz. Miró emocionada a su marido.

—*Puedes registrarla como Telma Flor. Es un nombre precioso.*

André le contó en pocas palabras lo que había sucedido y volvió dentro de la casa a buscar a Anabel, encontrándola aún junto al cuerpo de Rico.

—*Estaba rezando por él* —dijo, mientras salían de la casa. —*Para ser sincera, no tengo ninguna religión, pero creo que Dios, sea quien sea, o lo que sea, ayudará a Riquinho a encontrar la paz.*

Juliana, al verla, la abrazó con lágrimas en los ojos, diciendo:

—*Gracias, amiga mía. Ni siquiera sé cómo agradecerte... Creo que te debo la vida de mi hija.*

—*En absoluto* —respondió Anabel. —*Ella no corrió ningún peligro.*

Soltándose del abrazo, Anabel preguntó:

—*¿Puedo pedirles algo?*

—*¡Por supuesto!* —exclamaron Juliana y André al mismo tiempo.

—*Que perdonen a Riquinho.*

Y al ver sus miradas de asombro, les explicó:

—*No quiero que, esté donde esté, cargue con el peso del odio.*

Recorrió con la mirada la casa en ruinas, los alrededores cubiertos de maleza, y continuó, con mucha emotividad:

—*La vida fue cruel con él, no le dio ninguna oportunidad. Se desgració por mi culpa... para defenderme.*

Con los ojos humedecidos por las lágrimas y la voz medio entrecortada, preguntó:

—*Por favor... perdonen a Riquinho... por mi propio bien.*

Juliana la tomó de las manos,

exclamando:

—*En cuanto a mí, amiga, puedes estar segura de que lo perdono con todo mi corazón.... Y también voy a rezar unas cuantas oraciones a la Virgen por su alma.*

—*Yo también lo perdono* —dijo André, a su vez. —*Y también voy a rezar por su alma.*

Anabel volvió al apartamento en el coche de André, a petición de éste. Él y Juliana querían volver caminando y llevar a Telmita a dar un paseo en medio de la naturaleza. El camino serpenteaba entre anacardos cargados de frutos maduros. Parecían adornos rojos y amarillos, saludando a los transeúntes, como si les dijeran: la naturaleza también es una madre, que da frutos para cualquiera de sus hijos que los necesite.

Junto al camino, una rama baja les invitaba a detenerse. Se sentaron y permanecieron en silencio durante un rato para apreciar mejor el canto de los pájaros y el susurro del viento en las hojas de una palmera cercana.

André sintió como si extraños recuerdos quisieran surgir en su mente. Miró la cara de la niña, que ya mostraba signos de despertar, y tomó su manita entre las suyas con cariño. Con la otra tomó la mano de Juliana, diciendo con convicción:

—*Puede parecer una locura, amor, pero tengo la impresión de que, en algún momento, en algún lugar, no sé cuándo... acordamos este encuentro.*

Juliana sonrió, recordando la escena que había revivido durante la regresión, cuando él le había dicho: «*Te buscaré, cariño. No importa el tiempo o la distancia... te encontraré. Y entonces estaremos juntos... juntos...*».

Sintió que una lágrima caía en el dorso de su mano. Levantó la mirada. Era sólo una impresión... o quizás el recuerdo vívido que había marcado la promesa que acababa de cumplirse.

Miró a André con ternura, pasándole la mano suavemente por la cara. Esbozó una enigmática sonrisa y lo besó ligeramente en los labios, diciendo:

—*¿Quién sabe?*

FIN